

UN CURA  
EN  
ZONA  
ROJA

.....

FLORINDO DE MIGUEL





*Mis rosas se han marchitado.  
Pero las espinas  
siempre son duras y penetrantes.  
Y resisten al frío.  
Y al calor.  
Y al cierzo duro.  
Y al céfiro blando.  
Te has coronado por eso  
de espinas  
en el día de Tus bodas?  
Vamos a cambiar nuestras coronas  
nupciales!*



FLORINDO DE MIGUEL, Pbro.

....

U N C U R A  
E N  
Z O N A R O J A



EDITORIAL «TIP. CAT. CASALS»

CASPE, 108 - BARCELONA

- 1 9 5 6 -

A R C H I V O

---

**ES PROPIEDAD**

---

A R C H I V O

Con las debidas licencias

## PROLOGO

---

Voy a escribir la historia de Nuestra Cruzada.

Se ha dicho con verdad que los árboles impiden ver el bosque. Pero también es cierto que sin conocer el árbol no se puede conocer el bosque. Se podrá divisar a lo lejos una mancha más o menos verde, más o menos grande, que podrá hermoear más o menos el paisaje que contemplamos. Pero eso no es el bosque, no es todo el bosque. El bosque es ese árbol concreto, individual, con sus raíces hundidas en determinado trozo de la madre tierra, con su tronco, con sus ramas que se balancean al viento, con un nido de oropéndolas colgado de su espesura. Y con él ese otro árbol que está a su lado, con el que entrelaza sus raíces y sus ramas. Y así otros cientos de árboles, otros miles de árboles. Eso ya es el bosque. El que ha reposado a su sombra, el que se ha deleitado con el canto de sus pajarrillos, cuando se aleje de allí y divise una mancha verde en el horizonte, podrá decir: aquello es el bosque, lo conozco bien.

Digamos lo mismo de un ejército, de una nación, de cualquier colectividad. Aquí está la razón de ser de este librito y la verdad de la afirmación más arriba estampada, que, a primera vista, pudiera parecer demasiado pretenciosa.

La historia de nuestra Cruzada está ya bien escrita. En cuanto obra gigantesca de un pueblo viril que se levantó en defensa de su fe cristiana y de su independencia, todo se sabe. La gesta impar tiene ya su proyección eterna sobre

la Historia. En el árido paisaje que para futuras generaciones ha de representar este mundo de ahora — seco, raquítico, sin savia, sin espiritualidad — nuestra Cruzada ha de resaltar como un frondoso bosque de verdor inmarchitable. Cierto estoy de que los ojos de todos los hombres honrados se clavarán en ese bosque verdeante y descansarán en él del tormento de tanta aridez ambiente. Lo contemplarán — a lo lejos — con amor. Y cierto estoy también de que muchos querrán acercarse a él, penetrar en él si es posible, conocer todo, todo el bosque, hasta sus árboles más pequeños, hasta la más pequeña brizna de verdura.

Una brizna pequeña les quisiera yo mostrar en este librito. Una de tantas. Como hay cientos. Como hay miles. Insignificante por sí misma, pero que constituye — por estar unida a otros millares — ese bosque de verdura esperanzadora que es nuestra Cruzada. Dios quiera que lo haya conseguido. Presiento que me he quedado solo con la verdad. En una narración histórica tal vez sea bastante. Es — por lo menos — lo principal. Pero yo hubiera deseado presentarla con mejor ropaje, con más vivos adornos.

Poco importa, después de todo. Lo principal, vuelvo a repetir, es el conocimiento de aquellos hechos que muchos — los neutralistas, los de la coexistencia — quisieran olvidar. No, no. ¡Ay de los pueblos que olvidan su historia! Conviene recordar. Sin odio, sin rencor, con el perdón cristiano por delante, conviene recordar. Para aprender.

---

## PRELIMINARES

El día 11 de junio de 1936, festividad del Corpus Christi, cantaba yo mi primera misa en el pueblo de Alcaudete, de la provincia de Toledo, en el que había nacido hacía ya treinta y nueve años.

Para tener tantos años, no parece que había estado muy acertado en la elección del tiempo para hacerme sacerdote. Malos vientos corrían entonces para todo lo que se relacionara con la Iglesia, y el horizonte, para los curas, no podía ser más tenebroso. Los seminarios se despoblaban, y los pocos sacerdotes que salían no tenían asegurada la subsistencia ni la paz, ni la misma vida. No obstante — no sé si por espíritu de contradicción o por romanticismo, y, desde luego, cierto, por el gran amor a la Iglesia que siempre he conservado —, ese fué el tiempo que elegí para volver al seminario del que, cobardemente, había salido en el año 1912.

Ahora volvía a él con más ilusión y amor que la vez primera, aunque también conservando un gran cariño a la Facultad de Derecho de Madrid y a su viejo caserón de la calle de San Bernardo, por donde transcurrieron los velocísimos días de mi juventud. Aquellos años de universitario madrileño no sé si eran para mí ahora una carga o unas alas que me levantaban sobre aquel ambiente republicano, tan grosero y tan cobarde. ¡En las manos de Dios todo son alas!

Volé a León, donde estaba de rector del seminario don Miguel Amaro, mi segundo padre, y allí continué mi carrera sacerdotal a la sombra de la Virgen del Camino, pero sin abandonar el manto de la Virgen del Sagrario. Porque el manto de las ochenta y dos mil perlas estaba en Toledo

solamente y le podían robar los rojos, como le robaron; pero el manto dulce y blando de su protección abarca mucho más y nadie le puede arrancar de sus hombros virginales.

Volví a Toledo para recibir las órdenes sagradas. El cardenal Gomá me confirió las de diácono y subdiácono, pero al llegar a la de presbítero, el cardenal cayó enfermo y todos los ordenandos de Toledo tuvimos que ir a Madrid, donde su obispo, señor Eijo y Garay, nos confirió las respectivas órdenes el día 6 de dicho mes de junio. El viaje a Madrid lo hicimos en un autocar con todas las cortinillas corridas, según exigió su dueño, porque había que reconocer que un coche lleno de curas, más o menos en ciernes, era un objetivo demasiado atrayente para las piedras de la chiquillería republicana empujada por la grandullonería, también republicana y amante de la libertad. De las piedras pudimos escapar ilesos, pero algunos no pudieron decir lo mismo de una manga de riego que, al descender nosotros del coche, se equivocó de dirección muy republicanamente. Y no dejó de ser aquel viaje buena preparación para la emocionante ceremonia de aquella ordenación sacerdotal celebrada de manera parecida a las de las catacumbas, con la vista puesta en el martirio.

A los pocos días de cantar misa fui destinado a Sevilleja, pueblo cercano del mío. Los destinos de entonces eran todos provisionales, pero el mío era más provisional que todos. El cura de aquel pueblo — don Nemesio Margil — había tenido que escapar de allí de la manera que entonces tenían muchos curas que escapar de sus parroquias, y marchó a Talavera. Yo fui encargado de atender aquel pueblo en lo que pudiera, como pudiera y el tiempo que pudiera, que no sería mucho, según iban las cosas. Me instalé provisionalmente en la misma casa rectoral donde aún vivía — provisionalmente también — una hermana de don Nemesio.

Me encontré un pueblo piadoso, pero muy dividido políticamente, aunque aquella división y aquella política eran de rasgos muy singulares. De todos los partidos recibía yo visitas casi diarias y hasta recuerdo que una vez que fui a la mina de Santa Quiteria, anejo de Sevilleja, se presentó a saludarme ¡la Juventud Comunista!

Y así llegó el 18 de julio. En el pueblo no cambió nada la situación, pero por la carretera que lo bordeaba — camino obligado para el pantano de Cijara, en construcción —

empezamos a ver la cara fosca del mundo que había empezado a rebullir. Comenzaron a circular constantemente, en una y otra dirección, camiones repletos de energúmenos vociferantes, con pañuelos rojos al cuello, con banderas, con letreros revolucionarios... Desde una terracita que tenía la casa rectoral, yo los contemplaba algunas veces y se me encogía el corazón. ¡Aquello daba miedo! Y más miedo las noticias que iban llegando.

Un día nos enteramos de que al cura de Belvís, que estaba detenido, le habían sacado a dar un paseo por la carretera, y allí, cuando estaba más distraído, a traición, por la espalda, le habían vilmente acribillado a tiros. Otro día llegó la noticia de que habían matado al cura de la Nava y de que a los dos curas de Alcaudete — ¡amigo Villasante!, ¡amigo Avilés! — los habían llevado a Talavera, primer paso para su muerte... Y así todos los días.

Pero yo seguía haciendo la misma vida que antes. Decía mi misa por las mañanas. Por la tarde, tenía catequesis diaria y la plaza se llenaba de chiquillos que saltan de la iglesia cantando los piadosos himnos de costumbre.

Los de los camiones oían algunas veces las campanas desde la carretera y siempre protestaban con indignación. Algunos llegaban a entrar en el pueblo dando voces:

—¿Pero en este pueblo todavía tocan las campanas?  
¿Pero aquí no han matado al cura?

No. Allí no habían matado al cura, y nadie le estorbaba en sus ministerios sagrados.

Hasta que el día 26, por la noche...

## CAPITULO I

### LA EXPULSION. — ¡LOS DIOSES SE VAN!

Cuando se marcharon las visitas me dispuse a terminar de rezar el Oficio Divino. Se presentó entonces en el despacho la hermana de don Nemesio.

—Cuando usted quiera, podemos cenar.

—Mire usted: me quedan sólo las Completas por rezar. En cuanto las termine, cenaremos.

En aquel mismo instante comenzamos a escuchar un sordo y bronco ruido que venía de la calle. Nos paramos, sorprendidos, y, ¡ay!, cada vez más intranquilos. Pronto no quedó duda; fué aumentando el ruido, se oyeron ya voces claras de la multitud y en seguida fuertes y repetidos golpes y empujones a las puertas y ventanas. La hermana de don Nemesio había avanzado al primer ruido hacia la puerta de la calle, mientras yo había quedado en el dintel de la del despacho. Cuando llegó a la puerta, que resistía a los empujones de los asaltantes, se volvió hacia mí, terriblemente asustada, y me dirigió una mirada interrogante.

—Abra usted — la dije —. ¿Qué vamos a hacer? ¡Sea lo que Dios quiera!

Estaba tranquilo, sin que yo mismo pueda explicar aquella serenidad. Tal vez el deseo inconsciente de terminar, fuera como fuera, aquella tensión nerviosa, aquella intranquilidad que duraba ya tanto tiempo...

Al abrir la puerta, un grupo numeroso, armado de escopetas y pistolas, irrumpió en el portal con grande alboroto. A su frente, un obrero del pantano de Cijara, que verdaderamente, tenía toda la cara y la facha del misni-

simo diablo. Vi, sentí, mi muerte inmediata, segura, inevitable... Pero, no. «Lucifer» avanzó llevando en la mano unos papeles, entregó uno a la hermana de don Nemesio, y la dijo:

—Mañana, a las ocho, tiene que estar usted fuera de este pueblo, si no, se la llevará a Talavera.

«Eso es a esta mujer —pensé yo—, a mí, ahora, me matarán». Pero «Lucifer», avanzando hacia mí, me entregó otro papel, diciendo:

—Y usted, igual.

Sentí un gran alivio, la verdad. La conducción a Talavera suponía la muerte segura, pero por de pronto, no era ahora, ahora mismo, como temí. Había unas horas por delante. ¡Unas horas más de vida! Y lo que vale una hora de vida solamente lo sabemos los que hemos estado condenados a muerte.

—Y ahora —añadió «Lucifer» — hay que hacer un registro en toda la casa. Venga usted con nosotros.

—Mirad —les dije—. Yo no conozco esta casa ni sé lo que hay en ella. Registradla vosotros y, mientras tanto, terminaré de rezar el Oficio Divino.

Se levantaron murmullos de desagrado:

—No, no. Tiene usted que venir con nosotros, tiene usted que venir con nosotros.

Pero «Lucifer» zanjó la cuestión:

—Dejadle. Yo me quedo aquí con él. Haced vosotros el registro. Mirad, sobre todo, si hay armas escondidas.

Y me encañonó con su pistola.

Se marcharon todos y quedamos solos en el despacho «Lucifer» y yo frente a frente. Yo me senté en el sillón de la mesa de trabajo. Sobre ella, mi Breviario, señaladas las Completas con una estampa de la Virgen. Al otro lado permanecía en pie «Lucifer» con el brazo extendido hacia mí, apuntándome con su pistola.

Me dispuse a rezar las Completas. Una duda me asaltó entonces: ¿me santiguaría, como de costumbre, al empezar a rezar? ¿No tomaría «Lucifer» por una provocación el hacer la señal de la cruz, así, tan en sus barbas? No quería provocar, pero menos quería ser cobarde. No recuerdo ya lo que decidí, pero no olvidaré jamás la emoción con que salían de mis labios aquellos últimos salmos del Oficio que, seguramente, iban a ser también los últimos de mi vida. Alguna vez levantaba los ojos del Breviario para fijarlos brevemente, con una mirada tímida y angustiada,

en «Lucifer», que permanecía impasible, hierático, sin hacer ningún movimiento, sin apartar la pistola de mi pecho.

Yo seguía rezando, rezando... no sé si con fervor, no sé si maquinalmente. Y recuerdo los pensamientos que me asaltaban importunos y acuciantes turbando la tranquilidad del rezo... ¿Qué trabajo le costaría a este bárbaro hacer «así» con el gatillo de la pistola y dispararme unos cuantos tiros? Y nada le va a pasar, bien lo sabe él, ¿por qué no lo ha de hacer? Después de todo, en ningún instante mejor podría encontrarme la muerte; estaba en mi parroquia que no había abandonado, con mi sotana puesta, con mi Breviario sobre la mesa, terminado ya casi de rezar... Caer así, sobre el libro santo abatida mi cabeza, manchar sus páginas sagradas con mi sangre derramada en testimonio de mi Fe... ¿Podía aspirar a una muerte más envidiable?

No recuerdo si pedí a Dios que me la concediera, pero estoy seguro que la acepté de corazón y que — sin confesármelo quizá — en lo íntimo de mi ser la deseaba. Dios no lo quiso. ¿Por qué? No era digno, ya lo sé, y, ¿quién se atreverá a pedir a Dios cuenta de sus determinaciones? Pero durante toda la guerra, durante toda mi vida me he repetido sin cesar: ¿por qué no me mataron aquella noche? Por qué no vino a mí el martirio cuya palma ya estrechaba contra mi corazón? Y esta queja — que no quiere ser queja, ¡Señor!, sino lamento angustiado — llena ya toda mi vida.

Vinieron a llamar a «Lucifer». Era necesaria su presencia en el registro. Por lo visto no sabían o, mejor, no se atrevían a dar un paso sin él. A mi custodia quedó un mozalbete con una escopeta de caza. Era un muchacho simpático, un poco petulante, bravuconcillo.

— ¡Bueno, ya está bien! — decía paseando por el despacho —. ¡Ya es hora que se marche usted de aquí!... ¡Bueno, que si yo estoy en el pueblo, hace mucho tiempo que hubiera usted salido!

Y así continuaba él con sus bravatas algo infantiles. A mí no me molestaban y hasta las encontraba algo divertidas. ¡Pero no me dejaba rezar! ¡Y él estaba en plan de continuar así todo lo que durara el registro! Me decidí:

— Mira, muchachó; haz el favor de callar. A ti te han mandado que me vigiles y nada más. De modo que cállate y déjame rezar las Completas.

Calló. Todas sus bravatas se convirtieron en espuma. El pobre no tuvo valor para enfrentarse con un sacerdote que le hacía cara. No tenía costumbre *todavía*. Demasiado había hecho. ¡El pobre!

«Lucifer» se presentó con todo el grupo.

—Ya hemos registrado la casa. Nos marchamos. Y ya sabe usted, si mañana a las ocho está en el pueblo, será conducido a Talavera. De modo que...

—Mirad, yo aquí lo único que tengo que cuidar es de la iglesia, del sagrario. Así que esta noche tengo que salir para consumir las Formas Consagradas.

«Lucifer» asintió.

—Sí, sí —dijeron dos o tres muchachos—. Nosotros le acompañaremos.

Comprendí entonces que me había atado sin querer a aquella tropa, y quise rectificar:

—Bueno, que en este papel se me dice que mañana a las ocho tengo que estar fuera de este pueblo, y nada más. De modo que hasta esa hora tengo libertad para hacer lo que quiera. No hace falta que os quedéis. Ya me arreglaré yo como pueda.

—No, no. Si nosotros tenemos gusto en acompañarle.

—Gracias, ¿pero para qué os vais a molestar? Mirad, yo ahora voy a cenar... ya es muy tarde.

—No se preocupe. Nosotros le esperaremos.

Me di cuenta de que ya no me podía separar de ellos, y me resigné. Llamé a la hermana de don Nemesio.

—Vamos a cenar.

—¿Pero va usted a cenar ahora?

—Sí. ¿Por qué no?

—Yo no puedo probar bocado.

—Pues yo sí. Traiga usted la cena.

Y cené. Cené con apetito. Y hasta creo que con más apetito que otros días. La hermana de don Nemesio me miraba con asombro. Yo mismo no lo comprendía, porque lo natural me parecía que debía ser lo contrario. Pero la realidad era que tenía apetito y cené como si no hubiera pasado nada. No sé si es que tenía una serenidad asombrosa o que los nervios me habían quitado la sensibilidad.

Durante la cena vino el señor Moisés. Había entrado en la casa durante el alboroto, y al enterarse de las órdenes que nos dieron, había salido, diciendo a la hermana de don Nemesio que iba a buscarla sitio donde ir antes de las fatídicas ocho de la mañana. Ahora volvía para comu-

nicarla que todo estaba dispuesto, que él iría con ella a no sé qué lugar y que no había nada que temer.

Me alegré por ella, bien lo sabe Dios, pero entonces, al ver que a mí no me decía nada, sentí, por contraste, lo terrible de mi situación. Me sentí solo, abandonado, indefenso ante un peligro infinitamente superior a mis fuerzas. Sentí impulsos de suplicar al señor Moisés que me llevara con ellos, que me llevara a otro sitio cualquiera, que me prestara cualquier clase de socorro... Pero dominé mis impulsos. ¿No veía él mi necesidad? Cuando no venía en mi ayuda es que no podría hacerlo.

Salí de la casa deprimido, anonadado por la soledad y el abandono. Casi me alegré de que aquellos muchachos me hubieran esperado para acompañarme a la iglesia. A la entrada de ella se me acercó un cuñado de Uzquiano, jefe del partido de Azaña.

—Dice mi cuñado que cuando salga usted de la iglesia se pase por su casa.

—Está bien. Dile que no tardaré mucho.

Penetré en la iglesia y conmigo aquellos dos o tres jóvenes que me acompañaban. No se quitaron las gorras. Entonces me dirigí a ellos:

—Nada he pedido, como habéis visto. Ahora os voy a pedir un favor. Mirad, aquí nunca se puede estar con la gorra puesta, nunca. Pero sobre todo, ahora que voy a abrir el sagrario... Vamos, quitaos la gorra.

Se lo dije con acento amistoso, paternal, que me suponía el más eficaz para ellos y, en realidad, el único que podía emplear. Callaron, pero se hicieron los remolones, y siguieron sin descubrirse. Me acerqué a uno de ellos y le puse la mano en la cabeza para quitarle la gorra.

—Vamos, hombre, quítatela.

Pero no lo consintió y, aunque sin brusquedad, sujetó la gorra con sus dos manos, que pudieron más que la mía, seguramente temblorosa. Con aquél no valía el acento paternal, y supongo que hubiera valido menos el autoritario. No era como el otro del despacho; era algo mayor y, sobre todo, estaba con otros «camaradas». No quise agravar más la situación ni perder un tiempo que pudiera ser precioso.

Y me acerqué temblando hasta el altar. Abrí el sagrario... No creo que haya momento más emocionante en la vida de un hombre. Allí estaba Jesús. Más solo que yo. Más abandonado que yo. Como que toda su compañía era yo, toda su defensa era yo, ¡el abandonado de todos, el ex-

pulsado del pueblo! Los ángeles también estaban, pero atadas las manos por la Misericordia divina. Lentamente, embargada mi alma de temor y temblor, fui consumiendo las Sagradas Formas, fui «expulsando» también a Jesús del pueblo. ¡Qué terrible era aquello!

«¡Los dioses se van!», se ha dicho como expresión superlativa de la desgracia de una nación. Poco importa que los dioses se vayan, pero... ¡que se vaya Dios...! Apagué la lámpara del sagrario. ¿Ya para qué esta luz del cuerpo si está apagada la Luz Indeficiente que ilumina las almas?

Emocionadísimo aún, tambaleante, llegué a casa del lugarteniente de Azaña. Estaba en un amplio comedor con una veintena de hombres más. Eran los directivos de todos los partidos del Frente Popular. Después de escuchar el relato de lo que me había sucedido, me dijeron:

—No hemos tenido más remedio que consentirlo. Los del pantano están todos los días diciéndonos que hay que matar al cura. Primero nos hemos negado, hemos ido dando largas después, pero hoy se han presentado diciendo que de hoy no pasaba y que, como nosotros no le matábamos, lo iban a hacer ellos. ¿Qué hacer ya? Les hemos dicho que no queríamos que hubiera sangre en el pueblo, pero que le echaríamos a usted de aquí, y para el caso era lo mismo, porque donde vaya usted le matarán en seguida. Crea que no hemos podido hacer más para salvarle. Ahora diga usted a dónde quiere que le llevemos.

Había entre ellos uno que tenía un taxi, con el que hacía frecuentes viajes a Talavera, pasando por Alcaudete.

—Pues si éste me quiere llevar a mi pueblo, a mi pueblo.

—A cualquier parte le llevo menos allí — dijo el del taxi —, porque estoy seguro de que le matarán en seguida. ¿Usted sabe cómo está su pueblo?

—Sí. Sí que lo sé. Pero allí, al menos, moriré entre los míos.

—Tampoco — continuó sin dar su brazo a torcer —. Sus hermanos están presos, y, como están en distintas casas, le matarán a usted sin que haya podido ver a ninguno. A su pueblo no le llevo de ninguna manera. A cualquier otro sitio, ahora mismo si usted quiere.

—Pues no siendo a mi pueblo, no sé a dónde ir. Adonde a ustedes les parezca.

—Adonde va a ir usted — dijo entonces el de Azaña — es al Robledo. Allí no se meten con el cura y podrá espe-

rar usted hasta que el Gobierno diga lo que hay que hacer. No será por mucho tiempo, porque la sublevación está dominada. El Alcázar está ardiendo y esto está acabando, como usted sabrá seguramente.

Yo no sabía nada de eso, y mis noticias — también yo escuchaba a Queipo de Llano — eran más bien que estaba empezando, pero no tuve nada que oponer: iría al Robledo. Empezamos los preparativos de la marcha. Al Robledo no había carretera desde Sevilleja, y hubo que buscar caballerías para mí y para dos que me acompañaron. Con mucho trabajo se encontraron tres caballos, pero uno estaba completamente desherrado; hubo que levantar de la cama al pobre herrador, que gustosamente — Dios se lo pague — me sacrificó el primer sueño, apenas iniciado.

—Bueno — me dijeron —. ¿Usted tendrá un traje de paisano? Ahora todos los curas lo tienen.

Era verdad, todos los curas lo tenían. Pero yo, no. Me probaron uno del hijo de la casa, joven de unos dieciocho años. No me estaba muy mal del todo, *salvo* que las mangas eran cortas y los pantalones un poco más. La dueña de la casa hubo de alargar unos y otras sacando todos los dobles. La tela descubierta estaba con todo su color, que contrastaba con el del resto del traje, ya desteñido por el uso. Creo que estaba un poquito «adefesio», pero, ¿quién reparaba entonces en semejantes pequeñeces?

—¿Y dinero? ¿Tiene usted dinero?

—Sí, sí, tengo. ¡Muchas gracias!

Era verdad y era mentira. Porque tenía dinero, sí. Pero ¿se puede llamar dinero a 125 pesetas?

Eran las dos de la noche cuando abandoné el pueblo, acompañado de todos aquellos jerifaltes. Mentiría si dijera que experimenté gran emoción en aquel acto, de suyo tan emocionante. La noticia de que mis hermanos estaban presos y la charla de mis acompañantes no me dejaban pensar demasiado en mi incómoda situación.

Llegamos andando hasta Gargantilla, anejo situado a pocos kilómetros de Sevilleja. Confieso que había olvidado en absoluto que en aquella iglesita también había sagrario, ¡también estaba el Señor! Ahora me acordé, con una especie de remordimiento... ¡Pobre Jesús! Si en vez de trazar mi camino por aquel pueblecito lo hubieran trazado por el lado opuesto, ¿qué hubiera pasado? Creo que, antes o después, me hubiera acordado, y, desde cualquier sitio,

hubiera venido aquí. Sí. Lo creo; pero, por de pronto, me había olvidado de El.

—Les voy a molestar más — dije a mis acompañantes —, pero no tengo más remedio. Tengo que consumir también las Sagradas Formas de esta iglesia.

No pusieron inconveniente y penetraron conmigo en el pueblecito. A pesar de ser hora tan avanzada, todo el mundo estaba en la calle con la inquietud propia de aquellos momentos, en que el pueblo no sabía si esperar... si temer... o más bien temía lo mismo que esperaba.

Penetré en la iglesia acompañado solamente por el médico de Sevilleja. Me cogió del brazo y entonces noté que el pobre temblaba como la hoja de un árbol. Temblaba por mí, claro está. Seguramente me echaba muy pocas horas de vida. Encendimos una vela y, a su luz, temblorosa como nosotros, consumí aquellas Formas en medio de un silencio que se hacía más impresionante en el contraste con el alboroto de la muchedumbre que esperaba fuera de la iglesia.

Cuando salimos subí a un caballo y lo mismo hicieron dos de mis acompañantes, que seguirían conmigo hasta el Robledo. Los demás se despidieron respetuosamente de mí.

—¡Adiós, adiós! ¡Hasta la vista!

Pero... ¿nos volveríamos a ver? La emoción se reflejaba en todos los semblantes. Abrevié lo que pude la despedida y empezamos a marchar. El camino atravesaba una región más montañosa, más solitaria. Aquella soledad, aquel silencio de la noche se me fueron metiendo dentro del alma. Entonces pude pensar, *tuve* que pensar en mi situación, más negra que aquella negra noche de verano. Y una tristeza, ancha y profunda, sentí que me calaba hasta los huesos.

Recuerdo que pasamos a la vista de un pequeño molino perdido en aquellas soledades. Un perro ladraba a su puerta. ¡Qué envidia sentí de los moradores de aquel despreciable molino! ¡Qué tranquilos estarán durmiendo ahora, pobres, pero felices! ¡Qué paz a su alrededor! ¡En cambio yo! ...

Iba clareando el día. Ya se veían por los senderos algunos caminantes. Uno de los que me acompañaban me advirtió:

—Ya debía usted quitarse la sotana; estamos llegando al pueblo y la gente empieza a salir para el trabajo.

Había pensado yo lo mismo, pero lo iba retrasando casi

inconscientemente. Me costaba mucho trabajo despojarme de aquella sotana que, con tanta ilusión, había vestido hacía tan poco tiempo. Pero ya no había más remedio. Bajé del caballo y, ya a la vista del pueblo, me despojé de la sotana. ¿Hasta cuándo? Probablemente hasta siempre. ¡No me la volveré a poner más! En aquella noche de tantas despedidas, una despedida más, una de las más dolorosas.

Entramos en el pueblo y en la posada tomamos una taza de café, bien calentito, que me reanimó bastante. Preguntamos por el cura. La posadera me miró de reojo y respondió:

—No se sabe dónde está. Vamos, yo no sé dónde está.

Evidentemente, no se fiaba de mí, que le era desconocido. La miré con agradecimiento, pero tampoco a mí me pareció prudente descubrir mi personalidad en la posada, y marchamos a casa de don Alfredo, el médico. Cuando le contamos lo de la posadera, se sonrió y dijo:

—Pues yo sí que sé dónde está el cura. Y usted va a ir allí ahora mismo, pero sin perder tiempo. Aquí no se meten con nadie, pero es peligroso estar así, al descubierto, por los de los otros pueblos. Ayer vinieron de Belvís dos camiones llenos de gente y preguntaron por el cura. Nadie le descubrió, aunque estaba entre todos, disfrazado. Pero cuando se marcharon los camiones comprendimos el peligro y se marchó en seguida a la sierra. Ahora un criado mío le llevará a usted al sitio en que está. Pero... ¿no tiene usted otro traje peor que ese?

Ganas me dieron de reír al ver que el adefesio que llevaba encima parecía demasiado bueno y juzgué bastante difícil encontrar otro peor. Pero se encontró y pronto. A los cinco minutos vino don Alfredo con un criado, que me entregó unos pantalones suyos, de pana amarilla, tan viejos que tenían exactamente veintidós remiendos, contados después por mí. Me dieron una blusa azul y un sombrero grande de paja y así, vestido de segador, montado en un borriquillo que apenas podía conmigo, emprendí el camino de la sierra.

---

## CAPITULO II

### EN LA SIERRA. — UNA EXPULSION MAS. CAMINO DE MADRID.

Así llegué a Vallesud, las tierras del «tío Patrón» que cultivaba él con sus familiares y no recuerdo si algún criado. El «tío Patrón» era un hombre bueno a carta cabal, cristiano y trabajador, hombre de la antigua España que estaba desapareciendo.

Se presentó el cura — don Tomás Martínez — y nos dimos un abrazo apretado, el abrazo que sólo se da en circunstancias como aquellas. Y empezamos a hacer planes para nuestra estancia en aquellas sierras. Comeríamos aquel día con el «tío Patrón». Pero dormir, ¿dónde? Porque allí no había más que el campo y un pajar donde se cobijaban todos los que trabajaban por aquellos contornos. No convenía aquello para dos curas que necesitaban vivir ignorados. Don Tomás decidió hablar a un amigo suyo que vivía en el Robledillo. Le esperamos a la vuelta del trabajo, y después de mucho parlamentar, dijo el amigo que nos llevaría a casa de su suegra, que vivía en aquel pueblecillo. Esperamos a que se hiciera de noche, y, saltando por una tapia, como dos ladrones, entramos en la casa de aquella mujer.

La «tía Ezequiela» era una viejecita muy amable. Nos recibió cariñosamente y nos hizo unas sopas de ajo y un huevo frito, que nos supieron a gloria. Después nos llevó a una habitación con dos camas, lamentando la buena mujer que éstas fueran tan duras para nosotros, a quienes ella suponía acostumbrados a cómodos y mullidos lechos. No sabía ella que cuando estuvimos esperando a que se hiciera de noche para entrar en su casa yo me quedé dormido

sobre la dura tierra, pues la noche anterior no había podido dormir ni un minuto siquiera, y el día le había pasado en un continuo caminar a caballo, en borrico, y, ¡ay!, en el coche de San Fernando. A lo que hay que añadir un tormento que yo mismo me preparé, buscando un mayor bienestar: había dejado en casa de don Alfredo mi maletín con mis zapatos, que cambié por unas zapatillas con suela de goma para andar mejor por la sierra. Que es, precisamente, por donde no se puede andar con suela de goma. Pronto me di cuenta de mi equivocación: las piedras se me clavaban como puñales y, a los cinco minutos, tenía los pies echando fuego. Con todo esto, las camas que nos preparó la «tía Ezequiela», que en verdad eran durísimas, me parecieron las más blandas de la tierra, y no sé si en mi vida habré dormido tan a gusto.

Al otro día, a media mañana, no nos habíamos levantado aún. La «tía Ezequiela» entró en nuestra habitación para ver si queríamos algo. Empezó lamentándose, como cuando llegamos la noche anterior, de lo malo que estaba el mundo.

Pero hoy agregó algo más: que en mi pueblo habían asaltado las cárceles y habían matado a todos los presos. Como en Sevilla me habían dicho que mis hermanos estaban detenidos, la impresión que recibí no pudo ser más terrible. Caí de rodillas y, sollozando, pedí a Dios por ellos. ¿Por su vida? ¿Por su alma? Por lo que fuera, por lo que necesitaran. ¡Dios lo sabía! Yo no perdí del todo la esperanza de que estuvieran vivos. Entonces todo se podía creer, es verdad, pero también se podía esperar todo. Acudí al Corazón de Jesús y empecé a rezar por mis hermanos una Novena de la Confianza al Corazón divino.

Pasamos el día sin salir de casa, entretenidos en nuestras zozobras. La «tía Ezequiela» quiso aprovechar el tiempo para coserme algo aquellos famosos pantalones de pana:

—¡Pero si no se puede hacer nada! — dijo, cuando los tuvo en sus manos —. ¡Si todo son remiendos!

Fué entonces cuando tuve la humorada de contarlos: veintidós.

Al día siguiente, más temprano que la mañana anterior, la «tía Ezequiela» penetró en nuestro cuarto. Empezó también con su acostumbrada lamentación teórica de la malicia del mundo. Luego, en la aplicación práctica, dos noticias que, si no fueron para mí más dolorosas que las del día anterior, fueron más importantes en consecuencias. La

primera: que habían llegado a Vallesud no sé cuántos hombres preguntando por dos sacerdotes, que no podían ser otros que don Tomás y yo. La segunda, y más importante: que en el pueblo todo el mundo sabía nuestra estancia en aquella casa. Estalló don Tomás en reproches al escuchar tan catastrófica noticia:

—Ya le dije varias veces que sus nietos no debían andar por la casa; que lo iban a llenar todo. Mire usted si tenía razón.

La «tía Ezequiela» decía que no habían sido sus nietecitos, que había sido no sé quién que nos había visto saltar por la pared. Fuera lo que fuera, no teníamos más remedio que abandonar aquel asilo y lanzarnos a... ¿dónde? La «tía Ezequiela» decía que a un picacho que se levantaba allí cerca, donde podíamos estar seguros durante el día y bajar por la noche a recoger los alimentos que ella nos tendría preparados.

Don Tomás no aceptó el plan. Ya buscaría él dónde ir a refugiarnos. Cuando quedamos solos en la habitación, preparándonos para marchar, continuó despotricando contra los niños —¿quién conocía a don Tomás, siempre diciendo chistes? — o más bien contra la abuela, que los había dejado enterarse de todo.

—Yo no sé — le dije — si han sido los niños o ha sido un hombre que nos vió entrar. Más me inclino a creer que no ha sido ninguno de ellos y que en este pueblo nadie sabe que nos encontramos aquí nosotros.

—¿Entonces...?

—Mira. Cuando entramos en esta casa, ¿recuerdas que, sentados junto a la lumbre mientras la «tía Ezequiela» nos preparaba algo de comer, tú te pusiste a explicar los planes que traías? «Tantos días — bastantes — aquí, luego a tal parte, luego a tal otra.» Al oír los días que pensabas que durara nuestra estancia en esta casa, la «tía Ezequiela» y su yerno se miraron con terror. Yo sorprendí su mirada y en ella leí bien claro la sentencia de desahucio que ahora nos comunican. Después de todo, nada tenemos que reprocharles y sí mucho que agradecerles. Nos han escondido dos días, nos han tratado con cariño. Pero — hay que reconocerlo — dos curas en estos tiempos son un peligro nada despreciable para la casa.

Nos marchamos de allí. Cuando nos vimos en uno de los picachos de la sierra, don Tomás se puso, según su costumbre, a hacer planes para el porvenir. «Esta noche dor-

miremos en tal pueblo, luego iremos a tal otro, luego a...» En el primero de ellos decía que podríamos estar todo el tiempo que quisiéramos en la casa de Damián, un muchacho de Mora que estaba allí con su familia haciendo una carretera. Mientras hablaba, me iba señalando los pueblos que nombraba o los cerros que los ocultaban. Yo no veía ningún pueblo de los que citaba; sólo una serie interminable de cerros y picachos a uno y otro lado, en una extensión casi infinita, hasta que ya nuestros ojos no podían alcanzar más. Una soledad inmensa, sin rastro casi de vida humana. Un silencio imponente que daba espanto.

—Yo no te acompaño — le dije al cabo de un rato —. Yo no puedo andar estas distancias tan largas ni subir tantísimo cerro. Padezco del corazón, ya lo sabes. En más de una ocasión me tendrías que llevar sobre tus hombros. Tú solo te defenderás mucho mejor. Separémonos. ¡Sea lo que Dios quiera! Después de todo, estamos huyendo de una muerte que, si Dios lo dejara a nuestra elección, no tendríamos valor para rechazar. ¡Sí, sea lo que Dios quiera! Yo voy a Vallesud a recoger mi maletín y me marcho a Madrid. Su ruido me da menos miedo que este espantoso silencio. Allí he vivido veinte años y lo conozco bien. Creo que con el salvoconducto que me han dado en Sevilleja no me defenderé mal.

Asintió don Tomás, después de breve resistencia. Había que separarse. Nos confesamos mutuamente, nos dimos un abrazo y cada cual tiró por su lado. ¿Nos volveríamos a ver?

Yo quise hacerlo apenas nos hubimos separado. Al verme solo me sentí poseído de terror. Una tristeza infinita, un desaliento general se apoderó de mí. Inmediatamente me arrepentí de mi determinación. ¿Cómo he podido hacer semejante disparate? Volví sobre mis pasos, corrí en la dirección que había seguido don Tomás, pero no pude encontrarle. Di voces. Subí a algunos peñascos más elevados. Nada. ¡Parecía que se lo había tragado la tierra!

Aplanado, acobardado, entristecido, comencé a bajar del picacho en la dirección que suponía me llevaría a Vallesud. A medida que bajaba la vegetación de jaras era más espesa y más alta, hasta llegar a sobresalir de mi cabeza. Materialmente desaparecí entre aquella vegetación como un conejillo en el monte. Entonces llegó a su extremo la angustia de la soledad. ¿Cómo he podido hacer semejante desatino? ¡Quedarme solo estando rodeado de tantos peli-

gros! ¡Ay!, pero hasta entonces yo no sabía lo que era estar solo. Y ya no había remedio.

Y, a todo esto, perdido entre aquellos jarales, no sabía siquiera la dirección en que caminaba. Había que salir a campo descubierto. Así podría orientarme, que era lo más urgente. Pero cuando salí no pude orientarme lo más mínimo. Miré y remiré todos los puntos del horizonte pero no encontré nada conocido que me pudiera servir de punto de referencia.

No muy lejos, divisé dos segadores entregados a su penosa labor. Si eran del Robledo no había peligro en preguntarles. Pero si eran de Espinoso, donde había Sociedad Obrera, podía muy bien ocurrirme algún desaguisado. Dudé un poco. ¡Pero si no había más remedio! Me acerqué a ellos.

—¿De dónde son ustedes?

—De Espinoso — contestó uno de ellos mirándome de arriba abajo con una mirada escrutadora que me heló la sangre. Y después de un rato, con acento malicioso, como si esperara ponerme en un aprieto, continuó:

—¿Y usted? Porque ahora todos nos tenemos que pedir la documentación.

—A recogerla voy, precisamente — dije sacando fuerzas de flaqueza y aparentando una indiferencia y despreocupación que tan lejos estaba de sentir —. En Vallesud la tengo, pero me he despistado, y... Bueno, ¿un cigarrillo? — Y metí la mano en el bolsillo con gran dolor de mi corazón porque andaba escasillo de tabaco. Pero, ¿cuándo mejor empleado?

—En la mano lo tengo — contestó el otro segador que, efectivamente, tenía en la mano una burda petaca que me alargó con espontánea generosidad.

Dos hombres que fuman juntos un pitillo han sellado un pacto de amistad; no hay nada que temer. Aquellos segadores me dieron toda clase de indicaciones para ir a Vallesud y pude llegar a la caída de la tarde.

Mi llegada constituyó un acontecimiento. Sorpresa, extrañeza, inquietud... ¿Cómo iba sin don Tomás? Relaté lo sucedido y manifesté mi propósito de marchar al día siguiente a Espinoso para tomar el coche de Talavera y desde allí, por tren, a Madrid. Este plan fué calificado, por unanimidad, como imprudente y descabellado.

—Pero, hombre — sentenció el «tío Patrón» con un deje de amargura en sus palabras —. ¿No ve usted que se

va a meter en la boca del lobo? ¿Qué necesidad tiene usted de eso? Aquí no tiene ningún peligro. Esta gente es «mu sana», que se lo digo yo, ¿y ahora va a ir a meterse en la boca del lobo?

Me mantuve en mis trece, y como el «tío Patrón» había de bajar al pueblo aquella noche, quedó encargado de recoger mi maletín y de traerme un hombre que me condujera a Espinoso. Fueron acudiendo los que allí se recogían a dormir y poco después nos encontrábamos metidos en el pajar una docena larga de hombres y muchachos. Mientras el sueño venía a cerrar nuestros ojos, la conversación se mantenía — ya que no alegre — viva y animada. Allí había dos muchachos que habían sido llamados a filas. ¡Pero no sabían quién los llamaba! En el pajar había diversos pareceres.

—El Primo de Rivera y que ha llamado tres quintas — decía un viejo simpático, con cara de Diógenes.

—Sí, pero a éstos — sentenció otro — quien los llama es la República.

—Nosotros no sabemos na — decía uno de los muchachos (el otro recuerdo que no desplegó sus labios) —, sino que tenemos que ir a Toledo.

¡Y así, con esta indiferencia, sin saber a quién ni para qué, iban a entregar aquellos muchachos sus vidas alborreantes! ¡Qué lástima me dieron! Morir por un ideal es alegre y consolador, por más tópicos o chistes frívolos que sobre ello se hagan. Pero morir así, sin saber por qué, tal vez luchando contra creencias — si no muy razonadas, arraigadas —, es triste, espantosamente triste. ¡Pobres muchachos!

El sueño fué como correspondía a las comodidades del alojamiento. Así que, al salir el sol, salía yo también del pajar para tomar el aire de la mañana, a aquella hora fresco y por demás agradable. A poco apareció el «tío Patrón» montado sobre una mula. Pero yo no veía mi maletín por ninguna parte. ¿Sería capaz de haberlo olvidado, después de tanto insistir sobre ello?

—¿Dónde trae usted el maletín? ¿Y el hombre que me ha de llevar a Espinoso? — le pregunté sin dejarle llegar apenas.

—Pero, hombre... — refunfuñó —. ¿Se empeña usted en meterse en la boca del lobo? Quédese aquí, que esta gente es mu sana...

No le dejé continuar. Me enfadé un poco y me con-

moví otro poco ante aquella testarudez, hija de la más buena voluntad del mundo. Pero yo había tomado mi decisión, bien meditada, y no había más que cumplirla.

Al día siguiente, a la misma hora, ya estaba allí mi maletín y un hombre con un borriquillo en el que había de ir hasta Espinoso. Salí de Vallesud. ¿A meterme en la boca del lobo para que éste me devorara a su placer, dando la razón al «tío Patrón»? Así me pareció claramente al atravesar la plaza del pueblo, apenas me quedé solo. Un hombre se cruzó conmigo y me saludó quitándose la boina:

—Buenos días.

(¡Adiós, ya me han conocido! ¡Qué razón tenía el «tío Patrón!»)

—Buenos días — contesté sin fijarme en él y apretando más el paso. Pero el hecho de haberse quitado la boina me tranquilizó un poco; aquel hombre me respetaba. ¿Sería algún amigo? Me paré y le miré. El continuaba parado y mirándome también. Pronto le conocí: era el mancebo de Antonio Martín, de la Juventud de A. C. de mi pueblo, que estaba en Espinoso de veterinario. Nos saludamos emocionados.

—¿Y Antonio?

—Anoche se marchó a la sierra. Ha estado defendiéndose con muchos apuros, pero ya no había medio de escapar de los rojos y anoche se metió en la sierra.

—De la sierra vengo yo. He estado unos días allí, pero la encuentro muy peligrosa para mí y creo que en Madrid me defenderé mejor. Antonio entra y yo salgo. Llevamos caminos encontrados. ¿Quién acertará? ¡Ay!, yo acerté para salvar mi cuerpo. Antonio acertó para salvar su alma y alcanzar la corona del martirio.

Me encaminé a la oficina de los coches de Talavera para sacar mi billete. Aún no habían abierto y tuve que esperar. Enfrente, esperando también, había un joven sentado en una piedra y con una mula del ramal. No sé por qué me fijé en él, pues un hombre sentado en una piedra teniendo una mula del ramal es de lo más común en cualquier pueblecito de España. ¿Por qué me fijaría en él? Y, sobre todo, ¿por qué se me ocurrió que aquel joven pudiera ser el Damián, de Mora, en cuya casa debiera estar ahora refugiado, según los planes de don Tomás? Pronto deseché la idea. Si ahora está don Tomás en su casa, ¿cómo se va a poner a salir de viaje!

El viaje hasta Talavera no estuvo exento de peligros.

No había estado nunca en ninguno de los pueblos del trayecto, pero me conocía mucha gente de todos ellos, por lo que, en las paradas, siempre agachaba la cabeza para atarme los zapatos que, indefectiblemente, se me volvían a desatar en la del pueblo siguiente.

A mi lado venía un individuo tosco, silencioso, que, al parecer, era de Belvís, el pueblo de mi madre. En una de las paradas un conocido le saludó. Y luego, la pregunta del momento:

—¿Qué habéis hecho en Belvís? ¿A quién habéis matado?

El de Belvís, con aire indiferente, soltó una retahila de nombres, casi todos parientes míos.

—Y nada más — agregó con displicencia, (Bárbaro, ¿todavía te parecen pocos?)

—¿Y a don Froilán?

—A ése le hemos casado con la criada. Pero matarle, no le hemos matado. No sé si un día de estos nos dará por matarle ya.

¡Pobre don Froilán, tan sibarita, siempre con su sombrilla abierta para defenderse del sol! Era un típico ejemplar del solterón rico, que no tenía más preocupación que ir a Madrid para ver todos los teatros y corridas de toros, después de lo cual se retiraba a su finca para descansar. Y ahora su vida, tan regalada, estaba a merced de que un día cualquiera, «les diera» a estos bárbaros por quitársela guapamente. ¡Y de esto sí que no había sombrilla que le defendiera!

---

### CAPITULO III

## NO SE SI SALVO LA VIDA A UN BUEN MUCHACHO ¡EL ALCAZAR NO SE HA RENDIDO!

En Talavera hubo que ir al Ayuntamiento, sede entonces del Frente Popular, para sellar nuestros salvoconductos. Un «mandamás» rojo, venido de Madrid, parecía haber sentado allí sus reales y, con aires de Capitán General, se disponía a examinar nuestros papeles y decidir sobre nuestro destino. Pasamos a su real presencia un grupo de doce personas.

El primero que, temerosamente, alargó su papel al «mandamás», fué el de Mora, o de donde fuera, ahora lo vería. Apenas el «mandamás» se echó el papel a la cara, gritó con voz fuerte y destemplada:

—Esto no vale. Esto no vale nada. Aquí no hay más que el sello del Ayuntamiento. Pero ¿tú no sabes que ya no hay Ayuntamientos? Ya no hay más que Frente Popular y tú tenías que haber traído el salvoconducto sellado por él; si no, no vale nada. Toma.

Y le alargó el salvoconducto. Pero antes de soltarle se arrepintió y quiso enterarse primero de la clase de gente con quien estaba tratando, por si la ausencia del sello pudiera significar algo más.

—¡Oye, tú, Fulano! —llamó a voces a un empleado que estaba en la habitación próxima —: Tú que eres de por aquí, ¿qué tal pueblo es Espinoso de la República, antes Espinoso del Rey?

—¡Malo, muy malo! —contestó el otro con las mismas voces —. ¡Allí han ganado siempre las derechas!

El «mandamás» irguió la cabeza y miró al muchacho como si tuviera delante al mismísimo Calvo Sotelo. ¿Qué

iba a pasar allí? Mal se le iban poniendo las cosas a aquel joven y todos temimos que al «mandamás» se le ocurriera alguna salvajada de las que entonces estaban a la orden del día.

—Yo no sé nada — balbució tímidamente el pobre muchacho —. Yo no soy de Espinoso. Es que estamos allí haciendo una carretera y me marché unos días a mi pueblo. Me dijeron que fuera al Ayuntamiento y al Ayuntamiento he ido. ¡A lo mejor es que allí no hay Frente Popular!

—¡Cómo no va a haber Frente Popular! — exclamó el «mandamás» como si hubiera escuchado una blasfemia. (¡Y tal vez sea una blasfemia comunista!) —. ¿No sabes que en todas partes tiene que haberlo?

Ya no me cabía duda. Aquel joven era el de Mora, mi frustrado amparador, que ahora, probablemente, lo sería de don Tomás. Quise echarle una mano, si podía. Vamos a ver. Sin decir nada, alargué mi salvoconducto al «mandamás».

—¿Ves? ¡Esto es otra cosa! — dijo el «mandamás» con satisfacción —. Aquí están los sellos del Frente Popular. ¡Esto es otra cosa!

En efecto, mi salvoconducto tenía una impresionante cantidad de sellos de otros tantos partidos del Frente Popular que no sé cómo podían tener adeptos en Sevilleja. Sospecho que la mayoría sólo tenían los sellos. Pero los sellos allí estaban y hablaban en mi favor: Izquierda Republicana, Acción Republicana, P. Socialista, P. Comunista y una serie numerosa de Juventudes, a cual más revolucionaria. El «mandamás» seguía deleitándose en la contemplación de tanto sello demoledor. Cuando ya me vi convertido en persona «de confianza», juzgué que podía acometer la defensa del de Mora.

—Pero es verdad lo que dice éste — dije con determinación al «mandamás» —. En Espinoso no hay Frente Popular. — Y señalando con el dedo el sello que me habían puesto en Espinoso, continué: —Fíjate como yo también tengo el sello del Ayuntamiento y no el del Frente Popular, como en Sevilleja.

El «mandamás» se quedó pensativo... Yo era persona de confianza... Dudó. Al cabo de un rato, cogió el sello que tenía a su derecha y, sin decir nada, lo estampó en nuestros dos salvoconductos.

—¡Si no es por usted...! — me decía luego el de Mora

cuando salimos del Ayuntamiento. Rebosaba satisfacción. El pobre no quería separarse ya de mí.

—Si va usted al tren, podemos ir juntos a la estación.

Pero mis pensamientos eran muy distintos. En Talavera me conocían muchos y estaba en peligro inminente y grave. «Paso corto, vista larga y libertad de movimientos»; eso era lo que yo necesitaba en Talavera. Todo ello incompatible con el acompañamiento que el de Mora me proponía. Me excusé con buenas palabras, salí en seguida a las afueras y dando un rodeo a toda la ciudad, llegué a la estación, muerto de calor y de cansancio.

Faltaban tres horas para la salida del tren. ¿Qué hacer durante todo ese tiempo? Porque la estación era para mí más peligrosa que la misma plaza y tenía que ocultarme todo lo posible. Pero ¿no estamos a uno de agosto, hace un calor sofocante y es la hora de siesta? Pues... ¡a dormir la siesta! Me cobijé a la sombra de los árboles que hay en el mismo andén, me tumbé sobre la tierra desnuda, puse el maletín de almohada y me tapé la cabeza con la chaqueta para que me defendiera de la luz... y de miradas indiscretas. Así podía dormir con entera tranquilidad. ¿Quién iba a sospechar que aquel tío tumbado a la bartola era un cura muerto de miedo? Pero ¿qué cura, por despreocupado que fuese, iba a dormir en aquella dura cama, con tantas inquietudes y zozobras sobre su corazón y en trance de iniciar una aventura llena de peligros que iban a empezar apenas me destapara la cabeza para ir a sacar el billete?

No dormí, claro está, ni en realidad yo pretendía tal cosa, pero a lo menos descansé y pude esperar tranquilo hasta la hora del tren. La chaqueta, manejada con precaución, me permitía ver todo lo que pasaba en derredor de mí y pude reconocer a muchas personas, lo que, si me proporcionó algunas inquietudes, me permitió prevenir o soslayar muchos peligros. Cuando abrieron la ventanilla de los billetes, dejé que el numeroso grupo fuera disolviéndose y, saqué el mío casi en completa soledad. ¡Y al tren! ¿Qué me esperará en él? ¡¡Dios me tenga de su mano!

En un departamento me encontré con el de Mora, que me invitó a sentarme a su lado. Pero tampoco accedí ahora a su deseo y continué dando vueltas por allí. Me interesaba, ante todo, examinar con precaución los viajeros del tren y conservar mi libertad de movimientos. Al cabo de un

rato, ya en marcha, me senté con él. Empecé a comentar la situación, hablando «perrerías» de los rojos, en lo que él, gustosamente, me acompañaba. Y luego la preguntita que yo iba preparando con toda aquella conversación:

—Y el cura del Robledo, ¿qué ha sido de él?

Se desconcertó. Por su turbación me convencí de que don Tomás estaba en su casa. Pero él no contestó nada. Yo insistí de nuevo:

—Le habrán matado también, ¿verdad?

—No. No le han matado.

Pero nada más. Ni una palabra referente a su persona, a su situación. No se fiaba del todo de mí, aunque juzgaba que tal vez me debía la vida. Tuve que decir nuevas perrerías de los rojos, tuve que manifestarme amigo de los curas... Al fin, bajando mucho la voz, me confesó:

—Está escondido en mi casa. Se presentó allí la otra noche. Iba a ir con él otro compañero suyo, pero luego no fué.

—A lo mejor es que le daría miedo.

—No sé. Nada más que lo que dijo don Tomás.

—Pues, seguramente es que es un señor que tiene miedo de andar por ahí. No querrá que le vea nadie y se habrá quedado metido en un agujero, o debajo de una piedra como los lagartos.

—¡A lo mejor! Yo no sé nada más que lo que dijo don Tomás.

Di otra vuelta por el tren y, después de un rato de espiar, volví junto al de Mora.

—¿De modo que al compañero de don Tomás le dió miedo de ir a tu casa?

—No sé — volvió a repetir el bueno de Damián, con el que yo jugueteaba como el gato con el ratón —. Dijo don Tomás que se volvió.

—¿Y a dónde se fué? A lo mejor anda por aquí. Y eso que, si le daba miedo ir a tu casa, más miedo le daría andar por aquí con tanta gente, ¿no te parece?

—Eso digo yo.

Y nada más. Estaba cansado ya de tanta pregunta sobre lo mismo. Aquello olía a puchero de enfermo. O a otra cosa peor... Porque lo que menos podía él suponer era... lo que le solté de sopetón, como el que suelta una bomba.

—¿Que es usted el compañero de don Tomás? ¿Que es usted cura?

Me miraba con una mirada estúpida, con una cara

inexpresiva, a fuerza de querer expresar tanto. Yo le miraba sonriente, gozándome en su sorpresa.

—¿Y anda usted por aquí? ¡Cualquiera lo diría! Pero...

No siguió, temeroso de expresar más claramente lo que para mí bien claro estaba: «¡Cualquiera dice que es usted cura! Lo disimula muy bien. Y tiene un valor tranquilo y una serenidad asombrosa. Pero... de nada le ha de valer. Tarde o temprano, más temprano que tarde, le quitarán la vida.»

Quando, poco después bajó en la estación de Bargas para tomar el coche de Toledo, seguramente iría pensando? «¡Pobre señor! Poco le queda de vida; no nos volveremos a ver más!»

Y fué verdad, no nos volvimos a ver. Porque en la «segunda vuelta» de Mora, el buen Damián pasó a aumentar el número de los caídos por Dios y por España.

Y la verdad es que yo no sé cómo tenía humor para bromear, ni con Damián ni con nadie; porque las noticias no podían ser más desalentadoras: ¡El Alcázar se había rendido! Lo decía el «ABC», que publicaba una fotografía en la que el Gobernador Civil de Toledo recogía los fusiles que los defensores del Alcázar iban — mansamente — entregando. La noticia me anonadó. No quería ni pensar en ello. ¡Si tal vez mis bromas con Damián no tenían otro objeto — inconfesado — que distraerme de mis tristes pensamientos!

¡El Alcázar se había rendido! Que sus heroicos defensores me perdonen el haber creído en su rendición. Pero ésa es su gloria, precisamente: que el mundo entero haya tenido necesidad de verlo con sus propios ojos para creer que pueda llegar tan alto el heroísmo de los hombres. ¡Aunque sean españoles!

Pero ya en Bargas el tenebroso horizonte se aclaró. No era verdad. El Alcázar no se había rendido. En la estación, un grupo de milicianas rojas que venía en mi departamento, entabló conversación — a voces — con otro recién llegado de Toledo. Las de mi departamento venían del frente de Navalmoral de la Mata y dieron unas noticias estupendas: victorias a granel a todo lo largo del frente.

—¡Pero a ver, vosotras, si hacéis otro tanto! ¡A ver si acabáis con el Alcázar!

—¡Eso corre de nuestra cuenta! — dijeron las de To-

ledo —. Falta muy poco ya. Antes de una semana todo se habrá acabado. ¡Salud!

— ¡Salud!

El tren reanudó su marcha. Y yo reanudé mi vida. Ya era otro. «Falta muy poco. Antes de una semana...» — repetía en optimista soliloquio. Luego falta algo; un día, una hora, lo que sea. Falta algo, falta todo. ¡El Alcázar no se ha rendido!

Entonces... ¿Y la noticia del «ABC»? ¿Y esa fotografía de la entrega de armas? ¡Mentiras! ¡Todo mentiras de esta gente! Buena señal. ¡No irá tan bien la guerra para ellos cuando tienen que recurrir a estas mentiras que se deshacen ellas solas!

---

#### CAPITULO IV

### EL MADRID ROJO. — EN CASA DE ELADIO. — UN SUSTO A MEDIA MISA. — UNA INDIRECTA DE PEPE GARNICA. — UN AMIGO ES UN TESORO

Bien necesitaba yo esta inyección de optimismo para no quedar aniquilado ante el aspecto que Madrid me presentó. ¡Madrid, mi querido Madrid, bueno, alegre, simpático, acogedor! ¿Eres tú esta ciudad huraña que me encuentro, soez, hostil y agresiva? ¡Cuánto te han cambiado en unos días los sucesos que ensangrientan — purificándola — nuestra España!

Por todas partes blasfemias, amenazas, insultos. Las iglesias, profanadas. Los comercios con un letrero infamante: Este establecimiento ha sido «controlado» por la dependencia. Pero, cómo, ¿el robo convertido casi en institución social, ostentado con impudencia? Grupos alborotadores, milicianos blasfemos y — lo que era más deprimente — milicianas vestidas de «mono», haciendo ostentación de unos pistolones casi tan grandes como su impudor. Aquello daba asco. En las caras de los transeúntes, intencionadamente vestidos lo más plebeyamente posible — proscrito como un sambenito el más pequeño signo de corrección —, claramente se leía, a poco que supiera uno deletrear, el temor, la desconfianza, la intranquilidad. Y con razón; al revolver de cualquier esquina podía uno encontrarse con la delación inesperada que significaba la prisión, el robo o el asesinato.

Verdaderamente no hay boca de lobo tan oscura como aquella hora del Madrid rojo. ¡Y yo estaba metido en él! Contra la voluntad del «tío Patrón», que tanto se esforzó, inútilmente, en disuadirme. ¡Qué tranquilito estará aho-

ra en Vallesud con aquella gente que, es verdad, era «mu sana»! Y yo ahora, en Madrid, ¿qué iba a hacer? Por de pronto, esta noche, dormir, que bien lo necesitaba. En cualquier parte. Y mañana, Dios dirá.

Pero antes había que ver a mi amigo Eladio, hablar con él, planear juntos mi vida en aquel Madrid tan peligroso. Con Eladio Ruiz de los Paños me unía una amistad fraternal desde los diez años de edad en que fui discípulo suyo en el seminario de Toledo. Es decir, desde mucho antes. Porque nuestra amistad tuvo su origen en la íntima que unió a su hermano Pedro con mi tío Ignacio, hermano de mi madre. Cuando don Pedro Ruiz de los Paños era Superior General de los Sacerdotes Operarios Diocesanos, le escuché en una plática a los seminaristas de Toledo estas palabras: «Pudiera traer aquí el ejemplo de un amigo mío... bueno, en realidad, yo no he tenido en mi vida nada más que un amigo: Don Ignacio Arenas.»

Esta amistad continuó después entre Eladio y yo, en el seminario y fuera de él. Eladio abandonó también la carrera eclesiástica, se casó con una muchacha buenísima de Sonseca y ahora estaba empleado en Madrid.

Al día siguiente me encontraba yo ya definitivamente instalado en casa de Paños, en la calle de Goya. Hubo que vencer mi tenaz resistencia ante el espectáculo que contemplé: mi buen amigo tenía ya recogidos en su casa a su hermano Paco, sacristán de las Carmelitas de la calle de Torrijos, y a una hermana que vivía con él, a su hermano Zoilo con su esposa y tres hijos que con Eladio, su mujer y tres niñas llegaban a la docena. ¡Ya estaba bien para aquel cuartito pequeño! ¿Y aún iba a meterme yo? Hubo — creo — que vencer la resistencia que los cuerpos oponen a ser penetrados por otros cuerpos... Pero ¿qué resistencias pudieran oponerse a la buena voluntad de Eladio? Se vencieron aquellas resistencias y se hubieran vencido cincuenta más. Aquella noche dormía yo en la mejor cama de la mejor habitación de la casa. Los demás no sé cómo se arreglarían — aunque lo sospecho — para dormir.

Y todos tan contentos. Yo, por el afecto a aquella familia tan buena. Ellos porque, además del afecto que me profesaban, tenían el Capellán en casa, como los grandes de la tierra.

Todos los días, a la alborada, toda la familia se reunía en el pequeño comedor y, como en las catacumbas, aquel escogido grupo de cristianos, tal vez mañana condenados

a las fieras, asistían con fervor a la misa de un sacerdote más en peligro que todos. Allí no había ornamentos sagrados de ninguna clase. Eladio escogió una copa nueva, de cristal, y éste era el cáliz de aquellas misas. ¡Misas inolvidables! En aquellos terribles momentos, el mejor consuelo, el mejor manantial de fortaleza para los próximos peligros. Aunque los peligros, más que próximos, eran presentes, constantes, permanentes, como negros nubarrones cernidos siempre sobre nuestras cabezas. La misma celebración de la misa era un peligro pavoroso. Si nos descubren en aquellos «complots antirrevolucionarios» no duraría mucho nuestra vida. ¡Sobre todo la mía! Pero parece que lo hacíamos con bastante discreción y no infundíamos sospechas a nadie. Sólo un día nos llevamos un susto. ¡Pero, grande!

Estábamos en el momento más solemne. Acababa yo de consagrar y, en medio de un silencio emocionante, aquellas almas atribuladas departían con su Dios que tan milagrosamente había venido a visitarlas. De pronto sonó el timbre. Llamadas fuertes, prolongadas, alborotadoras. ¡A aquellas horas! ¡Estábamos descubiertos! Felisa — la esposa de Eladio — se levantó. Pero Eladio la cogió del brazo y la obligó a seguir de rodillas.

— ¡Quietos todos! — murmuró en voz apagada, pero imperativa —. Yo iré a ver lo que pasa.

De pie ante aquel altar improvisado, yo permanecía inmóvil, aunque presa del mismo pánico que todos. Cogí la Sagrada Forma y me dispuse a sumirla a la menor señal de peligro. Anhelantes todos, escuchábamos las cautelosas pisadas de Eladio hacia la puerta del piso. Le oímos hablar con alguien a través de la mirilla, pero la puerta no se abrió. A poco entró en el comedor con cara tranquilizadora.

— ¡El lechero, que se ha equivocado de piso!

Fuera de aquel momento, nuestra vida se deslizó tranquila en aquella casa. Yo salía poco de allí. Me molestaba el ambiente que se respiraba por la calle. Me acobardaba presenciar en Recoletos el desfile interminable de camiones abarrotados de milicianos — ¡y milicianas! — con sus gritos de victoria, sus canciones revolucionarias, su «no pasarán, no pasarán», tan machaconamente repetido.

— No, no pasarán — me decía yo desalentado —. No pasarán. ¿Quién puede con todo esto?

A mí me parecía que nadie. Mi único consuelo era

pensar que los nacionales tendrían una cantidad semejante de camiones y soldados, puesto que iban avanzando. Pero lo mejor era no verlo. Hay que ser militar, hay que estar acostumbrado para que no impresione una masa tan grande de enemigos cuyo valor práctico no se sabe justipreciar.

Era, además, muy peligroso el andar por la calle... Bien lo sabía yo, pero una vez me lo recordó muy bien Pepe Garnica, porque parecía que lo había olvidado. Me encontré con él una mañana en plena calle de Alcalá, junto al edificio del Banco Español de Crédito, de cuyo Consejo de Administración era presidente su padre.

—Pero bueno, Pepe, ¿cómo te atreves a andar por la calle? — fueron mis primeras palabras, incluso antes de saludarnos. Me contó después que estaba refugiado allí, en el mismo edificio del Banco, y que los empleados le trataban muy bien y le tenían allí bien escondido y defendido.

—¡Pero no salgas a la calle, hombre! ¿No comprendes que aquí no te pueden salvar todos los empleados juntos? ¡Qué imprudencia!

Cuando nos despedimos, después de charlar un rato, Pepe se volvió hacia mí a los pocos pasos y me dijo:

—¡Oye! Y descuida, que seguiré tu consejo y... no seguiré tu ejemplo — y se alejó riendo de la cara de bobo que puse al escuchar la «indirecta».

—¡Pues tiene razón, Garnica! Yo no soy hijo de un millonario, pero soy sacerdote, y no sé cuál de estas dos cosas es peor en estos tiempos. ¡Y le he llamado imprudente! Sí que lo es, un poquillo, como joven animoso. ¡Pero yo lo soy mucho más! Yo, que no soy joven ni animoso.

Pepe cumplió su palabra; no volvió a pasear por la calle de Alcalá. Pudo pasar a zona nacional y allí voló al frente. Y un día — triste y glorioso — el Alférez provisional don José de Garnica y Mansi cayó defendiendo a España de sus enemigos y de los enemigos de Dios.

Yo tomé en cuenta la advertencia de Garnica y cada vez salía menos de casa. Eladio, que tenía necesidad de salir todos los días, me traía el periódico y las noticias que podía recoger de los amigos. Las noticias eran siempre casi las mismas. De la guerra, que avanzaban los nacionales, aunque los periódicos decían todo lo contrario. De Madrid, que avanzaban también los rojos en su carrera de

robos y asesinatos. Saqueos en las casas, prisiones arbitrarias, torturas. Las carreteras, que amanecían bordeadas de cadáveres. La pradera de San Isidro con sus escenas danzantes... De toda esta vida de horror, yo no percibía casi nada. Sólo alguna noche oía algunos disparos que me imaginaba, sin temor a equivocarme, que costarían la vida a algunos inocentes.

Como vivíamos tan cerca de la cárcel de Porlier, no tenía más remedio que pasar por ella las pocas veces que salía de casa. Entonces procuraba husmear lo que había dentro, pero no veía más que milicianos por todas partes. De los presos, nada. Jamás pude vislumbrar la silueta de alguno de ellos. ¡Qué poco me gustaba aquella vecindad! Me daba mucha pena y — todo hay que decirlo — mucho miedo.

Pero había algo en la casa que me gustaba menos que la vecindad de la cárcel. Era el ver lo mucho que — necesariamente — molestaba a Eladio y a su buena familia. Segurísimo estaba de que todos se encontraban muy contentos con mi estancia entre ellos. Pero, a pesar de todo, se me hacía muy cuesta arriba ocasionar tantas molestias. En esto siempre he sido ridículamente exagerado.

Hasta que un día no pude sufrirlo más y me encaminé a casa de doña Emilia, en la calle de Manuel Longoria, 8, en cuya pensión había vivido como huésped unos cuantos años. Precisamente de allí salí para ingresar por segunda vez en el seminario. Como esto era en plena República, bajo el Gobierno de Azaña, no me pareció conveniente decir allí nada de mis propósitos y por eso ni doña Emilia ni los suyos sabían ahora mi condición de sacerdote. Me encontré con que doña Emilia se había trasladado a la calle de Las Hileras y ya no quise andar más. Después de todo, ¿estaba seguro de que Eladio me dejaría marchar a vivir a casa de doña Emilia?

¡Pero, estaba de Dios! A los pocos pasos, un abrazo por la espalda y una voz muy conocida:

— ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué es de tu vida?

Me volví... ¡Antonio! Y le estreché entre mis brazos. Aunque hacía mucho tiempo que no nos veíamos, éramos grandes amigos. Habíamos vivido juntos bastantes años en casa de doña Lucía, en la calle del Desengaño, típica casa de huéspedes de la picaresca estudiantil, edición aumentada y no corregida de la Casa de la Troya. Cuando apareció la célebre novela, solíamos decir que la Casa de la

Troya, comparada con la de doña Lucía, era un Noviciado de Jesuítas en tiempo de Ejercicios Espirituales. Patio de Monipodio, casa de juego, escuela de gamberrismo... Allí se hacía todo menos estudiar. Sólo por una injusticia de la vida, aquella casa no había encontrado su Cervantes o, a lo menos, su Pérez Lugín que la inmortalizara.

Allí nos conocimos Antonio y yo. La serie interminable de peripecias de que en aquella casa hubimos de ser testigos, si ya no fuimos autores o cómplices o, a lo menos, encubridores, hizo nacer entre nosotros una amistad inalterable, a despecho de vicisitudes y de ausencias. Al conocer mi situación en casa de Eladio, Antonio dijo son titubear:

—Vente a mi casa. Allí no vas a molestar a nadie porque estoy yo sólo con Manuela — su esposa — y los dos muchachos.

Aunque éramos tan amigos, me emocionó aquel ofrecimiento sin dudas ni vacilaciones. Hubo hermanos que no admitieron a sus hermanos. Hubo familiares que lanzaron a la calle a los que ya tenían de tiempos más bonancibles. Sí. Meter un cura en su casa era, en aquellas circunstancias, jugarse la vida. Y este amigo se la jugaba por mí, así de esta manera tan natural, sin la más pequeña vacilación...!

Yo fuí el que vacilé. La proposición de Antonio me convenía, sin duda alguna, pero, ¿y el otro amigo que no sólo se jugaba por mí la vida como Antonio, sino que, además, soportaba todas mis molestias a costa de incomodidades y estrecheces para los suyos? ¡Cómo abandonarle!

—¡Pero si no le abandonas! — dijo Antonio —. Lo que haces es librarle de molestias que, gracias a Dios, puedes evitarle porque te has encontrado con otro amigo que te quiere tanto como él y que está en mejores condiciones que él. Nada más. Creo que tu amigo lo reconocerá así y no pondrá ninguna dificultad.

No creía yo lo mismo ni mucho menos. De todos modos...

—Mañana iré a tu casa — le respondí.

—Pero bueno, ven ahora conmigo para que sepas donde está y mañana no tengas que preguntar a nadie.

Antonio vivía en la calle del Desengaño, núm. 10. ¡Casi enfrente de la casa de doña Lucía! Una casa espaciosa, bien puesta, con varios balcones a la calle. Fuimos allá. La mujer y los hijos de Antonio se manifestaron encantados de que yo fuera a vivir con ellos, y me despedí de todos hasta el día siguiente.

Cuando llegué a casa de Paños, ya me esperaban todos para sentarse a la mesa.

Cuando dije que me marchaba a casa de Antonio, Felisa protestó con toda su alma. Eladio no dijo nada. Como si no me hubiera oído, se puso a comentar, como de costumbre, las noticias del día. Pero hubo que hablar, no había más remedio, porque yo, al acabar la comida, planteé de nuevo la cuestión. Y ahora ya sí que habló Eladio:

—Bueno, tú te quieres marchar porque crees que aquí das muchas molestias.

—Y es verdad.

—Pues no es verdad. Y me ofendes al decir esto.

—Te ofendería si dudara que tú las sufres gustoso. Porque no lo dudo, no he dudado yo tampoco en proporcionártelas. Pero vamos a examinar las cosas con serenidad. Tú cumples como buen amigo soportando mis molestias, pero ¿qué clase de amigo sería yo si pudiera evitarte estas molestias y no lo hiciera? ¿Si te molestara sin necesidad, nada más que porque sí?

Lo que dudaba Eladio es que no hubiera esta necesidad. Y continuó preguntando:

—¿Y qué amigo es ese que dices?

—Se llama Antonio Mora Carmona. Es empleado de la Caja de la Estación del Norte.

—Bien, ¿pero... es muy amigo tuyo? ¿Es de toda confianza?

—Mira, es... ¿cómo te lo diría yo?, es... una cosa así como tú. Lo que tú y yo hemos sido en el Seminario, hemos sido Antonio y yo en casa de doña Lucía. ¿No te he hablado yo de la casa de doña Lucía?

—No. Creo que nunca me has hablado de ella.

—Pues he cometido un pecado de ingratitud.

Y le conté la historia inverosímil de aquella casa. Le narré multitud de episodios inolvidables en que Antonio y yo habíamos intervenido, siempre juntos, siempre amigos, siempre del mismo «bando». Eladio escuchaba complacido y sonriente. Muchas veces soltó la carcajada.

—Y así estaría contándote cosas hasta el día del Juicio Final. ¿Te convences ahora de que Antonio y yo tenemos que ser amigos para siempre?

—Sí. Se convencia. Pero todavía tuvo una salida inesperada que arrancó lágrimas a mis ojos:

—Siendo así consiento en que te marches. ¡Pero primero tengo que verlo yo!

—¡Qué testarudo eres! — exclamé disimulando mi emoción —. Ahora mismo si quieres. Vamos. Lo vas a ver con tus propios ojos.

Y lo vió con sus propios ojos apenas entramos en la casa de Antonio. Saltaba a la vista; aquella casa era para mí un trasunto de la suya, pero con más amplitud y comodidad. Antonio y su señora se sorprendieron al verme aparecer por allí, puesto que había quedado en ir al día siguiente.

—No, si no vengo a quedarme aquí esta tarde.

—Pues mejor es que te quedes, ya que estás aquí y no lo dejes para mañana.

—Es que mañana tampoco vendré. Ni pasado. ¡Ni nunca!

—¿Pero, cómo es eso? — dijeron los dos, asombrados de aquel cambio tan repentino.

—Este señor tiene la culpa —. Y les presenté a Eladio que avanzó sonriente, visiblemente satisfecho de la casa y de sus moradores.

—Que conste que yo no tengo la culpa de nada, que yo no me opongo a nada. Yo no he hecho otra cosa que dudar. Me parece que, en estos tiempos, no es un pecado mortal, precisamente! Florindo me había contado todo lo que ahora veo con toda claridad. Pero yo necesitaba... eso; verlo. Ahora le dejo aquí completamente tranquilo.

Le fueron enseñando toda la casa. Yo quedé solo, apoyado en un balcón, de espaldas a la calle. Desde allí los contemplaba, profundamente conmovido. Les oía discurrir sobre mis necesidades, sobre mi seguridad... Y yo era un pobre, un perseguido, que no llevaba a sus casas más que incomodidades, zozobras... ¡tal vez la muerte!

Cuando después me he encontrado con tanto amigo desleal, con tanto egoísmo, cobardía y adulación, el recuerdo de Eladio y Antonio ha conservado mi fe en la Humanidad. No todo es egoísmo y falsedad. Aunque menos frecuente — como el oro, como las perlas —, existe aún ese sentimiento puro y noble, verdadera flor de la vida: la amistad.

Dicen los libros santos que el que encuentra un amigo encuentra un tesoro. Es verdad. Por eso es tan difícil encontrar un amigo. ¡Y yo ahora tenía dos, casi disputando, por cual de ellos había de exponerse a perder su vida por salvarme! Yo tenía dos tesoros. Pero, ¡ay!, ¡qué poco duraban los tesoros en aquel Madrid de 1936!

## CAPITULO V

### EN CASA DE ANTONIO. — UN AMIGO QUE DES- APARECE. — MANOS TENDIDAS. — UN TELEFONO PROVIDENCIAL

Marché a casa de Antonio. Allí la vida era más movida que en la de Eladio. Por lo céntrico del lugar en que estaba enclavada, por el empleo de Antonio, por las mismas especiales condiciones de la casa, ésta se veía bastante frecuentada. A mí me parecía que demasiado, pero Antonio no sentía la menor inquietud por ello. Yo me contagié de su optimismo, olvidé la indirecta de Garnica y me puse a co-retear por las calles de Madrid, aunque seguían tan poco apetecibles como antes.

Mi primera salida fué para visitar a mi amigo Nivardo, Oficial de Correos, que vivía en la calle de Valverde. Me lo había encontrado una vez, cuando yo vivía en casa de Paños y me rogó que le visitara en su casa porque él no se atrevía a salir de allí. Había escapado por milagro de una delación en plena calle y no le quedaron ganas de volver a poner los pies en ella. Ahora, al vivir tan juntos, pude satisfacer sus deseos.

Nivardo y yo éramos muy amigos y, aunque de temperamentos opuestos, coincidíamos en todo menos en política. Ahora era en política en lo que más coincidíamos.

El día 13 de abril del 31, a la caída de la tarde, nos encontrábamos los dos ante las carteleras que iban dando a conocer los resultados de aquellas trágicas elecciones. Nivardo, exaltado republicano, palmoteaba a cada resultado que se nos comunicaba, todos favorables a la República. Yo me mantenía reservado, aunque entristecido por aquella general ceguera de España. Se acercó un amigo de Nivardo

que nos presentó como compañeros, pues era también abogado. El nuevo compañero estaba también muy contento y aplaudía también los resultados. Como se dirigía a mí con manifestaciones de entusiasmo, Nivardo le advirtió:

—No; a éste no le digas nada. Es monárquico.

—¿Ah, es usted monárquico? — se extrañó el abogado, que era pequeñito y delgadito, con unas gafas muy grandes.

—Sí. Soy monárquico — le contesté —. Por lo menos, no soy republicano. Doctrinalmente, ya comprenderá que no tengo nada que oponer a la República. En la práctica... Para mí, la República Española será siempre... la República Española.

Les pronostiqué toda clase de catástrofes como obligado acompañamiento de «La Niña» y nos despedimos con semblantes muy distintos.

Al cabo de un mes, entró en mi casa, Nivardo, que la frecuentaba mucho.

—¿Oye, a qué no sabes a quién he visto ahora mismo?

—No. Pero lo voy a saber en seguida, porque estás deseando decírmelo.

—¿Te acuerdas de aquel abogado que te presenté el día de las elecciones? Me lo acabo de encontrar. No nos habíamos vuelto a ver desde entonces. En cuanto me vio vino hacia mí y, casi sin saludarnos, me dijo:

—¡Chico! No le digas nada, pero... ¡qué razón tenía tu amigo!

—Es decir — contesté yo a Nivardo —, que ve que se ha equivocado, pero no quiere reconocerlo.

Nivardo sí que lo reconocía. Porque era noble y sincero, tuvo el tremendo valor de reconocer ante el adversario que se había equivocado. Había evolucionado al extremo opuesto y allí no tenía sosiego ni tranquilidad. Apoyaba a Acción Popular, a Falange, a Renovación Española, a Don Jaime, ¡a qué sé yo! A todo el que fuera enemigo del régimen. Oscuro predecesor de W. Churchill, Nivardo estaba dispuesto a aliarse con el mismísimo diablo si éste le ayudaba a derrocar aquella República que con tanto entusiasmo había contribuido a implantar en España.

Recordando todas estas cosas y tantas otras de nuestra juventud, como los viejos, pasamos una buena tarde. Al día siguiente volví. Y al otro y al otro. Pero la quinta vez...

Al llegar noté, que algo extraño sucedía en la casa. Los balcones de la calle no estaban abiertos de par en par como de costumbre. La portera también me pareció que tenía una extraña actitud, y al intentar subir la escalera me preguntó a dónde iba, lo que no había hecho los días anteriores. Cuando dije que iba a casa de Nivardo, me respondió con sequedad:

—No está aquí.

Comencé a intranquilizarme, ya bien seriamente.

—¿Pero... no sabe usted a qué hora estará?

—Es que no vive aquí — dijo con acento que me pareció significativo —. Desde anoche no vive aquí.

Era peligroso hablar más. Pero no pude reprimir otra pregunta indiscreta:

—¿Y no sabe usted a dónde se ha trasladado?

—No sé nada — contestó aún más secamente —. No tenía ganas de hablar. Ni yo tampoco. Bien claro estaba todo. ¡Pobre Nivardo! ¡Se lo han llevado! ¡Se lo han llevado por la noche! ¿Quién? ¿A dónde? Era peligroso intentar siquiera averiguarlo.

¿Después de todo, podía yo hacer algo por él? Nada en absoluto. Lo que pude, hice. En cuanto me despedí de la portera, en la misma calle, empecé por él una Novena de la Confianza al Corazón de Jesús.

Cuando llegué a casa de Antonio, iba con el corazón partido.

—¡Si no sé porqué sale usted de aquí! — dijo su mujer —. Todo lo que vea tiene que ser parecido. No recibirá sino impresiones desagradables.

—Y sobre todo — agregó Antonio —, el peligro en que te pones. Si te denuncian no tienes escapatoria. Y te puedes denunciar cualquiera. No te puedes fiar de nadie.

Y se puso a contar casos de personas denunciadas por quien menos podían sospechar.

—No te puedes fiar de nadie — concluyó.

Era verdad. Aunque yo, en realidad, no podía decir eso. Antonio podía encabezar una gran lista de personas de las que me pude fiar. Más o menos, encontré apoyo y protección en todos los que, en aquellos días, me encontré. Todos se ofrecían para ayudarme y me daban su dirección por si alguna vez me pasaba algo. Uno estaba de «responsable» en tal o cual centro, otro era Teniente o Capitán de algunas milicias, otro estaba en algún Ministerio. Yo no tomaba ninguna dirección porque estaba bien convencido de que

en cuanto se descubriera que yo era sacerdote no había influencia que me pudiera salvar. Pero los ofrecimientos eran igualmente de agradecer.

Y me hacían pensar, me hacen pensar. Porque mi vida entre los hombres puede expresarse en tan pocas palabras... —«Cuando hubo ocasión, dondequiera fui explotado, estafado, traicionado. Jamás encontré la mano tendida que necesitaba» —. Y ahora tantas manos, abiertas en ademán protector, se tienden hacia mí! Ahora precisamente. Y nunca más. ¿Será porque ahora no hacen más que desceñir de mis sienes la corona del martirio? Pero yo bendigo la Voluntad Santa que así lo ha determinado. Porque el cielo, si se logra alcanzar aunque sea por la escalera de servicio, vale más que todos los trabajos de una vida.

Y bendigo también esas manos abiertas, ignorantes del sino adverso que me circunda. ¡Dios les pague el bien que me quisieron hacer!

Un día no tuve más remedio que tomar una dirección que me ofrecían. Había ido a visitar a las Carmelitas de la calle de Torrijos que estaban evacuadas en la Puerta de Alcalá, núm. 10. Cuando salí de la casa oí que me llamaban por mi nombre. Volví la cabeza con cierto recelo. Era Julio Gómez Arroyo. Nos saludamos cariñosamente. Y lo de siempre.

—Si te pasa algo, avísame. Estoy de chófer en el sanatorio de Santa Alicia. Soy el «responsable».

—Muchas gracias, hombre — le dije, como a todos.

—¡Pero, toma mi dirección! — dijo Julio con marcado interés.

—Si es que... no tengo pluma, ni lápiz... déjalo. Ya me acordaré.

—No, hombre, ¡qué te vas a acordar! Apunta, por lo menos el teléfono. Toma mi lápiz.

—Si es que... no tengo ni siquiera papel — porfié yo —, que no tenía el más leve interés por llevarme aquella dirección. Pero él, por lo visto, sí. Me cogió el periódico que llevaba en la mano y de nuevo insistió:

—Aunque sea aquí, en el periódico.

Y no tuve más remedio que escribir allí, de mala manera, el número de su teléfono.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, aún estaba yo en la cama. Como nada tenía que hacer, me levantaba siempre tarde y pasaba el rato leyendo el periódico de la noche anterior. Mientras leía me di cuenta de que la mu-

jer de Antonio estaba hablando con varios individuos en el pasillo al que daba una puerta de mi habitación. Era cosa bastante frecuente porque Antonio tenía numerosas relaciones y los vecinos de otros pisos también frecuentaban la casa. Seguí leyendo mi periódico tranquilamente pero, al cabo de un rato, empecé a inquietarme un poco. Luego me pareció que el tono de la conversación no era de vecinos o amigos y fué aumentando mi intranquilidad. Salté de la cama, pegué el oído a la puerta, pero no pude entender una sola palabra. Pude apreciar que los visitantes eran muchos y, a poco, les sentí pasar al comedor al que daba la otra puerta de mi habitación, con un montante de cristal. Yo ya no podía más. ¡Algo pasa! Arrimé una silla a la puerta, me puse de pie sobre ella y miré por el montante. ¡La sangre se me heló en las venas! El comedor estaba lleno de milicianos con pañuelos rojos al cuello y armados de fusiles y pistolas.

—Ya sí que no me escapo! — pensé aterrorizado. ¡Ya sí que no hay salvación! Sentí un desaliento profundo. ¿Qué hacer? Allí no había nada que hacer. Había llegado lo que tenía que llegar. ¡No había más que resignarse!

Pero no tardé en reaccionar. Como todos habían pasado al comedor, se me acurrió que tal vez pudiera salir por la puerta que daba al pasillo sin que me viera nadie y desde el pasillo salir a la escalera de la casa. Me agradó esta idea pero no me ilusioné demasiado porque yo conocía la costumbre de los milicianos en los registros; dos quedaban de guardia a la puerta de la casa y uno a la del piso. Así no había manera de escapar.

De todos modos, como no tenía tranquilidad para permanecer en mi habitación, esperando que me encontraran, salí al pasillo para moverme al menos. Llegué hasta la puerta. Allí el miliciano de guardia, como me suponía. Imposible salir. Quedé un rato parado, sin saber qué hacer. Vi que el miliciano, aburrido, se acercó a la barandilla de la escalera, dando la espalda a la puerta y se puso a mirar hacia abajo. Estaba completamente distraído. Aproveché el momento y sin hacer ruido, de puntillas, pasé al piso de en frente sin que el miliciano se diera cuenta de nada. ¡Estaba salvado!

Mi alegría no tuvo límites. ¡El pájaro se había escapado de la jaula! Pero pronto una nubecilla surgió en el horizonte despejado y radiante de mi corazón y fué agrandándose más y más hasta entenebrecerle por completo.

Desde las alturas del gozo más grande volví a caer en las profundidades del más amargo y triste desaliento. Me di cuenta de que en mi habitación me había dejado la chaqueta; estaba en mangas de camisa. No era esto lo malo, porque en mangas de camisa podía muy bien salir a la calle sin llamar la atención y marchar a casa de Paños. Lo malo era que en la chaqueta estaba mi cédula personal. Estaba sacada en León, y figuraba en ella como abogado, residente en aquella ciudad, pero también constaba en ella el lugar de mi nacimiento. Si los milicianos la encontraban y pedían informes a mi pueblo que estaba en Zona Roja, se descubriría toda la verdad; que Antonio tenía escondido en su casa a un sacerdote. Mal lo iba a pasar entonces. ¡Pobrecillo! Ahora lo veía, desde mi escondite, entrar en su casa, con el rostro desencajado, llamado de la oficina por teléfono. ¡Qué lástima me dió de él! No había más remedio que rescatar aquella cédula personal que podía agravar más su situación que ya veía demasiado grave. Muy difícil era aquel rescate. Prácticamente, imposible. De todos modos, juzgué que, aún en ese caso, salvaría yo mejor la situación respondiendo de aquella cédula que dejándola allí, como una bomba en manos inexpertas o criminales. Me decidí pues, para no comprometer más a Antonio, a entrar de nuevo en aquella casa de la que tan milagrosamente había conseguido escapar.

Antes de llegar a mi habitación, me descubrieron los milicianos.

—¿Quién es este? ¿Qué hace aquí este hombre? — preguntó el «responsable» a la mujer de Antonio que se quedó sorprendida, sin saber qué responder. Pero yo me anticipé:

—Soy un amigo de Antonio. Me ha cogido aquí la guerra y ya no puedo volver a mi casa. Soy abogado y resido en León. Aquí tienes mi cédula personal.

El «responsable» examinó la cédula. Era verdad todo lo que yo decía. Pero dudaba. No sabía qué hacer.

—Bueno, ¿y quién me dice a mí que esta cédula es tuya, que no te la has encontrado en mitad de la calle? Tú, ¿dónde has estudiado?

—Aquí, en Madrid.

—Entonces, conocerás a alguien de izquierdas que responda por ti, que me diga a mí que tú eres el Florindo de Miguel que figura en esta cédula.

—Hombre, ¡cincuenta! — respondí yo con aplomo —. Por ejemplo, este mismo que voy a llamar ahora. El primero que se me ocurre.

Me acerqué al teléfono y marqué el número que la tarde anterior había escrito de cualquier manera en el periódico que llevaba en la mano. A los pocos minutos oímos el ruido de un auto que paraba a la puerta de la casa.

—¿Será éste tu amigo? —dijo, sorprendido, el «responsable».

—Puede ser. Me dijo que vendría inmediatamente.

—¡Pues sí que te quiere de veras!

—¡Para que veas —dije yo dándome cierta importancia.

Pero ya estaba allí Julio. Presentó su documentación. El «responsable» le explicó lo sucedido.

—Sí, sí. Este es Florindo de Miguel, abogado.

—¿Tú respondes de él?

—Desde luego. Ahora mismo se viene conmigo.

Y me marché con él, escaleras abajo. Antes de llegar a la puerta de la calle, oímos gritos desgarradores. La mujer y los hijos de Antonio. Se lo llevaban los milicianos que no habían estado esperando para hacerlo sino la solución de mi caso. Se oía a Antonio consolar a los suyos.

—Volveré pronto, no lo dudéis. Yo no he hecho nada malo.

Pero los suyos seguían gritando con ayes cada vez más desgarradores. Aquellos ayes me partían el corazón.

—¡Pobre Antonio! ¡Tan bueno conmigo! Oye, Julio, ¿tú no podrías hacer algo por él?

—¿Yo? Nada, hombre. Ahora nada. ¡Gracias que haya podido hacer algo por ti!

—¿Qué crees tú? ¿Que volverà?

—¡A lo mejor! Pero...

—Pero es muy difícil, ¿verdad? ¡Pobre Antonio! Vamos a esperarle aquí, a la puerta. Quiero despedirme de él, tal vez ya para siempre. A los menos con la mirada, quiero decirle adiós, desearle buena suerte.

—¡Déjate de tonterías! —dijo Julio—. Vas a echarlo todo a perder. No te das cuenta del peligro. ¡Si lo sé...!

Y me empujó hacia el coche. Caí en él medio desvanecido.

—Anda, sí —reaccioné—. Vámonos en seguida. Es mejor. No quiero ver cómo se lo llevan los milicianos. Llévame a casa de mi amigo Paños. Y ahora, perdóname que no te hable una palabra. Voy a empezar una Novena de la Confianza al Corazón de Jesús. Ahora mismo. Por Antonio.

## CAPITULO VI

VUELVO A CASA DE ELADIO. — HAY QUE ARRAN-  
CAR LA MALA HIERBA. — SE HAN LLEVADO A  
PAPA LOS MILICIANOS, Y AHORA ¿DONDE ME  
METO?

Otra vez en casa de Eladio. Volví a celebrar las misas de la alborada. Ahora salía menos de casa. Las tragedias de Nivardo y de Antonio me quitaron las ganas de asomarme a aquella vida de aquel Madrid, que cada vez iba tomando tintes más horrorosos. Algo salía, no obstante. Pero un día de los que salí, al volver a casa para comer, manifesté a aquella familia un propósito firme:

—No vuelvo a salir de aquí. No se puede asomar uno a la calle.

Al pasar por la calle de Alcalá — creo que fué entre las de Serrano y Claudio Coello — había visto pararse ante una puerta un coche de milicianos. Uno de éstos bajó y paró otro coche que recuerdo llevaba la bandera de la C.N.T. Otros dos más se pararon en seguida. Malo. Aquello tenía trazas de ser un registro, los trágicos registros de aquellos días. Bajaron los milicianos de todos los coches y penetraron en la casa. La gente se arremolinó a la puerta. Yo también me paré, intrigado ante aquellos preparativos. Al cabo de poco tiempo volvieron a salir los milicianos. En medio de ellos, un muchacho, que tal vez no tendría los veinte años, alto, guapo, ¡con cara de bueno! Salía sereno, sin señales de abatimiento pero más blanco que la pared. Rodeado de milicianos, subió a uno de los coches. Al ponerse éste en marcha, el joven volvió la cabeza y, levantándola un poco, dirigió su mirada hacia un balcón. Yo también miré. Entre las flores de unas macetas, procu-

rando ocultarse a las miradas de los demás, se veía una mujer: su madre. Yo no lo sabía. Pero aquella mirada sólo podía dirigirse a una madre. Y a una madre que, silenciosa — como si temiera que los ayes dieran parte a otros de su dolor sagrado que quería — todo y sólo — para su corazón — despedía a su hijo todavía adolescente, guapo y bueno, que le arrancaban para matarlo.

Un silencio angustioso reinó en aquel grupo de espectadores. La emoción se apoderó de todos. Seguramente para desvirtuarla, un hombrecillo con pañuelo rojo y negro al cuello, comentó en alta voz:

—No sirve. Hay que arrancar la mala hierba.

Me dieron ganas de aplastar a aquel escarabajo de sentimientos tan ruines. Pero me las aguanté. Como los cobardes. Había razón para ello. Creo que hice bien. Pero cuando me aparté del grupo iba casi avergonzado, con una especie de remordimiento indefinible. Y con aquella mirada — ¿la olvidaré mientras viva? — clavada en mi alma como un puñal. Cuando nos sentamos a la mesa volví a repetir mi firme propósito: no vuelvo a salir de aquí.

Y no volví a salir de allí. Hasta que, a los pocos días...

Era también la hora de comer. Cuando llegó Eladio la mesa no estaba aún preparada y quiso aprovechar el rato de espera para salir a la calle a comprar el periódico. Las dos niñas pequeñitas salieron con su padre. Zoilo, Paco y yo nos quedamos charlando. De su hermano Pedro tenían buenas noticias que, desgraciadamente — afortunadamente, ¡honor a los mártires! —, no se vieron confirmadas. Al cabo de un rato, Felisa se inquietó por la tardanza de Eladio.

—Si no sé por qué se ha llevado las niñas, que le estarán entreteniendo con mil tonterías.

Pero ya se oían las niñas. Venían llorando como tantas veces. Felisa salió a ver qué les ocurría. Y ellas lo dijeron entre sollozos:

—Se han llevado a papá. ¡Se han llevado a papá los milicianos!

Nos levantamos todos como movidos por un resorte. ¡Tan de repente, tan inesperado aquello! Las mujeres comenzaron a llorar. Los tres hombres que allí estábamos no sabíamos qué hacer. Pero no hubo mucho que dudar; ya subían los milicianos. Yo abría la puerta e intenté salir antes de que llegaran al piso y escaparme, escaleras arriba, sin que me vieran. Era mi salvación y desaparecía un peligro

más para la casa. Pero la cuñada de Eladio me tiró con fuerza del brazo.

— ¡No salga usted, por Dios!

— Sí, es mejor... ¡No me detenga!

Pero ya el segundo que tenía para escapar había pasado. Ya estaban los milicianos a la puerta. Eran comunistas.

Apenas entraron en la casa, las mujeres volvieron a sus lloros, ahora mezclados con súplicas angustiosas a aquellos desalmados.

— No maten a mi marido, que es muy bueno — decía la pobre Felisa.

Y su cuñada:

— Es un hombre trabajador que tiene siete hijos.

— ¡Mis hijitos, mis hijitos! — repetía, como loca, la triste madre.

Aquellos ayes hubieron ablandado el corazón de las fieras. Pero no ablandaron el de aquellos milicianos.

— Bueno, bueno, menos llantos — dijo el «responsable» con una sonrisa que helaba el corazón. Y luego añadió con chulaponería, silabeando las palabras como un personaje de Arniches —: Porque es que a mí no me gusta el melodrama. Y estos, ¿quiénes son? — preguntó señalándonos a Paco y a mí.

— Mis cuñados — respondió Felisa, sin el menor titubeo.

Me admiró cómo aquella mujer se había sobrepuesto a las circunstancias y la rapidez con que me había metido en su familia como la cosa más natural del mundo.

El registro de la casa fué soez y desconsiderado, con burlas y sonrisitas de aquel personaje barriobajero a tanta imagen, rosario y demás objetos de piedad cristiana, como había en aquella casa. Mala impresión producía en el sainetesco personaje aquella mansión que olía a cera diez leguas a la redonda.

Mientras tanto, Felisa, que no perdía el tiempo ni la serenidad, había bajado al piso primero donde vivía un «mandamás» de la C.N.T. con quien tenían buena amistad. Tuvo la suerte de que se encontrara en casa y subió en seguida con ella. Cuando los comunistas vieron entrar al de la C.N.T., entonces todopoderosa, acompañando a la dueña del piso, no les hizo maldita la gracia. Se saludaron fríamente, aunque revolucionariamente.

— Salud.

— Salud, camaradas.

—Todos somos camaradas y nos debemos ayudar en la lucha —dijeron los comunistas.

El de la C.N.T. se manifestó conforme con la idea, añadiendo que él, por su parte, siempre lo hacía así y que ahora no subía a estorbar el registro, ni mucho menos, sino a enterarse de lo que pasaba, llevado del interés por aquella familia amiga suya.

Continuó el registro; ¡pero qué diferente que hasta entonces! Además, a los comunistas les entró una prisa repentina y terminaron en seguida. Se despidieron de nosotros cariñosamente y fríamente —aunque revolucionariamente— del de la C.N.T. que les había agitado la fiesta.

Cuando se marcharon los comunistas preguntamos con angustia al de la C.N.T. lo que podría pasar a Eladio.

—Depende de quien lo haya mandado detener. Ya procuraré enterarme, aunque con los comunistas tengo que andar con mucho cuidado. ¡Son unos bandidos! De todos modos, creo que podré hacer algo. Pero ustedes no salgan de aquí y no abran la puerta a nadie sin llamarme antes.

Nos quedamos así... en la duda. Con alguna esperanza en la intervención de aquel amigo, pero con la certidumbre de que Eladio estaba en manos criminales, de quien todo podía temerse. Elevamos nuestras oraciones a Dios, en definitiva el único que podía salvarle.

Yo acudí a mi acostumbrada novena de la Confianza al Corazón de Jesús. La recé con más devoción que nunca. Porque ahora, además del amigo bueno que perdía, un remordimiento punzaba —cruel— mi corazón. Dos días antes, Eladio quiso confesarse conmigo y yo me negué a ello porque no tenía licencias para la diócesis de Madrid.

Ahora veía con espanto lo absurdo de mi criterio estrecho, aferrado a la letra que mata. ¿Y si ahora moría Eladio sin confesar, por culpa mía? ¿Qué zarandajas de licencias, cuando a los menos todo el que pedía confesar, estaba en peligro de muerte? Ahora lo veía claro. Ahora que la muerte se había presentado de improviso, cuando el peligro parecía tan alejado. Me acordaba de otros a quienes pasó lo mismo que a Eladio y me angustiaba por lo que les hubiera podido suceder. Me desesperaba. Además del dolor, el remordimiento que se sobreponía a todo dolor. Hice un propósito firme: no volvería a negarme a confesar a nadie que lo pidiera. ¡Pobres hermanos, condenados a las fieras, encontrarse con una mentalidad tan estre-

cha que, en circunstancias tan terribles, les negaba su auxilio! Eran mártires y volarían al Cielo, pero yo sentía el remordimiento de no haberles ayudado con los medios que Dios había puesto en mis manos.

Tuve que marcharme de aquella casa. Y ahora, ¿dónde meterme? Era ya casi de noche cuando, con mil precauciones, pude salir de allí y juzgué que, por de pronto, no había más solución que meterme en un hotel cualquiera. Al día siguiente fui a casa de doña Emilia, en la calle de García de Paredes, frente a la Milagrosa. No tenía habitación disponible, pero viendo mi necesidad, me propuso como solución arreglarme una cama en el mismo comedor, una vez terminada la cena. Accedí gustoso, aunque resultaba algo molesto. Yo lo que necesitaba era pasar las noches en un sitio de confianza; lo demás poco importaba.

El comedor era espacioso y alegre. Frente a la puerta, presidiendo la habitación, resaltaba una grandísima litografía de la República, simbolizada por una matrona con un gorro frigio sobre su cabeza y un león a sus pies.

Gené en compañía de tres guardias civiles. Daban no muy buenas noticias del frente de la sierra al que pertenecían. Pero no hablaban con claridad, y como yo tampoco hablaba con más claridad que ellos, la cosa resultó bastante clara para todos. Buena compañía.

Mejor y más agradable que la que tuve en la cocina, mientras doña Emilia preparaba mi cama en el comedor. Eran cinco o seis individuos del «comité» de Belvís. Rojos, rojísimos, en la euforia de aquellos días de triunfo. Se pusieron a contar los sucesos del pueblo: la muerte de mi tío Abilio, hermano de mi madre; la de mi primo Ignacio, que pudo escapar de Belvís pero no de la muerte que al fin le dieron en no sé qué pueblo en que le atraparon; la de otros cuantos más, también parientes míos aunque más lejanos. Aquella conversación era para mí un tormento. Y un peligro. Menos mal que, aunque yo había ido con frecuencia a Belvís, no me conocía ninguno. Tuve que hacer verdaderos equilibrios para no descubrir mi personalidad y mi parentesco con tantas víctimas suyas. Aquella compañía no me convenía poco ni mucho. En los días sucesivos, unas veces me fingía enfermo, otras fingía salidas que luego no pasaban del portal, otras, mil pretextos para no ir a la cocina y no encontrarme con aquellos casi paisanos tan poco deseables.

Fuera de esto, la casa era de confianza y ni a doña

Emilia ni a ninguno de los suyos les creía capaces de denunciarme. A pesar de todo, no había que infundir demasiadas sospechas ni manifestarme como un peligro para ellos.

Una de las cosas, a mi parecer, más necesarias era salir con normalidad, no dando sensación de estar escondido como quien tiene qué temer. Por otra parte, si andaba mucho por la calle me exponía a tener encuentros peligrosos. Hasta entonces había tenido suerte, pero hubiera sido necio confiar en ella solamente; había que ayudarla con las precauciones que pudiera. Pero no se me ocurría ningún procedimiento que me librara de aquellos dos escollos. Salí a pasear por la Castellana y bajé hasta la plaza de Colón. Aquel barrio era poco frecuentado por la gente de los pueblos, que era para mí la más peligrosa.

Al divisar la Biblioteca Nacional, se me ocurrió de pronto la solución. Mi salvación estaba allí. Imaginé entonces un plan que empecé a poner en práctica desde aquel día.

Me levanté tarde, cuando ya no me podía encontrar por la casa a ningún miembro de ningún maldito «comité». En cuanto comía, ya estaba en la calle, pero sin salir de aquel barrio apartado, por el que me paseaba hasta la hora de abrir la Biblioteca. Entraba en seguida, pedía un libro y me sentaba en un rincón, de cara a la pared. A la hora de cerrar, ya entre dos luces, marchaba despacito por aquellas calles apartadas y ¡a casa! A cenar y acostar. ¡Magnífico plan! No llamaba la atención en la casa, pues salía todos los días, y no era fácil un encuentro peligroso por aquellas calles y menos en la Biblioteca, metido en un rincón, con la cabeza inclinada sobre el libro y sostenida — ocultada — por ambas manos. Estaba satisfechísimo con este plan que puse en práctica durante muchos días sin variación alguna. Sólo algún día, por excepción, me acercaba a la Gran Vía, al comercio donde Zoilo estaba empleado, para saber noticias de Eladio que había sido conducido a la cárcel de las Ventas.

Uno de estos días me preguntó Zoilo si quería ir a una casa para confesar.

—Ahora mismo. Deme la dirección y voy allá en vez de ir a la Biblioteca.

—Si no la sé — dijo Zoilo —. Es que ayer una amiga de mi señora le preguntó si conocía algún sacerdote que quisiera ir a su casa. Pero mi señora no se atrevió a decirle

nada en concreto hasta no hablar con usted. Hoy le pediré la dirección de su amiga y mañana se la daré a usted si viene por aquí.

—Sí, sí vendré. Hasta mañana.

Marché a la Biblioteca, pedí mi libro, y ¡al rincón! Salí entre dos luces y, ¡a casa! Al día siguiente, después de comer, me presenté en el comercio de Zoilo. Cuando este me vió entrar, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay, qué cabeza tengo! Perdóneme usted don Florindo. No me he vuelto a acordar del asunto. ¡Tiene uno tantas precauciones...!

—No se apure usted, que nada se ha perdido. Mañana volveré.

Marché a la Biblioteca, pedí mi libro y, al rincón. Salí entre dos luces y, a casa. Al otro día, después de comer volví al comercio de Zoilo.

—¿Qué, se ha acordado usted de preguntar la dirección?

—Sí, señor —dijo Zoilo satisfecho—. Isabel la Católica, 17. No es más que un matrimonio, de modo que tardará usted poco.

—Mejor. Así, cuando termine, aún podré ir a la Biblioteca.

Pero, ¡sí, sí! El matrimonio resultó que tenía un chiquillo que también se confesó. Y unos parientes del piso de arriba, y una vecina del piso de abajo, y no sé cuántos más que no eran parientes ni vecinos. Cuando pude salir de allí era completamente de noche. Hubo que ir a casa derecho.

Al otro día volví a reanudar mi plan. Me levanté tarde y después de comer marché paseando hasta la Biblioteca Nacional. Estaba cerrada, aunque, según mi reloj, era la hora de abrir. Me puse a dar unas vueltas por Recoletos y llegué hasta la Cibeles. Cuando volví de toda esta caminata, aún permanecía cerrada la Biblioteca. Miré mi reloj. Ya había pasado, con mucho, la hora de abrir.

No lo entendía. Había un viejecito sentado en uno de los bancos que hay frente a la entrada, al que varias veces había visto andar por allí después de comer, y a él acudí para que me informara de las causas de aquella tardanza para mí inexplicable.

—¿Pero, usted no sabe lo que ha pasado en la Biblioteca? —me contestó, mirándome como extrañado.

—Pues, no sé nada —le contesté—. ¿Qué ha pasado?

—Ayer, a las cinco de la tarde, cerraron las puertas y se llevaron detenidos a todos los que había dentro, desde el director hasta el último empleado. Y todos los que estaban allí leyendo. ¡Se llevaron ocho camiones llenos de gente! Yo estaba aquí y lo vi todo. Por lo visto — agregó bajando la voz con aire de misterio —, era un centro de espionaje de los facciosos.

Sentí como un mareo, como si la cabeza me diera vueltas. Sentí como un abismo que se abría a mis pies. No he experimentado jamás otra sensación como ésta. Dios, la Providencia se me hicieron como palpables. ¡Ayer! ¡A las cinco de la tarde! A la misma hora en que me encontraba confesando en la calle de Isabel la Católica. Por eso no pude estar aquí ayer, a las cinco de la tarde, como estaba todos los días. Dios, la Providencia que tiene designios inexcrutables. Que salva a los que quiere. Que humilla a los que — neciamente, confían en sus débiles recursos. Dios quiso humillarme. Dios quiso salvarme. Dios quiso humillarme porque — lo confieso con vergüenza — yo era uno de aquellos necios. Tenía el orgullo de mi serenidad, de mi talento, que me permitían sortear y escapar de tantas situaciones peligrosas. Cuando concebí el plan de la Biblioteca Nacional quedé tan satisfecho como si hubiera sido una obra maestra de ingenio. Y todo lo que se me ocurrió para librarme de tantos peligros como me acechaban fué... meterme en el sitio de más peligro de Madrid. ¡Y Dios, ahora, me sacaba de él, así, de esta manera tan sencilla! Como si me cogiera de tres cabellos como al profeta Habacuc. No sé el ángel que envió para que me salvara, pero le sentía aletear, ahora, en medio de tantas coincidencias salvadoras.

Si el día que Zoilo me habló de ir a confesar hubiera sabido la dirección de la casa, si al día siguiente no se hubiera olvidado de preguntarla, si cuando fui a confesar hubiera sido verdad que sólo eran dos personas, ayer, a las cinco de la tarde yo hubiera estado en la Biblioteca Nacional. Y hubiera salido en uno de aquellos ocho camiones. Y me hubieran fusilado como fusilaron a más de la mitad de sus ocupantes.

Dios me quiso salvar. Recordé la fecha del Movimiento. El día anterior salí de mi pueblo y ya no pude volver a él. En mi pueblo mataron a los dos curas que había. ¿Me hubieran respetado a mí? Me convencí: Dios no quiere que me maten. ¿Porque no era digno del martirio? ¿Por-

que quería servirse de mi pequeñez para alguna cosa?  
¡Quién osará escudriñar los designios de su Providencia!

El haberme librado entonces por estar confesando me pareció un indicio de que Dios aprobaba mi propósito de no negarme jamás a confesar. Y empecé a confesar de tal manera que esa fué mi continua ocupación durante todo el tiempo que estuve en libertad.

Dios tuvo que darme también alguna otra lección. Cobardía jamás tuve — «ut minus sapiens dico» — pero tenía además el orgullo, la vana complacencia de no cometer imprudencia alguna. Lo podía — creía yo — decir muy alto.

Pero una vez... Esto fué a los pocos días del suceso de la Biblioteca Nacional. Yo seguía saliendo de casa como antes. Pero como no podía ir a la Biblioteca, que seguía cerrada, daba unos paseos por la Castellana hasta la caída de la tarde, en que volvía a casa, a la hora acostumbrada. Aquel día me encontraba yo sentado en un banco del paseo, cuando se acercó un sujeto algo estrafalario que, cortésmente, me pidió permiso para sentarse allí conmigo. No me gustaba su aspecto, pero no pude oponerme a su deseo. Saqué un periódico y me puse a leer, colocándome en dirección opuesta a mi ocasional compañero. Pero aquel hombre tenía ganas de entablar conversación conmigo. Me habló del tiempo, me preguntó mil cosas insignificantes. Yo respondía con monosílabos, de mala gana, aparentando tener mucho interés en lo que leía. Pero él seguía en sus intentos de conversación y tomó pie del mismo interés en la lectura que yo fingía precisamente para no hablar con él.

—¿Qué dice el periódico? — preguntó. Y él mismo se dió la respuesta, sin esperar la mía, que tardaba en llegar —. Mentiras. Nada más que mentiras. Estos periódicos no dicen más que tonterías y mentiras que nadie puede creer.

Tenía acento que parecía extranjero y, aunque hablaba perfectamente el castellano, empleaba algunas veces palabras poco usadas en España.

—Yo vengo ahora de la Embajada de sacar mi pasaporte, pero no me lo dan hasta mañana — contestó sin que nadie le hubiera preguntado.

—¡Ah! ¿Es usted extranjero?

—Soy de Cuba. Es decir, soy de Galicia, pero llevo en Cuba veinte años y estoy nacionalizado allá. Y yo me

marcho a Cuba. No quiero vivir con esta gentuza. Aquí no hay más que criminales.

Me sorprendió aquella crudeza de lenguaje con un desconocido. ¡Qué imprudencia! ¿Y si yo ahora resultara un rojo? Se conoce que no lo esperaba o que le tenía sin cuidado tal eventualidad, porque continuó hablando pes-tes del Gobierno, del Frente Popular y de todo lo que oía a rojo. Empecé a mirarle con simpatía, me confié a él y empezamos a hablar los dos contra toda la fauna roja que nos gobernaba, en una especie de pugilato antigubernamental. En el cual, pronto resultó vencedor el charlatán hispano-cubano que, en decir barbaridades de los rojos no admitía, no ya vencedor o igual, sino ni quien de lejos se le acercara.

Tanto y tan mal habló que, poco a poco, hizo nacer en mí una terrible sospecha. ¿Y si fuera un «gancho» que, inspirándome confianza, me ha sacado la verdad? Y si fuera yo el imprudente y no él? Pero no, aquel hombre era sincero. Aquel calor, aquel fuego con que manifestaba sus ideas no podía ser falsificado. Sus evidentes exageraciones eran hijas de su profunda convicción y de su fogoso temperamento.

Pero la sospecha de que fuera un «gancho» no desaparecía del todo. Por si acaso, empecé a recoger velas. No así el americano que continuaba con todas las velas desplegadas al viento de su exaltada imaginación y de su temperamento, aún más exaltado.

Pasó por allí un camión repleto de milicianos cantando y vociferando.

—¡Criminales! — exclamó el exaltado cubano —. Todos sois unos criminales. ¿Verdad, usted, que sí? — añadió pidiendo mi aquiescencia.

—Hombre..., sí... — balbucía yo —. Claro que, entre tantos..., de todo habrá...

—No, hombre, no. Todos son unos criminales. Todos. Como esos — dijo señalando otro camión que pasaba con Guardias de Asalto. Estos iban bien callados, pero al americano le daba lo mismo —. A todos esos hay que cortarles la cabeza. ¿No le parece a usted?

—Hombre... cortarles la cabeza... Tal vez con otro castigo...

—Déjese usted de otro castigo. Hay que cortarles la cabeza. ¡A todos!

Yo cada vez me iba convenciendo más de que aquel

hombre era un «gancho». Aquella exageración no era natural. No cabía duda. Había caído incautamente en el lazo. ¡Qué imprudencia la mía, confiarme así a un hombre desconocido nada más que porque me habla mal de los rojos!

A pesar de todo, aún tenía una débil esperanza. Intenté varias veces separarme de aquel hombre, pero no había medio. Ni él me dejaba con su verborrea, ni yo me atrevía a cortar por lo sano, temeroso de que en ese momento él decidiera detenerme o denunciarme a alguien que me detuviera. Prefería ir tirando así, con el temor... pero con la esperanza también. Tenía miedo de llegar a la solución que podía ser — que probablemente iba a ser — catástrofica.

Empezó a llover y entonces me pareció el momento oportuno para librarme de aquel extraño secuestro. Me despedí del feroz antirrevolucionario, pero él intentó convencerme de que no había causa para marcharme, que aquello no eran más que cuatro gotas. Así era, en realidad, pero yo le aseguré que la lluvia, aunque fueran cuatro gotas, me sentaba muy mal, me perjudicaba para no sé qué y no tenía más remedio que guardarme de ella.

—Bueno — concedió entonces —. Pues vamos a meternos en aquel portal.

Estaba visto que no dejaba escapar su presa. ¡Necio, imprudente de mí! ¡Qué estúpidamente me había dejado enganchar por aquel «gancho» tan poco disimulado!

Entramos en el portal, un portal lujoso de donde arrancaba una espléndida escalera. El gallego-americano reanudó sus furibundas diatribas contra todo lo que olía a rojo. Yo continuaba recogiendo velas, las velas que, neciamente, había desplegado ante un desconocido. ¡Para qué ya, si ya no podía escapar de las garras de aquel hombre! De repente, aquel hombre, sin decirme una palabra, salió corriendo hacia la acera de enfrente, ya en el paseo, cogió de la muñeca a un Guardia de Asalto que por allí pasaba, y le arrastró hacia nuestro portal.

—Venga usted a prender... — le oí decir.

No oí más pero lo que no le oí me lo imaginé sin gran esfuerzo: «Venga usted a prender a un faccioso empedernido, enemigo de los rojos.» Más que terror, con ser mucho, lo que sentí fué una rabia inmensa contra mí. Bien empleado se me estaba. ¡Necio! ¡Imprudente! Me insultaba,

me escarnecía, me burlaba de mí. No había salvación. ¡Y ser yo mismo el que tengo la culpa de todo!

Me había vuelto de espaldas a la calle, medio aterrizado, y miraba por la escalera si había algún sitio donde poderme escabullir. Pero no había nada. No había más que resignarse con las consecuencias de mi estupidez. Volví la cabeza hacia la puerta, dispuesto a acercarme al guardia para que me prendiera... Pero el espectáculo que entonces contemplé paralizó todo mi cuerpo y embotó mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad. El gallego-americano estaba en un rincón *prendiendo fuego* a su cigarro con el del guardia de Asalto. Yo quedé como la mujer de Lot cuando fué convertida en estatua de sal. ¡Dios mío! No dije más. Y un suspiro de satisfacción como ya no daré en mi vida. El cubano terminó de prender fuego a su cigarro y devolvió el suyo al guardia de Asalto.

—Muchas gracias.

—Salud — dijo el guardia. Y se alejó.

—¡Salud para tu abuela, criminal! — refunfuñó el americano —. Y para ti, la horca. ¿No le parece a usted?

Yo ya me iba desentumeciendo en mi cuerpo y en mi alma. Pude sonreír. Salimos otra vez a pasear por Recoletos. Había dejado de llover y se escapaba algún rayo de sol entre las nubes.

—¿Ve usted cómo no era nada esta lluvia? — dijo mi excarcelero —. Y después de llover, verdad que se siente uno más a gusto y más alegre?

—Sí, sí. Es verdad — le contesté —. Es lo mismo que cuando se ha pasado un susto muy grande.

Pero en zona roja no se pasaban nunca los sustos. En realidad, era un susto continuado con breves intervalos de tranquilidad, muy relativa. Cuando se había pasado un susto, ya otro estaba llamando a la puerta. Aquella misma noche me esperaba a mí otro susto más que regular. Más bien era yo el que le esperaba, porque él bien estaba anunciando su llegada con fuertes aldabonazos que no sé yo si no son peores que el mismo susto que se presenta de improviso. La ventaja es que puede uno prepararse y estudiar la estrategia más conveniente para conseguir la victoria si es ésta posible.

Hacía ya varios días que había salido una orden imponiendo a los dueños o inquilinos de los pisos la obligación de dar cuenta en la Dirección General de Seguridad de

todas las personas que hubieran venido a cada uno de ellos con posterioridad al 18 de julio.

Me alegré que no hubiera salido esta disposición durante mi estancia en casa de Eladio o de Antonio, porque éstos no la hubieran cumplido y si me coge la policía, les hubiera costado la vida.

Doña Emilia sí que la cumplió. Me lo dijo ella misma un poco apurada.

—Yo no hubiera dado cuenta de usted, pero el portero me dijo que había que cumplir las órdenes del Gobierno y no he tenido más remedio.

—Ha hecho usted perfectamente. Pensaba yo habérselo dicho. Yo no tengo por qué ocultarme.

Supongo que doña Emilia no quedaría muy segura de esto último, pero sí muy contenta de que — aparentemente al menos — no me había dado ningún disgusto.

Desde entonces viví con esta espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza. Un día llegará en que los emisarios del Gobierno rojo me harán una fatal visita. ¿Qué día? No lo sé. ¿Qué hora? Menos. Pero ese día y esa hora llegarán indefectiblemente. Preparé mis armas. Preparé mi estrategia lo mejor que pude. Y a esperar. A esperar cada día y cada hora. Es decir, a no vivir ningún día ni ninguna hora del día.

Pronto supe la hora; por la noche, desde luego. Empezaron a escucharse gritos desgarradores, ayes desesperados que, en el silencio tembloroso de las noches rojas, iban dando fe de la visita de los sicarios. Era primero la llamada nerviosa de los timbres alborotadores. Después venían los llantos, los gritos, los ayes que partían el corazón. Y luego otra vez el silencio, un silencio más triste y más impresionante que el de los cementerios, porque se adivinaba llenó de angustias, peores que la misma muerte. Algunas veces — cuando era en la misma casa — se sentían después los pasos apagados de los detenidos que cruzaban ante mi puerta, los sollozos contenidos, las voces imperiosas, con sordina, de los policías rojos. ¿Llamarán ahora en este piso? Y el corazón se subía a la garganta. Hasta que pasaba el tiempo — ¿un minuto. un siglo? — y medio se escapaba — egoísta — un suspiro de satisfacción. Hoy, ya parece que no vienen aquí. No, hoy no. Pero ¿y mañana? Un mañana tiene que llegar.

Y llegó. Eran exactamente las dos y media de la noche. Una llamada fuerte y prolongada del timbre me hizo saltar

de la cama. Desde el primer momento tuve la seguridad de que se trataba de la fatal visita. Me encomendé a la Virgen, mi Madre, me encomendé al Corazón de Jesús y le ofrecí mi vida y mi muerte que, tal vez, estaría cercana. Pero, siguiendo el plan que me había trazado, no me moví de la cama. Seguían llamando, seguían llamando los timbres. Sentí los pasos apresurados de doña Emilia que corría asustada hacia la puerta. La oí descorrer la mirilla sin desecharla la llave y en seguida abrió la puerta de mi habitación. Estaba pálida y desencajada.

—¡La policía! — exclamó.

—Abra, abra usted en seguida. ¿Cómo no les ha abierto ya?

Me miró con sorpresa — ¿qué pensaría de mí? — y fué a abrir inmediatamente. Entraron dos policías jóvenes. Al dar la luz en mi habitación, que yo había apagado intencionalmente al salir doña Emilia, los policías se vieron gratamente sorprendidos por la grandísima litografía de exaltación de la República que desde la cabecera de mi cama llegaba casi hasta el techo. Verdaderamente, debajo de aquella matrona tan arrogante, con aquel gorro frigio tan grande y tan rojo, parece que sólo podía dormir el mismísimo Largo Caballero. Claramente advertí el efecto favorable de la litografía y me animó a seguir con tranquilidad el desarrollo de la visita.

—¡Salud! — dijeron los policías. Pero yo, como estaba *medio dormido*, no contesté a su saludo más que con un bostezo, estirando los brazos de la manera menos académica que encontré.

—Venimos dando sustos — dijeron los policías — ¡a estas horas...!

—Sí — contesté —. La hora es un poquito intempestiva, pero... ¡bah! — Y volví a dejar caer mi cabeza sobre la almohada, muerto de sueño. Cuando me pidieron la documentación, me incliné trabajosamente sobre la almohada y, restregándome los ojos con una mano, con la otra les indiqué mi chaqueta, colgada de una percha.

—Ahí está. Haced el favor de buscarla, hombre, que yo estoy muerto de sueño. Perdonad, ¿eh? pero es que anoche me acosté muy tarde y...

—No, no. Si no hace falta que te levantes — dijo uno de ellos que inmediatamente empezó a registrar la chaqueta. Apareció mi salvoconducto con tanto sello de organizaciones revolucionarias. El efecto que le causó fué semejante

al que había causado al «mandamás» de Talavera. Al cabo de un rato se dirigió a su compañero, visiblemente complacido:

—Oye, tú. Fíjate qué bien está esto: el triángulo masónico sosteniendo la balanza de la Justicia.

Se acercó el otro y juntos estuvieron contemplando aquella filigrana revolucionaria. Yo no tenía nada que ver con aquel sello, ni siquiera me había dado cuenta de que existiera tal triángulo ni tal balanza, pero me daba cuenta ahora de que para mí constituían un verdadero talismán revolucionario de evidente eficacia protectora. Más todavía que el cuadro de la República! Ni uno ni otro decían nada en mi favor, pero los más irrefutables argumentos no hubieran convencido a aquellos policías de mi inocuidad como aquellos dos objetos completamente extraños a mí. Los policías me miraron amistosamente. La cosa estaba bien clara. Y más clara —meridianamente clara— se puso al continuar el examen de mi salvoconducto.

—Sevilleja, Espinoso, Talavera, Madrid —leyó uno en alta voz, haciendo resaltar al otro las etapas de mi caminar. Eran, aproximadamente, las mismas que traían los nacionales. Pero yo, siempre, un poquito delante de ellos. Los policías cuchichearon entre sí.

—¡Claro! Tú vienes...

—Huyendo de los facciosos — me dieron ganas de decir, concluyendo la frase que el policía no se había atrevido a terminar. Pero era una mentira tan grande que no me atreví yo tampoco. Me parecía, incluso, que había en ello algo de traición a los nacionales. Y, ¿para qué? Si estos policías ya *lo saben!* — ¡Dios les conserve la vista! —. Aunque no lo digan claramente. Porque, ¿como reconocer que los facciosos vienen avanzando? Tabú. Medias palabras, vaguedades, reticencias que ya queman los labios. Respondí en el mismo tono que el policía. Pero mis medias palabras eran aún más vagas. Y con un deje de ironía que las matizaba...

—¡A ver... tú verás... qué te voy a decir...!

Comprendido. Todo comprendido. Había terminado aquella visita tan peligrosa. Toqué el timbre y acudió doña Emilia. No daba crédito a sus ojos. Aquella noche no hubo gritos. Ni imprecaciones, ni pasos apresurados. Nada.

—Abrales usted la puerta — dije tranquilamente a doña Emilia. Y luego, a los policías:

—Bueno, perdonad que no me levante. Ya sabéis, ¡me acosté anoche tan tarde...!

—Nada, hombre, ni hablar — dijeron camaraderilmente —. A dormir, a dormir, que ya es hora.

¡Para mí, ya lo creo que lo era! ¡Hacía tantas noches que no dormía! Ahora es cuando dormí de verdad. Ahora. En cuanto se marcharon aquellos camaradas cuya vista y olfato Dios les conserve muchos años si han conseguido escapar a la acción de la Justicia de balanza no sostenida por el triángulo masónico.

## CAPITULO VIII

### LA PORTERIA DEL SEÑOR MARIANO. — DOS POLICIAS EN LA HIGUERA

Pero había que marcharse también de aquella casa. Aquel dichoso comité de Belvís, que siempre tenía allí destacados tres o cuatro de sus miembros, era para mí un peligro permanente. Aquella casa no era para mí sitio seguro. ¿Pero qué sitio era seguro para un cura en aquel Madrid de 1936?

Después de mucho indagar pude encontrar el sitio — aunque no seguro — menos peligroso de Madrid: una portería. Me instalé en la portería del señor Mariano, en el número cuatro de la calle de la Farmacia, esquina a la de Fuencarral.

El señor Mariano había sido sacristán de Bargas y era tío de mi condiscípulo Florentino, diácono entonces, que con sus padres y hermanos había ocupado un piso de la casa. En aquella portería vivía tranquilo, defendido por la autoridad del portero que, en aquellos días, azarosos, era una de las más importantes y, sobre todo, de las más eficaces. Aunque no estaba escrito el cartelito «nadie pase sin hablar con el portero», todo el mundo lo cumplía. Huéspedes, policías, milicianos, todos cumplían ese requisito; nadie pasaba sin preguntar al señor Mariano. Y el señor Mariano contestaba... lo que le convenía. Lo vi bien claro a los pocos días de estar allí. Me encontraba en la portería con el señor Mariano, un cuñado suyo y varios sobrinos que solían ir allí con frecuencia para jugar un rato al julepe — que era una de las pocas maneras poco peligrosas de pasar el rato —. Había terminado ya la partida y, de pie, en plan de despedida, charlábamos un rato más, fumándo-

nos un pitillo. Entraron en el portal dos individuos que llamaron a voces: ¡Porterooo! Salió el señor Mariano y estuvo hablando con ellos. Después pasaron todos a la portería.

—¿Qué es éste, el comité de vecinos? — preguntaron los visitantes.

—El comité de vecinos — confirmó muy serio el señor Mariano.

Yo me sonreí al escuchar lo que creí una broma de aquellos dos amigos que, seguramente, «estaban en el ajo». Luego supe que se trataba de dos policías que no estaban en el ajo sino «en la higuera».

Y, ¿cómo no hacer aquí mención de la portera de Melgar? José María de Melgar formaba con Eladio la pareja de fraternales amigos que tuve en el seminario. Todo lo que Eladio tenía de formal, Melgar tenía de travieso y zascandil y así como al primero jamás lo vi castigado de rodillas, Melgar se había hecho unas pequeñas almohadillas que llevaba con disimulo debajo de la sotana, con las que aliviaba un poco el tormento de aquel castigo que era su posición habitual en los actos de comunidad. Lo que no sé es por qué era yo tan amigo de los dos sin tener ni la formalidad de Eladio ni la sal y el ingenio que Melgar derrochaba en sus travesuras. Seguramente es que me atraía la única cosa en que ambos coincidían: los dos tenían un corazón de oro.

Ahora Melgar, que también abandonó el seminario, vivía en Madrid con su esposa y un hijo y me ayudaba como podía. Yo frecuentaba su casa y allí me distraía de mis preocupaciones. Allí tenía, además, escondido a un amigo suyo, Sorá, hombre de teatro zarzuelero, pero piadosísimo y, sobre todo, enamorado — obsesionado — del Apocalipsis. A mí me hacía mucha gracia aquella obsesión, pero bien veía que no podía ser más sincera. Cuando comentábamos las salvajadas de los rojos, su comentario era siempre el mismo; no señalaba más que una causa de todo y no daba más que un remedio para todo.

—¡Claro! ¡Como no leen el Apocalipsis...!

—¡Si leyeran el Apocalipsis...!

Una tarde nos encontrábamos todos reunidos en la casa, cuando fué la policía en busca de Sorá.

—Aquí no vive ese señor — dijo la portera —. En el piso que ustedes dicen no vive sino un matrimonio solo y hace un rato que les he visto salir.

Los policías se fiaron de la portera y volvieron a la Comisaría donde les confirmaron la dirección primera. Pero cuando volvieron ya era tarde. La portera había subido a dar noticia de lo que pasaba y el buen Sorá pudo escapar a dormir en un banco de la Castellana con el Apocalipsis bajo el brazo.

Entonces pude dedicarme por entero a la tarea de confesar en la que tantos peligros pasé y tantas satisfacciones tuve. Los que no han estado en Madrid en aquellas circunstancias — o se han encontrado en otras parecidas — no pueden formarse idea de lo que es la confesión para un cristiano. Hay que pasar por ello para ver hasta dónde llega su eficacia. Hay que estar privado de él para experimentar la necesidad que el corazón atribulado tiene de este sacramento de misericordia.

Y cuando se ha administrado en circunstancias difíciles, con trabajo, con zozobras, con peligro de la propia vida, siente uno, no vanidad ni orgullo, pero sí un sentimiento de legítima satisfacción al poder decir con toda verdad: Mi vida ya no ha sido inútil. He hecho algo en la vida.

Esto justifica una vida. Y justifica que se sacrifique la propia vida. Yo pude haberme escapado de Madrid. Pude haber salido con los refugiados en la Embajada de Méjico, a donde iba a confesar todas las semanas. Me lo ofrecieron expresamente. Cuando un refugiado — Alonso Villapadierna — mandó a recoger la maleta a su casa, yo me encontraba en ella confesando. Aún era tiempo... Y dudé un poco sí... Pero no quise. Quise quedarme en Madrid. Por esto. Porque en zona nacional, ¿qué falta hacía yo? En Madrid es donde se necesitaba más la confesión y no había tantos que la administraran.

¿Fuí un héroe? Lector, no me juzgues neciamente orgulloso. Ahora no lo soy. No hubiera dicho ni una palabra de esto — y he querido, creo que he debido decirlo — si no creyera y proclamara que cualquier sacerdote, en mi caso, hubiera obrado de la misma manera. Por eso he escogido un título impersonal para esta obra: un cura.

Voy a relatar algunos casos. Seguro estoy que cualquiera que los lea dirá: Esto sólo, merecía quedarse en Madrid. Voy a relatar algunos casos. ¡Tantos más se quedan en el tintero!

## CAPITULO IX

### LA MADRE BLANCA DE DOS HIJOS ROJOS

Un día, a la hora de la comida, me hallaba en mi portería cuando me llamaron por teléfono. Era María Luz, carmelita de las de la calle de Torrijos, que vivían ahora como evacuadas en un piso de la plaza de la Independencia, —número 10, donde hacían una vida casi conventual. Yo iba a confesarlas todas las semanas. La religiosa que ahora me llamaba frecuentaba la calle, como encargada de hacer la compra, y varias veces me habían avisado para confesar a familias amigas de la comunidad. Ahora me llamaba para que fuera a confesar a una enferma que vivía en su misma casa, en el piso de abajo, y me advirtió que ella me esperaría a la puerta.

—No hace falta que me espere usted. Dígame el piso y el nombre de la enferma y subo yo solo.

—Prefiero esperarle — contestó.

Cuando llegué a la casa, la religiosa estaba a la puerta.

—He querido esperarle porque quiero ponerle en antecedentes del caso para que luego usted, con conocimiento de causa, decida libremente.

Se trataba de una familia compuesta de la madre — viuda —, dos hijos y una hija. Los dos varones eran Comisarios Rojos con buenos sueldos y mucha influencia. Vivían en el piso inferior al que ocupaban las monjas; un piso amplio, confortable y lujoso, con varios balcones a la plaza, asomándose ya a las frondas del Retiro. La madre cayó enferma. Se llamó a los mejores médicos, se le aplicaron todos los remedios al alcance de la ciencia humana, pero todo sin resultado; la enferma no mejoraba. Fué agravándose cada

vez más ante la desesperación impotente de los hijos que la cuidaban con singular esmero.

Un día, al volver de sus trabajos, pasaron los hijos — como siempre, lo primero — a visitar a su madre. Un beso de los dos. Y luego la pregunta obligada, cada vez más temida.

—¿Qué tal día has pasado hoy, madre? ¿Cómo te encuentras?

Y la madre contestó como contestaba siempre desde hacía ya varios días.

—Me encuentro mal. Cada vez peor.

Pero hoy agregó con inmenso desconsuelo:

—Creo que me voy a morir.

Y luego, mirando fijamente a sus dos hijos, agregó:

—Quiero confesarme.

¿Confesarse? ¿Confesarse la madre de dos Comisarios Rojos?

—Madre, estás delirando. No pienses en esos disparates. No estás tan grave como te figuras. Ya verás. Ahora mismo voy a llamar al doctor... La madre le atajó con energía:

—Mira, no llares a nadie. Yo no necesito ningún médico del cuerpo. Lo que necesito es el médico del alma. Siento daros este disgusto pero, hijos, ¡no quiero morir sin confesarme!

Desde entonces se libraba en aquel hogar confortable del Madrid rojo la más terrible batalla que puede concebirse entre las personas que más se aman: una madre que reclama — porque tiene derecho — lo que necesita, lo que más necesita, lo único que necesita, y unos hijos — ¡sus propios hijos! —, que se lo niegan. ¡Por lo que sea! Entonces era por mucho, la verdad; por sus ideas religiosas y políticas, por sus sueldos, tal vez por su vida; que todo esto podía ponerse en peligro a la menor indiscreción. Pero al otro lado estaba su madre que pedía, que sólo quería eso tan sencillo pero entonces tan peligroso y difícil de conseguir: confesarse.

Los Comisarios se negaron en redondo al deseo de su madre. ¡Por nada del mundo! Intentaron disuadirla de su propósito. Ridiculizaron la confesión. ¡Si eso ya no lo hacía nadie! Si precisamente estaban ellos luchando para acabar con esas antiguallas! Después quisieron hacer oídos de mercader a las súplicas de su madre, no darse por enterados siquiera de sus deseos. Pero esto no era tan

fácil con aquella mujer que, desesperadamente, defendía su eterna felicidad. Aquella noche se la pasó repitiendo sin cesar:

—¡Quiero confesarme. No me dejéis morir sin confesarme!

Y al día siguiente igual:

—¡Quiero confesarme. No me dejéis morir sin confesarme!

Y todos los días igual. Es decir, igual no. La pobre mujer, cuando se convenció de que no la llevarían el confesor, sin dejar las súplicas, comenzó a lamentarse y a increpar a sus hijos:

—Me voy a morir. Pero no siento morir, sino morir como un perro. ¡Hijos, me dejáis morir como un perro!

No hablaba más. Eran las únicas palabras que aquellos hijos escuchaban de los labios de su madre. María Luz se encontraba casi todo el día en la casa. Había trabado amistad con la hija y, cuando se agravó la madre, bajaba con más frecuencia para ayudar en lo que pudiera. Cuando oía a aquella desventurada mujer suplicar un confesor, se acordaba de mí y sentía deseos de llamarme. Pero, ¿quién se atrevía a decir allí ni una palabra de eso? Lo encomendaba a Dios y espiaba algún momento favorable. Pero éste no se presentaba. Un día creyó que ese momento había llegado; uno de los Comisarios, cansado de oír siempre la misma cantinela, dijo a su madre:

—Madre. No nos partas el corazón con esas quejas. Si hubiera algún sacerdote, le traíamos; pero es que no le hay. Los han matado a todos, ¿qué culpa tenemos nosotros?

María Luz se llenó de alegría. ¡Esta es la ocasión!, se dijo. Inmediatamente fué a la cocina donde se encontraba la hija y repitió las palabras de su hermano.

—¿Es que conoce usted a algún sacerdote?

—Tengo una amiga que me parece a mí que tal vez conozca alguno. Si ustedes quieren, podría hablar con ella y seguramente le traería. Verdaderamente, es una pena que su madre muera con esa desesperación.

La hija llamó a sus hermanos y les expuso el plan de María Luz. No lo aceptaron. ¡De ninguna manera!

—Es verdad que yo he dicho eso a nuestra madre — confirmó uno de ellos — pero fué para que se callara. ¿En qué cabeza cabe que lo dijera de verdad? Estamos matando a los curas, ¿y vamos a traer uno a nuestra propia casa?

¡Qué dirían los nuestros! Nos matarían y con razón. Espero que madre se tranquilizará ya con eso.

Pero no fué así. Aquella noche continuó la batalla, más terrible a cada momento, puesto que la muerte se iba aproximando. La pobre enferma continuó con su cantinela desesperada:

—Me voy a morir como un perro. ¡Me dejais morir como un perro!

Yo no sé de qué sería el corazón de los Comisarios. Pero, aunque fueran de piedra, aquellas quejas habían de penetrarles hasta lo profundo. Y les harían pensar...

La agonía de su madre era terriblemente espantosa; una agonía sin el más pequeño consuelo. No tenía más que un deseo, uno sólo, sólo, sólo: confesarse. Y lo pedía con angustia, con desesperación, como busca el que se asfixia un poco de aire para respirar. Si hubiera tenido inmensos tesoros, los hubiera dado por traer un sacerdote. La vida hubiera dado por confesar. ¡Y moría la desventurada sin lograr ese único deseo de su corazón! ¡Dejarla morir así... sus propios hijos! Si no había más remedio... Pero, ¿y si le había? ¿Y si su madre podía morir tranquila, dulce, resignada?

Era ya entrado el día y la triste enferma continuaba con su cantinela desesperada:

—Voy a morir como un perro. Me dejais morir como un perro.

Era ya demasiado. Aquellos hijos claudicaron al fin.

—Bueno —dijeron a su hermana—. Di a María Luz que avise al sacerdote. ¡Es nuestra madre!

María Luz había salido ya para hacer la compra y no volvió hasta mediodía. Cuando recibió el encargo, salió en seguida de la casa y, desde la misma portería, me llamó por teléfono.

—Y ahora que lo sabe todo — me dijo María Luz después que me refirió lo que antecede — usted dirá lo que decide.

—¿Qué voy a decidir? Vamos allá.

—No, primero subiré yo sola y les diré que ya viene el sacerdote. A ver qué dicen. No estoy muy segura de que, a última hora, no se vuelvan atrás. ¡Son buenos hijos, pero muy rojos! Espere usted, pero no aquí mismo, para que, si se vuelven atrás, no puedan asomarse y conocerle.

Al cabo de un rato bajó del piso.

—Dicen los Comisarios que suba usted. Pero que ellos no saben nada ni quieren enterarse de nada.

—Ni falta que hace. Con que se entere la enferma, basta.

A la puerta del piso me estaba esperando la hija que me condujo a la habitación de la enferma a través de un pasillo al que daban varias puertas flanqueadas por grandes cortinones de damasco. Detrás de los cortinones, vi claramente que alguien se ocultaba, pero que, al mismo tiempo se asomaba con precaución. Me sonreí.

—Estos son, sin duda, los Comisarios que «no quieren ver nada ni enterarse de nada». No quieren comprometerse ni por su madre, pero quieren ver a un hombre que se compromete por una persona desconocida. Mejor. Por lo menos, verán que tengo más valor que ellos. Y a lo mejor, ¡ven otras cosas también!

Cuando a la pobre enferma la dijeron que yo era un sacerdote, se deshizo en manifestaciones de alegría.

—¿Pero, de verdad es usted un sacerdote? ¿Y podré confesarme antes de morir?

—Sí, señora. Soy sacerdote, aunque indigno. Y ahora mismo voy a confesarla. Y en seguida recibirá usted el Santo Viático. Porque aquí, en un bolsillo de mi chaqueta — ¿qué bueno es Dios, verdad? — traigo dos Formas consagradas. La Extremaunción no se la puedo administrar ahora porque no tengo los Santos Oleos, pero, en cuanto la dé el Viático, iré por ellos y estaré de vuelta a la media hora. Así morirá usted — si es la voluntad de Dios — después de recibir todos los Últimos Sacramentos.

Lloraba de alegría aquella buena mujer. ¡Se cumplía su único anhelo! Se confesó. La administré el Viático, ya en presencia de su hija y de María Luz, que también lloraban, y salí para recoger el óleo de los enfermos.

Cuando salí de la casa, los Comisarios acudieron presurosos a preguntar a su madre. Estaba radiante de felicidad. Los abrazó. Les dió mil besos.

—Hijos, ya muero contenta. Ya no me importa morir. ¡Cuánto os agradezco que me hayáis traído el confesor! ¡Qué buenos hijos, sí, qué buenos hijos!

Era ya otra mujer. Tenía impreso el sello de la muerte que no abandonaba su presa. ¡Pero qué distinta, esta muerte dulce, tranquila, resignada, de la otra muerte; desesperada y cruel, que la amenazaba hasta hace poco! Los Comisarios contemplaban a su madre con asombro.

¿Cómo era posible que la visita de un hombre hubiera producido un cambio tan profundo? Y sintieron — ellos también — un alivio profundo en su dolor. Un gran peso se les quitaba de encima. Su madre, al menos, moriría tranquila. Cuando yo, de vuelta, penetré en la habitación, no se marcharon ya y asistieron respetuosos a la Extremaunción. Cuando me despedí de la enferma, salieron de la habitación y me estrecharon la mano fuertemente.

—Gracias, Padre, muchas gracias.

Uno de ellos agregó con cierto embarazo, como si temiera causarme alguna inquietud:

—Y diga, Padre. ¿No le da a usted miedo hacer esto? ¡Esto es muy peligroso!

—Pues... ¿qué se yo que decirle? Sí y no. Según... Esto es largo de explicar. Pero, ¿no cree usted que la felicidad que he traído a su madre — y a ustedes también — merece que se exponga uno a todos los peligros? Y no crea que esto es extraordinario. Yo, en realidad casi no hago otra cosa. Ahora mismo no crea usted que me voy a casa. Voy a confesar a una, dos, tres casas, las que tenga tiempo hasta la hora de la cena, ya bastante tarde. ¡Ya estoy entrenado! — terminé sonriendo.

—¡Sí claro! — dijeron los Comisarios. Uno de ellos agregó:

—¡De todos modos...!

No terminó la frase. A mí, la verdad, tampoco se me ocurría nada en aquella situación algo embarazosa. Nos volvimos a estrechar la mano sin decir nada y salí de la casa. Salí lleno de alegría. ¿Y no tenía razón? Detrás de mí dejaba una alegría mucho más grande. Mi vida ya no ha sido inútil. ¡He hecho algo en el mundo!

---

## CAPITULO X

### UN MARINO AGRADECIDO. — ¡NO LLORES MAS!

Otro caso parecido recuerdo ahora de un enfermo de la calle de Santa Teresa. Aquí la familia no se oponía a los deseos del enfermo, sino que andaba dando vueltas por todos lados en busca de un confesor. Pero no lo encontraban. Cuando por fin — no recuerdo ya cómo — me presenté en la habitación del enfermo, éste pareció volverse loco de alegría.

—¿Pero es posible que tenga la felicidad de confesarme a la hora de la muerte? ¡Lo difícil que es encontrar ahora un sacerdote! ¿Y Dios me ha traído uno para que me confiese antes de morir?

Aquel hombre no quería creer en su felicidad.

—Padre — volvía a repetir incansablemente —, ¿es posible que Dios me haya concedido una gracia tan inmensa? ¿Cómo pagaré a Dios esta gracia tan grande? ¿Cómo le pagaré?

—Muy sencillamente. Haciendo una buena confesión. Dios no le pide ahora, por de pronto, nada más que esto; que se aproveche de esta ocasión que El tan misericordiosamente le ha proporcionado.

Se confesó. Recuerdo que, como es habitual, yo le excitaba al dolor de sus pecados; pero él se elevaba a más altas cimas. Anonadado ante la bondad de Dios, ahora casi milagrosamente manifestada para con él, en su corazón caballeroso no había lugar nada más que para un sentimiento desbordante de gratitud y de amor. No cesaba en sus manifestaciones de agradecimiento. Aquel hombre ya no se acordaba de nada; ni de la vida ni de la muerte. De nada. Nada más que de dar gracias a Dios por aquel inmenso beneficio. Yo le escuchaba complacido y gozoso. Y le dejaba hablar. Contemplaba, mientras tanto, viejos

retratos suyos esparcidos por la habitación en que aparecía ostentando el glorioso uniforme de la Marina española, de la que era jefe de elevada graduación. El sentimiento del honor, en el soldado español, tan vigoroso, bien veía yo que alentaba profundamente en aquel pecho y le impulsaba con vehemencia a aquellas manifestaciones de gratitud por el beneficio recibido.

Yo le dejaba hablar. Era tan grato escuchar el lenguaje del agradecimiento en un mundo tan lleno de ingratitude! Pero llegó un momento en que me sentí culpable de dejarme llevar de mi propia complacencia con perjuicio del enfermo a quien pudiera perjudicar hablar mucho. Aligeré lo que pude y me despedí de todos. Cuando ya me encontraba en la puerta, me llamó el enfermo. Volví a su cabecera.

—Padre — me dijo —. Lo que me reste de vida la emplearé en dar gracias a Dios por este beneficio. Pero yo quisiera que usted en la Santa Misa también le diera gracias por mí.

Aquello me conmovió. Recordé los leprosos del Evangelio. Este señor — pensé — es aquel «alienígena» que volvió dando gracias a Dios. Jesús alabó expresamente a aquel leproso. A éste le alabará también — pronto en el Cielo.

Otras veces — las más frecuentes — no eran moribundos los que se confesaban. Pero aún entonces ¡qué efectos tan maravillosos contemplaba con frecuencia! Son los efectos normales de la confesión, ya lo sé, los que produce todos los días, pero que en aquellas circunstancias tan terribles tomaban proporciones asombrosas, se hacían más palpables y conmovían el corazón, dejando un recuerdo inolvidable. Jamás olvidaré la confesión de aquella señora...

Fué en una casa de la calle de María de Molina. Habían confesado ya varias personas cuando penetró en la habitación en que yo, sentado en una silla, oía las confesiones. Se arrodilló en la silla que hacía de reclinatorio y yo, sin mirar, le di la bendición, esperando el acostumbrado Ave María. Pero aquella mujer no decía nada. La oí sollozar calladamente y esperé. El solo hecho de confesar era entonces emocionante y muchas personas tardaban algo en reaccionar y serenarse. Era frecuente el caso. Pero pasaba el tiempo y aquella mujer no reaccionaba. Aunque hacía grandes esfuerzos para impedirlo, sus sollozos iban au-

mentando y pronto se convirtieron en un claro y caudaloso llanto. Al cabo de un rato pudo balbucir con voz entrecortada.

—Padre, perdona usted que...

—Nada, hija — la atajé inmediatamente —. Lloré usted con entera libertad, que, seguramente, no será sin motivo.

Empezó entonces un llanto desbordado que me conmovió. Estaba acostumbrado a escenas semejantes, pero, no sé, había en aquel llanto algo tan grande, tan majestuoso, que se adivinaba un dolor imposible de superar en lo humano. Estuvo así por un espacio largo, al cabo del cual pudo volver a balbucir:

—Padre, es que... ¡si viera usted lo que me pasa! Mataron los rojos en los primeros días a mi marido que era muy bueno. Teníamos dos hijos, estudiantes todavía los dos y se los llevaron a la cárcel. Me quedé sola. Todos los días iba a la cárcel a llevar a mis hijos un paquetito con lo que podía reunir con mil trabajos, ya sabe usted cómo está todo. Hoy he ido también, ahora vengo de allí y, Padre, ¡se los han llevado!

Yo estaba esperando que dijera que los habían matado también como a su padre, así es que experimenté una sensación de alivio.

—¡Ah, vamos! — exclamé.

Pero la infeliz madre protestó inmediatamente:

—Padre, ¡pero si es peor que si los matan! Es decir, que tal vez los hayan matado ya, Dios sabe donde: en la carretera, en un descampado, en cualquier sitio. Y si no los han matado, Padre, ¿qué han hecho con ellos? ¿Qué torturas les habrán hecho sufrir, peores que la muerte? Tal vez ahora mismo...

Y rompió otra vez a llorar sin poder hacer otra cosa. Se escapó también alguna lágrima de mis ojos y a través de ella la contemplaba emocionado. ¡Con qué majestad, con qué grandeza lloraba aquella mujer!, ¡aquella madre! Y — mirándola — a mí me parecía que me asomaba a un pozo muy hondo, el pozo del dolor humano. Y que llegaba a contemplar sus abismos más profundos. ¡Pobre madre! ¿Habría consuelo para ella? Lo hubo. Lo encontró en aquella casa de la calle de María de Molina. Su consuelo fué la Confesión. Cuando aquella mujer se levantó de los pies del confesor, llevaba el mismo dolor. ¡Pero iba consolada! Y dispuesta a hacer frente a todos los dolores de la vida.

Y hasta a esperar con valor las noticias que llegaran — ¡que llegaron! — de sus dos hijos que la habían dejado definitivamente sola. Lo dijo ella expresamente al despedirse de mí, casi con las mismas palabras que acabo de escribir. Y ¡la pobre! me dió las gracias.

—Gracias, sí, debe dar usted, ¡y muchas! Pero no a mí, que no la he consolado, sino a Dios que ha instituído este Sacramento en el que usted ha encontrado el consuelo que necesitaba.

Ciertamente yo le había dirigido palabras de consuelo, la había dejado llorar y desahogarse. Pero con todo eso, con sólo eso no se consolaba aquel dolor. ¡Si era consolar lo inconsolable! Pero en la confesión había llorado ante su Dios que la escuchaba compadecido. Y luego había escuchado una palabra de Dios a través de las palabras del pobre confesor. Jesús, al perdonarle sus pecados, le había dicho como a la viuda del Evangelio: «No llores más.» Y no lloró más. Claro es que lloró después y lloraría ya toda su vida. Pero no lloró más como antes. Ya lloraba de otra manera.

No todos los casos eran tan — pudiéramos decir — espectaculares. Pero en todos los efectos eran parecidos, porque las circunstancias en que todos nos encontrábamos eran parecidas también; una angustia constante, un peligro inminente, un dolor renovado, ahondado a cada contacto con el mundo que nos rodeaba. Por eso todos buscaban, anhelantes, la confesión: socorro, alivio, consuelo, tranquilidad, fortaleza. Y yo, que no buscaba penitentes, tenía siempre una cola inmensa ante mi confesonario ambulante. Confesonario que — al fin y al cabo hecho por los rojos — no tenía ninguna comodidad ni solidez, sino que era desvencijado y lleno por todas partes de agujeros, obstáculos y tropiezos que ponían en peligro la salud, la libertad y la misma vida. Si yo pudiera dar una idea de él...

Vayamos por partes; que el «divide y vencerás» es de universal aplicación. Como en todas las cosas limitadas por tiempo y por espacio, la división más sencilla — y más práctica — es en: principio, medio y fin. Que aplicándola a nuestro caso y con el «tecnicismo» apropiado, podemos traducir por: entrada en la casa, permanencia en la casa y salida de la casa en el que se instalaba el confesonario. Cada una de estas partes exigía sus precauciones especiales y tenía también especiales dificultades y peligros.

## CAPITULO XI

### ¿A DONDE VOY A CONFESAR? — EL APURO EN QUE ME PONE UNA PORTERA SERVICIAL. — LA EMBAJADA DE MEJICO

Antes de la primera parte podemos poner una especie de prólogo o preparación que aquí podemos llamar «tocar a confesiones», es decir, llamar a los fieles para que acudan a confesar, aunque en este caso era el confesor el que tenía que acudir a donde estaban los fieles. Y como, de ordinario, no es el confesor el que toca la campana, sino el sacristán o los monaguillos, tampoco era yo el que ahora preparaba los sitios en que había de confesar ni se lo comunicaba a los penitentes: eran las personas que hacían — por así decirlo — de sacristanes y monaguillos, ayudándome en la administración de este sacramento. Ordinariamente, a la casa que iba una vez, volvía ya con cierta regularidad y los mismos de la casa tenían preparados los penitentes, que eran los mismos del primer día, casi siempre aumentados por algún nuevo pariente o amigo. Estos eran también los que me pedían que fuera a casa de alguien que no podía, por cualquier motivo, acudir allí. Así se iban multiplicando los centros de confesión, que eran casi unas verdaderas parroquias, ya que en ellos se administraban casi todos los sacramentos.

Pero había, además, algunas personas que se dedicaban habitualmente, con gran trabajo y sacrificio a proporcionar confesor a cuantos tenían necesidad de él. Entre las cuales es de justicia hacer mención de Pepita Moreno, señorita ya no muy joven, piadosa, inteligente, de gran serenidad en los trances difíciles y un don de gentes que la permitía

conversar con toda clase de personas, altas o bajas, rojas o azules. Otras muchas personas me ayudaban, cuyos nombres no se pueden escribir aquí por ser muchos, pero que — lo que más importa — seguramente Dios tiene escritos en el Libro de la vida.

Estos me decían el nombre y dirección de la persona a quien debía ir a confesar. Yo lo repetía unas cuantas veces y rara fué la ocasión en que se me olvidó algún detalle. Alguna vez ocurrió, sí, y me esperaron en vano. Al día siguiente ya estaba en mi casa, toda alarmada, la persona que me había enviado, para saber la causa de mi informalidad; me repetía el nombre o el detalle que se me hubiera olvidado y todo se arreglaba con un poco de paciencia. Todo antes que apuntar nombre o dirección alguna. Solamente una vez apunté el número de un teléfono, que era indispensable, pero lo hice repartiendo las cifras por sitios diferentes de mi habitación. Pepita Moreno me aconsejaba que tomara nota de las direcciones para la primera vez, aunque luego, ya visitada la casa, las rompiera. Era por lo visto lo que hacía otro Padre que yo no conocía. En su nombre me dijo un día que levantara acta de los matrimonios que celebrara y se las llevara a dicho señor, que las llevaría a la Nunciatura donde ya no habría peligro, por la garantía diplomática. A mí me pareció aquello un solemnisísimo disparate y me negué rotundamente. No tardaron mucho los hechos en darme la razón.

Un día se presentaron unos milicianos en casa de Pepita para hacer un registro. Estaba Pepita con una hermana suya, religiosa de Cristo Rey. No pasó nada en el registro, pero cuando se marcharon los milicianos, la religiosa manifestó a su hermana la extrañeza que le había causado su conducta; ella, tan acostumbrada a registros, chécas y tribunales rojos, había dado muestras de temor, de azoramiento, todo el tiempo sentada en una silla como asustada..., en fin, que había estado desconocida. Pepita abrió entonces un maletín que tenía sobre sus rodillas y lo mostró a su hermana:

—Mira lo que tengo aquí.

El maletín estaba lleno de actas matrimoniales con expresión de los nombres de los novios, padrinos, etc. Si a los milicianos se les hubiera ocurrido registrar el maletín, Dios sabe los desastres que se hubieran producido. No, no. Yo no apuntaba nada, con perdón del Padre de la Nunciatura.

La parte más difícil, aunque tal vez no la más peligrosa, era la entrada en la casa, salvar el paso de la portería. Como a todas las personas que pedían confesar había que suponerlas notoriamente «facciosas», yo evitaba entrar a los porteros de la persona a quien iba a visitar. Para lograrlo aprovechaba un instante en que la portería se encontraba sola y me «colaba» con rapidez en la escalera; allí ya había cierta libertad de movimientos. Esto me costaba, de ordinario, dar dos o tres paseos ante la puerta espionando disimuladamente los movimientos de la portera. Pero algunas veces se me pasaban varias horas sin encontrar un momento de descuido de aquélla y en más de una ocasión tuve que desistir de mi propósito, dejándolo para el día siguiente, en que volvía a repetir la operación. Alguna vez, al día siguiente me pasaba lo mismo y así, a lo mejor, durante dos o tres días. Había que pedir socorro. Entonces recurría a la colaboración de un miliciano de mi pueblo — Eusebio — que pertenecía a la Juventud de A. C. Este era el que preguntaba o respondía a la portera y con su uniforme de miliciano disipaba las sospechas que en ella pudiera suscitar el nombre de los «facciosos» a quienes íbamos a visitar.

Lo más fácil era cuando en la casa había algún médico, abogado o cualquier oficina, pública o privada. No había más que decir su nombre para pasar la portería. Una vez pasada ésta, entraba en el piso que me convenía. Una de las casas donde con más facilidad entraba era en la de la familia de Navarrete, en la calle de Miguel Angel. Y eso que la portera ya les había recomendado «por su bien» que no salieran del piso porque «tenían muy mala fama». Pero, no importaba; en el quinto piso estaba la Legación de Noruega. Su nombre era la palabra mágica que me abría de par en par las puertas de la escalera sin inspirar la menor sospecha. La portera ya ni siquiera me preguntaba a dónde iba. Lo sabía muy bien; a la Legación de Noruega. Pero un día no estaba ella allí sino una hija suya que no me conocía y me preguntó a dónde iba.

—A la Legación de Noruega — contesté sin titubear.

—En el quinto, izquierda — dijo la joven —. Y me abrió el ascensor.

—Bueno — dijo entonces —, yo subiré con usted porque tengo que ir también allí.

Se metió en el ascensor y apretó el botón. En mi vida me he visto más apurado.

—¿Y qué digo yo ahora en la Legación de Noruega? ¿A qué puedo decir que voy allí? ¡Vaya lío en que me ha metido esta joven tan servicial!

No se me ocurría nada para salir del paso. Y no sé qué hubiera pasado — es decir, sí que lo sé, que hubiera empezado a vacilar y tartamudear y se hubiera descubierto todo — si, al llegar al piso cuarto, la joven no hubiera parado el ascensor diciendo: :

—¡Ay! ¡No me acordaba que tengo que venir también a este piso! El próximo es la Legación. Ya le pondre en marcha.

Salió y apretó de nuevo el botón.

—¡Muchas gracias! — la dije con toda mi alta. ¡Menu-do peso me quitaba de encima! Entonces me serené. Inmediatamente se me ocurrieron multitud de procedimientos para haber salido airoso de aquel apuro tan ridículo. ¡A buena hora! Mejor lo había hecho Dios. Un poquito avergonzado de mi aturdimiento, fuí bajando por la escalera hasta llegar al piso primero, donde vivían los Navarrete.

En las Embajadas, era donde más miedo me daba entrar porque estaban muy vigiladas por los rojos. Una visita suelta no significaba nada, pero la repetición de visitas a «enemigos del pueblo» allí refugiados inspiraba muchas sospechas. Y allí no podía aprovechar un descuido de la portera. Allí no había más remedio que dar la cara con todas sus consecuencias.

Pero de todo había; en la Embajada de Méjico entraba con gran tranquilidad a pesar de que los funcionarios eran más rojos que los españoles rojos. Como los refugiados eran tantos, ellos mismos tenían que procurarse los víveres que necesitaban y había dos de ellos designados para que se entendieran con los distintos proveedores por lo que siempre estaban recibiendo visitas y hablando por teléfono. Estos eran los que me avisaban y los que me recibían como si yo fuera uno de tantos proveedores. Luego, en un momento oportuno, me introducían en los pabellones de los refugiados, donde siempre estaba varias horas confesando. Después de confesar, aquellos dos mismos refugiados — jóvenes los dos; recuerdo que uno se llamaba Caro, abogado — salían conmigo hasta la misma puerta de la calle. Una vez me dijo uno de ellos mientras me acompañaban:

—Bueno, Padre. Ya sabe usted que si alguna vez se encuentra en peligro puede venirse aquí con nosotros.

—Más en peligro que ahora mismo no me encontraré más que cuando un policía rojo me coja por el cuello y me obligue a acampañarle. Y entonces no creo que pueda venir a refugiarme. De no quedarme aquí ahora mismo, no sé ni si podré venir la semana que viene a confesar. ¡Quién sabe si me están esperando para echarme mano en cuanto salga! Dios me ayudará si yo me ayudo, como creo que lo hago.

Hasta que los llevaron a Francia — desde donde todos se pasaron a zona nacional — estuve yendo con regularidad todas las semanas y alguna que otra vez que me llamaban por teléfono. Los pobres refugiados intentaron, creo, alguna combinación para evitarme aquel trabajo y el peligro consiguiente. Pero se conoce que no tuvieron éxito porque hasta la misma víspera de su salida de Madrid me llamaron por teléfono para que fuera a confesar.

---

## CAPITULO XII

### ALGO PASA Y NO BUENO. — UNA MUCHACHA ENSEÑA CATECISMO EN UNA CHECA

La entrada en la casa duraba cinco minutos y la estancia en ella tal vez cinco horas. Por eso, en realidad, esta parte era la más peligrosa. Además, así como para aquellos cinco minutos podía yo preparar cualquier plan y tomar toda clase de precauciones, para estas cinco horas no podía haber plan ni precaución alguna por mi parte. Estaba a merced de las precauciones que tomaran los demás, que muchas veces eran bien pocas, si es que tomaban alguna. A menudo me daba cuenta, mientras estaba confesando, de las imprudencias que cometían en la casa, entrando y saliendo con ruido, subiendo y bajando escaleras o en el ascensor, que no paraba de funcionar para avisar a los de otros pisos. Por mucha prudencia que se recomienda, hay personas que nunca la tienen porque son imprudentes por naturaleza.

Por mi parte no había más opción que no ir por las casas o aguantar, confiado en Dios pero con la natural tranquilidad. Y esperar con paciencia los desastres que pudieran producir tantas imprudencias multiplicadas.

Una vez, desde la habitación en que me encontraba confesando, empecé a oír las voces airadas de la dueña de aquella casa.

—Algo pasa y no bueno — me dije con temor. Pero ¿qué podía hacer yo? Seguramente nada; lo que hubiera pasado, había pasado. Continué — aunque ya más intranquilo — la confesión de aquella penitente. Apenas hubo salido, penetró en la habitación la dueña de la casa, hecha un basilisco.

—Sálgase usted, Padre, sálgase en seguida. Y perdone usted, pero no vuelva a venir por aquí, porque hay personas muy imprudentes y no quiero perder mi casa.

¿Qué es lo que había pasado? Sencillamente que habían llamado a la puerta. Acudió la dueña de la casa y abrió.

—¿Es aquí donde se puede confesar? —fué el saludo que, sin titubeos ni vacilaciones, la dirigió una mujer, ya bien entrada en años.

—No, señora, aquí, no — contestó toda alborotada la señora —. Viene usted equivocada. — Y cerró la puerta con indignación.

—¡Ya ve usted, Padre, si la oyen los vecinos de arriba que son comunistas y nos tienen entre ojos y no nos dejan vivir tranquilos! ¡O la portera, que no es nada buena! ¡Para qué hubieran querido más, con las ganas que nos tienen! Y no sólo por...

Y no sólo por nosotros sino por usted, Padre.

—Por mí no se intranquilece usted, señora. Yo no me asusto. En una de éstas tengo que caer...! Tardaré más o menos, pero el final no puede ser otro. Entre tantas personas, estas imprudencias no se pueden evitar. El único medio es no confesar y ese?— hoy por hoy, gracias a Dios — no quiero utilizarle.

No, no quería utilizarlo. Bien merecían ese sacrificio tantas personas buenas que, a más de los moribundos, se aprovechaban de él.

Porque es verdad que en Madrid estaban desatadas todas las fuerzas del mal. Pero a mí me maravillaba la gran cantidad de almas santas que alentaban en la oscuridad, llegando a elevadas cimas de la perfección.

Como aquella señora en quien, durante un año entero de confesarla, jamás encontré materia cierta de absolución. Cercada de peligros, de dolores, de negras ingratitudes, falta de las cosas más indispensables para la vida, antes tan regalada, ¡y no admitir jamás el más pequeño movimiento siquiera de impaciencia ante tantas adversidades! Yo pensaba muchas veces: ¡Dios me ha salvado la vida tan milagrosamente para que esta alma! ¡tan suya! pueda recibirle a diario.

O como aquella otra chica, en la lozanía de sus veinte años, tan simpática, tan inteligente, tan — ¿por qué no decirlo, o es que los santos han de ser feos? — guapa, a cuya casa, en la calle de Miguel Angel, iba yo a confesar todas las semanas. Un día, cuando llegué a su casa, me

dijeron que estaba en el piso de abajo a visitar una amiga que llevaba — santamente — una larga temporada enferma. También yo confesaba en aquel piso. Bajé a él en cuanto terminé en el primero. Cuando penetré en la habitación de la enferma, ésta me dijo señalando a su amiga:

—Que le cuente, que le cuente lo que le ha pasado.

—Nada — dijo la joven sonriendo —. He estado de excursión.

—Y enseñando catecismo — añadió la enferma.

—Cuenta, cuenta — dije yo — y dejaos de jeroglíficos.

Y me contó su historia, su pequeña historia. Pero hay que haber vivido en aquel ambiente de crímenes y torturas, de feroz persecución religiosa para darse cuenta perfecta de lo que aquella historia pequeña tenía de heroica grandeza. ¡Ella la contaba tan sencillamente! ¡Con la sencillez con que la había vivido! Con la sencillez de las almas grandes!

Había venido por ella un numeroso grupo de milicianos. Era ya de noche cuando la arrancaron de los brazos de su madre. La metieron en un coche con bandera comunista y la llevaron a una checa. La joven iba llena de terror. ¡Pobre corderita blanca entregada a aquellos lobos carniceros! Llevaba dos propósitos clavados en su corazón; no renegar de su Fe y defender su virtud hasta la muerte. Era inteligente y demasiado comprendía que aquellos dos propósitos no eran fáciles de cumplir en las checas comunistas. ¿Pero aquella corderita no tenía un Pastor Bueno que aun allí podía defenderla? Se encomendó a El y se encomendó a la divina Pastora de las almas; de las almas blancas y puras como la suya.

Cuando llegaron a la checa la metieron en una mazmorra y la dejaron allí encerrada. ¿Qué irían a hacer con ella? Todo lo malo podía esperarse de aquella gente. Afortunadamente tenía su rosario y acudió a rezarle para fortalecerse y alcanzar el socorro que necesitaba. Al poco rato la llevaron a una espaciosa habitación donde había tres milicianos que constituían una especie de Tribunal o cosa parecida. Uno de ellos la dijo con cara que a ella la pareció feroz. (¡Y lo sería!)

—Vamos a ver, muchacha. Estás denunciada como facciosa. Dínos tú, ¿es verdad que eres facciosa?

—No sé lo que entendéis vosotros por facciosa.

—Lo que entiende todo el mundo. Demasiado lo sabes

tú; no vengas con tonterías que te pueden costar caro. Vamos, ¿tú a qué te dedicas?

—A nada. No salgo de mi casa.

—Bien, pero en tu casa, ¿qué haces?

—Nada. Antes era estudiante, pero ahora, como no hay clases, no estudio tampoco. Para entretenerme, sólo estudio Religión.

—Sólo estudio Religión —remedó burlescamente el «juez»—. ¿Para qué te valdrá eso! Si lo haces para distraerte... Aunque tú serás católica también.

—Sí, sí. Soy católica, desde luego.

Otro de los «jueces» dió entonces un puñetazo sobre la mesa.

—Esto es lo que me fastidia. Que todos dicen que no son nada; ni monárquicos, ni falangistas, ni... ni nada. Pero todos dicen que son católicos. Vamos a ver ¿por qué es eso?

—A Dios no se le puede negar nunca, ni con peligro de muerte. Las demás cosas...

—Sí, tú renunciarías a todo, ¿verdad?

—A todo menos a Dios. A otras cosas tampoco... pero por Dios.

Cuando aquella joven contaba esto se dirigió a la enferma:

—Yo me acordaba entonces de ti y me hubiera gustado que te encontraras allí conmigo.

—¡Ay, no! —protestó la enferma—. ¡Dios me libre! Mire usted, Padre, yo le ofrezco a Dios todo lo que sea; una enfermedad larga, un raspado de hueso, un cáncer. Pero, vamos, estar allí sola, de noche, en medio de esa gente... Yo le pido a Dios que me libre de eso. No, no; yo no valgo para eso.

La joven se reía del terror de su amiga.

—¡Si no es nada, tonta! ¡Si Dios ayuda mucho!

Ella sí que valía. Había valido aquella noche para no renegar de su Fe. Había valido hasta para predicarla a sus enemigos, presuntos verdugos suyos. Ella lo contaba tan sencillamente!

Uno de los «jueces» exclamó:

—¡La Religión! Si yo también he creído esas tonterías! Y sé mucho de religión.

La joven esbozó una sonrisa de incredulidad que no pasó desapercibida al miliciano.

—No te rías. No te rías de nosotros, que te puede costar caro. No parece que nos tienes mucho miedo.

—No me río de vosotros, pero, es verdad, no os tengo mucho miedo.

—Eres una muchacha valiente. Eso está bien, pero, ¿sabes que te podemos matar, que te podemos hacer lo que queramos?

—No me podéis hacer nada más que lo que Dios os permita. Me preguntabas para qué me valía la religión. Me vale para esto; para no tener miedo a nadie, nada más que...

—Al diablo — la interrumpió uno de ellos —. ¡Los católicos tenéis mucho miedo al diablo! — Y soltaron los tres una burlona carcajada.

Pero las burlas no desconcertaron a la joven que se iba haciendo dueña de la situación y se daba cuenta del ascendiente que tenía sobre aquellos milicianos por su inteligencia y simpatía.

—Yo no tengo miedo al diablo.

—Pues si tampoco tienes miedo al diablo, ¿a quién tienes miedo?

—Yo sí que lo sé — dijo el que «sabía mucho» de religión —. Tienes miedo de Dios, ¿verdad que sí?

—Tengo temor de Dios, pero no tengo miedo de Dios. Tengo miedo... de mí, de mi fragilidad, que puede llevarme a lo único que tengo miedo: al pecado mortal.

—Bien. Eso dice el catecismo. Ya te he dicho que yo me sé el catecismo, aunque tú no lo creas. A que me sé los mandamientos? Verás: El primero amar a Dios sobre todas las cosas. El segundo... el segundo...

Empezó a titubear. Los otros milicianos soltaron la carcajada. El sabihondo seguía titubeando:

—El segundo... el segundo...

La joven le apuntó: no jurar...

—En su santo nombre en vano — continuó de carrerilla el miliciano. Y así, entre tropezones de éste y la risa de los otros, fué saliendo gran parte del catecismo que la joven explicaba con inteligencia deshaciendo las «objeciones» contra la religión que los milicianos presentaban. Al fin, el que la había interrogado al entrar, la dijo:

—Tú no eres facciosa, lo que se dice facciosa. No eres más que una muchacha que crees todas esas antiguallas de los curas. Pero de buena fe, no cabe duda. Si quieres te puedes marchar a tu casa. Y si tienes miedo de andar sola

por la calle, ya tan de noche, te puedes quedar en la habitación donde estuviste, que tiene cerrojo. Elige tú.

La joven se acordó de su madre. ¡Verla cuanto antes! Luego titubeó. La daba miedo salir a media noche por aquel Madrid rojo. ¿Y si por llegar pronto a su casa no llegaba nunca? Optó, al fin, por la mazmorra. Se metió en ella y echó el cerrojo. Se puso de rodillas y — con lágrimas en los ojos —, dió gracias a Dios. Al cabo de un rato llamaron a la puerta. ¿Otra vez? — pensó la joven —. ¿Vamos a estar siempre así? Se puso en pie, aterrada, ante el nuevo peligro. Pero la tranquilizó la vez aguardentosa de un viejo que la decía a través de la puerta:

—Los camaradas han dicho que te traiga una manta por si la necesitas. Aquí te la dejo. Sal tú por ella si quieres, que yo ya será hora de que me vaya a dormir. ¡Me parece!

Y se alejó desahogando el mal humor de sus años viejos.

—Yo digo que aquellos no eran rojos — exclamó la enferma cuando la joven terminó su relato —, sino católicos emboscados, ¿verdad, Padre?

—Pues yo digo que eran rojísimos — contestó su amiga —. Los examiné muy bien. Sino que Dios les tocaría el corazón, ¿verdad, Padre?

Y yo no dije nada. De buena gana hubiera dicho que la virtud en grado eminente produce a veces efectos maravillosos que la razón humana no se sabe explicar ni alcanzar a comprender.

## CAPITULO XIII

### LA IGLESIA INTERPARROQUIAL DEL SILENCIO. LA BODA DE UN GUARDIA DE ASALTO. — TAM- BIEN PREDICO YO LA LIBERTAD

Ya dije arriba que en casi todas las casas a las que iba a confesar se administraban también los demás sacramentos, convirtiéndose en pequeñas parroquias que formaban lo que yo llamaría Iglesia Interparroquial del Silencio que estaba a mi cargo. Bautizos, sólo administré uno, creo que por indicación de la Legación de Rumania, en una de las casas de enfrente.

Los matrimonios fueron más numerosos. Por cierto que, como la preparación de cada uno había de ser muy laboriosa, teniendo que hablar con bastantes personas, la multitud de visitas que con ese objeto recibía, llegaron a alarmar al señor Mariano. Sospecho que multiplicaba por diez el número de matrimonios que celebré. No se atrevió — ¡no sé cómo! — a decirme a mí nada de esto y fué a su sobrino Florentino:

—Digo que a ver si llamas la atención de ese hombre que está casando a todo bicho viviente.

Su sobrino se echó a reír.

—No se preocupe usted por eso, tío, que bien reciente tiene la Moral.

Era verdad. Pero además debo decir que no daba paso en esta materia sin consultar con uno de los sacerdotes más prestigiosos de Toledo, don José García de la Parra, Párroco durante largos años, que vivía allí cerca, en la calle de Augusto Figueroa.

Todos los matrimonios salieron bien y sólo un novio

nos dió algo que hacer a los pocos años. Quiso considerar su matrimonio como un matrimonio «de los rojos» y dejar a su mujer. Pero cuando se convenció de que aquel matrimonio era un matrimonio canónico — lo que él bien sabía — y que como tal podía ser probado y defendido — lo que él creería difícil — se aquietó y continuó viviendo con su mujer, que dió infinitas gracias a Dios por mi presencia en su matrimonio.

Era algo emocionante la celebración de aquellas bodas tan ocultas, tan calladas, tan silenciosas. Era algo emocionante, pero... no tienen nada que contar. Sólo una vez ocurrió algo que rompió la monotonía de aquellas bodas.

Cuando llegué a la casa señalada para la celebración, la encontré llena de invitados. Todos estaban allí... ¡menos el novio! La puntualidad en aquellos actos era muy necesaria para disminuir los peligros que, de todos modos, eran muy grandes. Por eso la urgía yo mucho a todos con antelación. Nos extrañó a todos, por eso mismo, la falta de puntualidad de aquel muchacho, guardia de Asalto, y nos hizo temer que no fuera sólo falta de puntualidad, sino otra cosa peor. Procuré infundir a todos una tranquilidad que yo no tenía y empecé a confesar a la novia que estaba, naturalmente, más intranquila que todos. Terminó la novia de confesar y el novio no se presentaba. Se confesaron otros tres o cuatro más y el novio seguía sin comparecer. Ya no había esperar más; allí había pasado algo definitivo, no un simple retraso.

—No habrá podido salir del cuartel — dije, acogiéndome a la hipótesis más favorable para tranquilidad de todos. Pero nadie se tranquilizó con esto. El desaliento se apoderó de los invitados. La pobre novia, menudita, pelirroja, sentada en una silla, dejó de hablar y de hacer movimientos de impaciencia como antes. Y a mí me intranquilizaba más aquel silencio inmóvil y me inspiraba más compasión. Seguía repitiendo, casi mecánicamente, la hipótesis de que el novio no habría podido salir del cuartel. Pero ni me tranquilizaba yo con eso ni tranquilizaba a los demás. Ya nos marchábamos, cuando llegó el novio, jadeante y con el pelo todo alborotado.

—¡Gracias a Dios que he podido salir del cuartel! — dijo a modo de saludo. Y la alegría volvió a reinar en todos los corazones.

El novio y yo pasamos a otra habitación para confesar. Inmediatamente percibí un fuerte olor a aguardiente.

—¡Vaya, hombre! —le dije con aspereza—. Vienes corriendo del cuartel pero no te ha faltado tiempo para echarte unas copas, con lo cual ya no puedes comulgar. Y todos aquí muertos de intranquilidad!

—¡Padre, sí, hace hora y media que salí del cuartel! Si es que... he estado dudando... dudando... si venir o no venir. Hasta que ya dije: ¡sea lo que Dios quiera! y eché a correr para acá.

—Sí, sea lo que Dios quiera. Pero ahora Dios no quiere más que lo que tú quieras. Aún estás a tiempo.

—Padre, si no es eso. Si yo estoy deseando casarme. Pero, ¿sabe usted lo que me harían en el cuartel si se enteraran de lo que estoy haciendo?

Tenía razón el muchacho. Confesar, comulgar, casarse por la Iglesia, con un cura dándole bendiciones...

—¿Usted no cree que me hacían picadillo?

—Sí, sí. ¡De ahí para arriba!, desde luego.

Dios no lo quiso así y con la bendición de la Iglesia pudo casarse con aquella buena muchacha. Y vivieron felices. Y aquí no se puede decir que comieron perdices porque en zona roja no había otros manjares que algarrobas y carne de burro.

Pero de todos los sacramentos el que con más frecuencia administraba era, como es natural, la Sagrada Comunión. La tarde la dedicaba entera a confesar, pero la mañana se me pasaba también casi íntegra en repartir la Sagrada Comunión. En esto se tarda menos que en confesar, pero así como para confesar, muchas veces no me movía de una casa en toda la tarde, para llevar la Comunión tenía que recorrer medio Madrid.

Volví a celebrar la Santa Misa en casa de Eladio, que había salido de la cárcel. En la Misa consagraba las formas que necesitaba cada día y me las llevaba envueltas en una hoja de papel de barba. La joven de Miguel Angel me había hecho unos pequeños corporales y una bolsita, todo de hilo. Los usé un poco tiempo, pero prefería el papel de barba — por más que ahora muchos se lleven las manos a la cabeza —, porque era menos peligroso para mí y más reverente — aunque parezca extraño — para el Cuerpo de Nuestro Señor.

A muchas casas iba a dar la comunión todos los días. A otras sólo iba el siguiente al en que había ido a confesar. En muchas casas tenían Reservado, pero no comulgaban sino de manos de un sacerdote. A mí varias veces me

pidieron que dejara el Reservado en alguna casa. Nunca lo hice. Siempre que me lo pidieron juzgué que allí no era necesario, ni siquiera conveniente. En otras casas, no sólo tenían Reservado, sino que comulgaban sin intervención de ningún sacerdote; uno de la familia se daba la comunión a sí mismo y luego se la daba a los demás.

Una vez me pidieron que fuera a confesar a unas religiosas que estaban evacuadas en la prolongación de la calle de Serrano. Encontré a la Comunidad — que era numerosa — presa de la más viva inquietud. Tenían Reservado. Un religioso de una esclarecida Orden se lo había llevado, aconsejando que la Madre Superiora diera la comunión a las demás religiosas. Así lo habían estado haciendo durante una temporada. Pero hacía dos días que había ido a confesarlas un religioso de otra Orden, no menos esclarecida, y le pareció aquello un disparate tan mayúsculo, que, anunció que no daría la absolución a la que no prometiera no volver a comulgar de manos de la Superiora. Algunas se confesaron, haciendo dicha promesa. Otras — la mayoría — se abstuvieron de confesar, dispuestas a seguir comulgando como hasta entonces. La Superiora, por su parte, no se atrevía ya a dar la comunión. Y así estaban. ¡Pobrecitas! En medio de tantos peligros e inquietudes, esta revuelta tempestad aumentaba terriblemente la angustia de aquellas almas.

—Y lo malo es que yo no puedo sacarles de la duda — dije a la Superiora. Lo primero, porque tal vez tenga yo la misma duda. Y, sobre todo, porque aunque yo tenga una opinión claramente decidida, no será más que eso, una opinión más que se unirá a una de las otras dos, sin hacer desaparecer la contraria. La duda seguiría en pie.

La Superiora se angustiaba visiblemente.

—De modo, Padre, ¿que nos quedamos sin saber qué hacer?

—Hagan ustedes lo que quieran — la dije en tono festivo —. Es la solución más cómoda. ¿No le parece?

Pero la Superiora no estaba para fiestas.

—Sí, pero... Y se rascaba la barbilla como buscando...

—Es verdad, sí. Deben ustedes procurar salir de la duda. Ya lo han hecho. Pero si un Padre las dice que pueden comulgar y otro las dice que no, ¿qué van ustedes a hacer? Prácticamente están ciertas de obrar bien cualquiera que sea la determinación que tomen con buena

intención: Hasta que alguien con autoridad no les imponga una norma, no se preocupen ya de la opinión de nadie. Ni la pidan, porque van a estar dando más vueltas que un molinillo. Obre cada cual con entera libertad.

Las religiosas se quedaron tranquilas. La Superiora no tanto. Porque cuando ya me marchaba, volvió a insistir, buscando la pobre una tranquilidad que no acababa de conseguir, tal vez por culpa mía:

—¿De modo, Padre, que dice usted que dé la comunión a las religiosas?

—Digo que obre cada cual con libertad.

Lo que ya no recuerdo es por qué no apliqué la solución más lógica y tranquilizadora para todos, que era ir yo a dar la comunión todos los días, como hacía en tantos sitios.

---

## CAPITULO XIV

### ¡ME ROMPO UNA PIERNA... Y CONTENTO! — EN «LOS LEONES ROJOS»

La salida de la casa, que es la tercera parte de aquella división que hicimos arriba, no duraba más que un minuto y, realmente, parece que no merece los honores de constituir una parte por sí misma. Pero yo creo que era la parte más peligrosa de aquella vida, porque si algún peligro había durante mi permanencia en las casas, lógicamente había de concretarse y producir sus efectos a la salida. Yo, ciertamente, siempre salía de las casas con temor y miraba con cierta precaución a uno y otro lado con la angustia de encontrar a algún policía esperando mi salida detrás de una esquina cualquiera. Sobre todo porque casi siempre salía ya bien de noche. Y no sé qué tiene la noche que siempre acobarda, y de una manera especial a mí, hombre de sol y de luz, que pierdo sensiblemente arrestos y energías a medida que el día va declinando.

De hecho, al salir de contesar me sucedieron los dos acontecimientos más trascendentales que torcieron el rumbo de mi vida en Zona Roja. Uno fué mi detención, que dió comienzo a mi vida de presidiario y el otro el que voy a relatar ahora, también pródigo en consecuencias.

En la calle de Fernández de la Hoz estaba evacuada una Comunidad de religiosas mejicanas que antes vivían en la calle de María de Molina, en un colegio del que fueron expulsadas por los rojos. Yo iba a confesarlas todas las semanas — los miércoles —, a principio de tarde.

Un miércoles, como de costumbre, salí de casa para confesarlas. Pero antes quise proveerme de formas y de vino de Misa que ya necesitaba. Fuí a mi proveedora habitual, una señora mejicana — viuda de Dosal — muy amable y de gran distinción. Vivía en la calle de Juan Nicasio Galle-

go, núm. 14, donde estaba establecido el Sodalicio de San Pedro Claver. No sé si por ser éste un Instituto Internacional o por qué otra cosa, aquella mansión estaba defendida por la bandera de Austria que ondeaba a la puerta y en las ventanas. Por eso aquella señora podía tener en su casa, sin peligro alguno, toda clase de imágenes, ornamentos y demás objetos de culto. Me entregó una botella de vino de Misa y un paquete de formas y quise salir en seguida para Fernández de la Hoz. No me dejó ella con su amabilidad y tuve que quedarme a tomar el té. Cuando salí ya era tarde para ir a confesar a las monjas, pero por no hacerlas esperar y no intranquilizarlas — entonces todo intranquilizaba — me decidí a ir.

Cuando salí de confesar era completamente de noche. Como no se encendía ninguna luz en la calle por temor a la aviación nacional que ya había hecho varias incursiones, la oscuridad era casi absoluta. Estaba lloviendo. Cuando llegara a la calle de la Farmacia estaría, a no dudar, hecho una sopa. Para evitarlo decidí tomar el «metro» y no ir andando, como hacía siempre. Allí cerca estaba la estación de Chamberí, desde donde iría hasta la de Tribunal, a unos metros ya de mi casa. El trayecto desde Tribunal hasta Farmacia lo conocía palmo a palmo, pero el trozo del Paseo del Cisne que había de recorrer hasta la estación de Chamberí me era completamente desconocido. Era necesario caminar por él con mucha prudencia. La que me faltó.

Eché a andar a buen paso. Arreció la lluvia y para defenderme de ella me fuí arrimando a la pared. Hacia la mitad del Paseo me pareció distinguir que, unos metros más adelante, la acera tenía un color más oscuro. No sé si pensé que sería algo de sombra, o que serían baldosas menos claras, o si — lo más probable — no pensé nada. Continué con el mismo paso y pisé la primera baldosa negra con la misma determinación que las blancas. Pero la sorpresa que me llevé no pudo ser más desagradable. Allí no había baldosa negra, ni blanca, ni de ningún color, sino el vaciado de un solar que abría sus negras fauces para engullirme. Di un traspiés, luego otro, y al tercero o cuarto, di con todo el cuerpo en tierra y empecé a rodar, dando vueltas de campana, durante un espacio de tiempo que a mí me parecía sin fin. Pero lo tuvo. Cuando llegué al fondo. Me levanté del suelo — contento, puesto... — puesto que no me había matado y me dispuse a emprender la ascensión

de aquel maldito terraplén. Pero al intentar apoyarme en la pierna izquierda se me dobló como si no pudiera sostenerme. Sentí un cosquilleo difuso y algo así como de calor, también sin localizar.

— ¡Vaya, se me ha dormido esta pierna! Hay que esperar un rato.

Pero cuando pasaron unos minutos, me sucedió lo mismo que antes. Me alarmé ya. ¿Si no sería que la pierna se me hubiese dormido? ¿Pero qué iba a ser entonces? Yo no sentía dolor alguno ni más molestias que aquel cosquilleo y aquel calorcito, casi agradable.

A la tercera vez, me convencí de que algo peor que el sueño pasaba en aquella pierna.

Por de pronto, no podía salir solo de allí. Había que pedir auxilio. ¡Qué pena sentí entonces! Pocas veces me he visto tan desalentado. Y es que hasta entonces había tenido salud. Y con salud se atreve uno con todas las contrariedades y peligros. Pero ahora a mí, con una pierna inútil, aunque sin saber por qué, cualquier cosa — antes, incluso inadvertida — me oprimía con un peso agobiador. La oscuridad, la lluvia, el peligro, la soledad absoluta en que me encontraba, todo, todo me pesaba, me entristecía. ¿Qué hace un cura en estas circunstancias? ¿A dónde va? ¿A quién acude?

— ¡Sea lo que Dios quiera! — dije con dolor pero con resignación y confianza —. ¡Sea lo que Dios quiera! ¡Ahora sí que estoy en sus manos!

Vacíé la botella del vino de Misa, deshice entre las manos los paneles de formas y luego los mezclé con la tierra humedecida para no dejar rastro ni indicio alguno de mi carácter de sacerdote. Entonces llamé. Aunque no era muy tarde, pasaban pocas personas a causa de la oscuridad y la lluvia. Por fin, un hombre escuchó mis voces y se paró. Quiso darme la mano desde arriba para ayudarme a subir. Pero no era suficiente; yo no podía dar un solo paso para acercarme a él. El buen hombre tuvo que bajar hasta donde yo estaba y subirme casi a cuestas.

Cuando estuvimos arriba seguía el mismo problema, porque yo no podía dar el más pequeño paso.

—Lo mejor será — dijo aquel Samaritano — que entremos en ese cuartel de milicias.

En efecto, enfrente había un cuartel de milicianos que ostentaba un letrero capaz de hacer temblar a cualquier cura por sano que estuviera: «Los Leones Rojos». Pero,

¿qué íbamos a hacer? Nos metimos en «Los Leones Rojos».

Me dieron una silla y me rodeó en seguida un buen número de milicianos. Acudió un sargento de Sanidad.

—¿Qué te pasa?

—Esta pierna, que no la puedo mover.

Me levantó el pantalón y quedaron todos asustados. El hueso se había quebrado como una caña seca y se veía perfectamente a través de una enorme herida por la que se escapaba una gran cantidad de sangre.

Me acobardé más de lo que estaba. ¡Una pierna rota! ¡Y solo, de noche, en medio de «Los Leones Rojos»!

No obstante, hablaba tranquilamente con los milicianos explicando el accidente. Uno de ellos no pudo menos de exclamar.

—¡Muchacho, qué valor tienes! ¡Con los huesos fuera y estás como si tal cosa!

Sí que tenía algo de valor, pero no tanto como ellos creían. La verdad es que yo no sentía el más pequeño dolor, cuando ellos suponían que sufriría los dolores más insoportables.

El sargento, después de mirar y remirar la herida, concluyó:

—Aquí no se te puede hacer nada. Voy a ponerte una goma compresora para que no te desangres y te llevaremos al puesto de la Cruz Roja de la calle de Fuencarral.

Yo no dije nada. Dejé hacer. Me llevaron en una camilla cuatro milicianos. No podían sospechar que — casi en andas — llevaban sobre sus hombros un cura de los que estaban matando a montones. Aunque algunas veces parece que lo sospechaban y perdían el compás de la marcha, produciéndome ya bastante dolor.

En la Cruz Roja, dos médicos que me examinaron la pierna, opinaron también que allí no se podía hacer nada.

—Esto tiene que ser en el hospital. Nosotros le vamos a entablillar la pierna y avisaremos una ambulancia que le lleve.

Yo tampoco dije nada. Me dejaba llevar, pluma al viento, al viento huracanado que azotaba aquel Madrid de pesadilla.

Me metieron en una ambulancia y, ¡al hospital! Y me nos mal que todo el trayecto estaba asfaltado, porque en los pocos metros adoquinados que atravesábamos, o cuando cogíamos algún bache, sentía ya agudísimos dolores.

## CAPITULO XV

¿ME VA A OPERAR ESTE ESTUDIANTILLO? —  
¿SEÑOR, ASI PAGAS A TUS SIERVOS?

El Hospital Central de la Cruz Roja estaba entonces instalado en el edificio de la Maternidad, en la calle de O'Donnell, porque el antiguo estaba casi en la misma línea de fuego. Allí fuí a parar a la cama número nueve de no sé qué sala. Moral y materialmente deshecho. Agustina, la bondadosa enfermera, me acomodó lo mejor que pudo.

—Mañana le harán la operación que necesita. Ahora a descansar.

Bien lo necesitaba. En reposo y con la pierna entablillada, no sentía grandes dolores, aunque ya un lento dolor no me abandonaba. Pero aquel dolorcillo, con el cansancio y agotamiento que sufría, seguramente no me impediría dormir o, por lo menos, descansar. Cerré los ojos. ¡Qué placer sentía al encontrarme — después de tanto doloroso traqueteo — tranquilo, por fin, y cómodamente instalado en aquella mullida cama!

¡Pero, qué poco me duró! No habían pasado diez minutos cuando vi acercarse a mi cama a un joven con bigotito recortado y una bata blanca sobre sus hombros. Juzgué que sería un estudiante de Medicina, interno en aquel hospital, que se daría una vuelta por la sala antes de retirarse a dormir. Agustina le informó sobre mi caso diciéndole que el Dr. X — el que me había examinado al entrar — había dicho que mañana me harían la operación. El estudiante levantó la sábana y me cogió la pierna herida. La miró, la remiró, y cuando yo estaba más tranquilo, apretó fuertemente mi maltrecha pierna, produciéndome un

dolor intolerable. Repitió la operación otras dos veces, cada vez con mayor dolor por mi parte, que no tuve más remedio que gritar, por más esfuerzos que hice para evitarlo.

—No se puede dejar para mañana — exclamó —. Tiene que ser ahora mismo. Que preparen el quirófano. Que avisen al Dr. X.

Yo me quedé preocupado. ¿Qué habrá visto este estudiante para meter tanta prisa?

A los pocos instantes me encontraba en el quirófano, tendido en la cama de operaciones. Como ya los enfermos se hallaban durmiendo, casi todos los médicos, practicantes y enfermeras que ya no tenían nada que hacer, habían acudido a presenciar la operación. El quirófano estaba lleno de gente.

—¡Pero, bueno! — dije de pronto, alarmado —. ¿Me va a operar este estudiantillo?

Por las trazas, así era. Los preparativos que hacía, las órdenes que daba, no dejaban lugar a dudas. ¡Esto ya era demasiado! Estuve por salir de mi inerte pasividad, por protestar, por preguntar a lo menos qué clase de «doctor» era aquel que me iba a operar... ¿Pero conseguiría algo? Sabía que no era infrecuente el caso y que nadie decía nada. Recordé que ¡un cura!, estaba haciendo de médico. ¡Este, a lo menos, habrá pasado por San Carlos!

Seguí sin decir nada. Dejé hacer. Me puse en las manos de Dios... y me puse en las manos de aquel estudiantillo...

Me pusieron una inyección de raquianestesia. Con la sábana levantaron una pantalla ante mis ojos para que yo no pudiera presenciar la operación. Yo procuraba — ya que no podía ver — escuchar las explicaciones que iba dando el estudiantillo, pero sólo cogía palabras sueltas que no me decían nada. No obstante, por el tono con que hablaba y alguna atinada observación que le escuché, empecé a creer que sabía lo que se traía entre manos y ya me pareció menos joven que al principio. ¿Quién sabe?

Al día siguiente, ya en mi cama, expuse a la bondadosa Agustina mis temores con respecto a la personalidad científica de aquel estudiantillo que me había operado.

—¡Pero si es don Cecilio González, el director del hospital! ¡Menudas manos tiene! En materia de huesos no creo que haya mejor.

Aquello levantó mi moral. Y como en la guerra, en una enfermedad la moral lo es todo. Me habían escayolado

la pierna, suspendiéndome el pie de un trapecio levantado a los pies de la cama.

De una gruesa aguja con que me atravesaron el calcañal colgaban unos ladrillos cuyo número aumentaba o disminuía según indicaba don Cecilio. Allí estaba inmobilizado boca arriba, sin poder siquiera ladearme a un lado. ¡Aquello era un suplicio chino!

Menos mal que, en compensación, la comida mejoró para mí en términos inimaginables. A la mañana siguiente se presentó la enfermera con una bandeja en la que humeaba un enorme tazón de café, de auténtico café, y un más enorme pedazo de pan, blanco y tierno, como no se conocía fuera de aquel hospital.

—Ha dicho don Cecilio que como usted no tiene fiebre ni ninguna anormalidad, le demos de comer como de costumbre.

—Sí, pero esto no es como de costumbre. Porque del café he perdido la memoria, y esta cantidad de pan no me la daban a mí en una semana entera.

—Usted coma todo lo que quiera, que aquí hambre, desde luego, no ha de pasar.

Seguí su acertado consejo y di fin de todo aquel pantagruélico desayuno, con un poquito de rubor por mi voracidad a la vista de la enfermera. Pero ésta estaba bien acostumbrada. Lo mismo les pasaba a todos los que entraban en aquel oasis de abundancia en medio del desierto, famélicamente abrasador, de la Zona Roja. A mediodía recibí la misma visita y la misma bandeja. Y en ésta, un gran plato, con colmo, de riquísima paella salpicada de muslos y trozos de carne de pollo, otro plato que desaparecía bajo el tupido velo de dos enormes lonchas de jamón y otro, más pequeño, con pedazos de turrón. Por la bandeja, desaparecidos, plátanos y naranjas. Yo creía que estaba soñando. Cuando se lo contaba después a las visitas que me fueron llegando, el comentario era en todos el mismo: Era cosa de romperse una pierna para venir a aquel hospital. Sí. ¡Si no fuera por aquel maldito trapecio!

Entre las visitantes fueron dos religiosas de Fernández de la Hoz. Después de relatar el accidente que me costó la fractura de la pierna continué, bromeando:

—Se conoce que ustedes han pedido a Nuestro Señor que me pague los pequeños servicios que les he hecho, con la Cruz, que es el mejor regalo suyo, según dicen los santos. ¡Pero, caramba, que yo no soy santo!

—No, no. ¡Al revés! — protestó una de ellas —. Yo fui en seguida a quejarme a Nuestro Señor, y le dije: Señor, ¿así pagas a tus siervos?

Gracia me hizo y me emocionó al mismo tiempo la ingenua salida de la monjita. Porque estoy seguro de que así lo hizo.

Y no dudo que Nuestro Señor acogería con agrado aquel exceso verbal de familiaridad, obra exclusiva de la caridad de aquella esposa suya. Y espero que aquella queja la recibiría como una oración fervorosa por aquel siervo, no ya sólo inútil, sino inutilizado por añadidura.

---

## CAPITULO XVI

### HAY DIOS, AUNQUE NO LE GUSTE A UN MILICIANO DEL CAMPESINO. — EL SITIO DE LA FELICIDAD

A todo esto, mi pierna fué mejorando desde el primer día. La fiebre no se presentó. La cabeza estaba despejada y gozaba de un buen estado general. Por esto mismo me era más penosa aquella sujeción del dichoso trapecio y mi obligado aislamiento, ya que la comunicación con los enfermos de las otras camas había de ser a voces, cosa que siempre me ha producido «alergia», aunque entonces no lo sabía.

Muy pronto me di cuenta de que las enfermeras no eran rojas. Ellas debieron observar también que yo no tenía nada de rojo y empezaron a hablar conmigo con libertad. Pero sólo conmigo de aquel dormitorio.

Porque una de las características de aquel ambiente era que allí nadie hablaba con libertad. Hablaba, sí, con libertad, aquel miliciano del Campesino que estaba en la cama 12 de mi sala, o aquel otro que, en la sala vecina, daba estentóreas voces de júbilo cuando escuchábamos por la radio las victorias de los rojos sobre los italianos en Guadalupe. Hablaba algún otro así. Pocos. Nadie les contradecía, pero sus palabras tampoco encontraban eco en los demás. Un silencio general las acogía. Todo lo más, una aprobación formularia que a la legua se conocía forzada. Allí nadie hablaba sino de sus quehaceres o de cosas insignificantes. De la guerra, nadie. De política, nadie. De religión, menos. Parecía que vivíamos en la luna.

Sólo yo un día me descuidé un poquito. Un muchacho que ocupaba la cama núm. 2, tenía la costumbre de visi-

tarme siempre que podía levantarse a dar un paseíto por la sala con sus muletas. Se sentaba a mi lado y nos poníamos a charlar. Ese día no sé de qué hablábamos, que el muchacho terminó así una vez:

—Porque es que si no, tendríamos que creer que hay Dios, como dicen los facciosos.

—A ver, ¡y le hay! — dije yo con la mayor naturalidad —. Eso no es cosa de facciosos o republicanos.

La cara de sorpresa que puso el muchacho me advirtió — un poco tarde — de las circunstancias que me rodeaban.

—Ah, ¿de modo que tú crees también eso de que hay Dios?

—¡Pues claro! ¡Como tiene que creerlo todo el que piense un poco! Mira...

Y le solté, una tras otra, todas las pruebas de la existencia de Dios, durante un buen rato que el muchacho soportó heroicamente. Hablaba ya en voz baja, procurando que no me oyeran los de las otras camas. Pero al otro día me convencí de que esto no lo había conseguido. Cuando el muchacho cogió sus muletas para hacerme la acostumbrada visita, el miliciano del Campesino le llamó a voces, con mezcla de indignación y de ironía burlona:

—¡Oye, dos! No vayas con el nueve, que te va a vencer de que hay Dios.

Y no era muy mal muchacho el del Campesino. Pero era muy bruto. Carecía de toda instrucción y de la educación más elemental. Tosco, tosco, tosco, le repelía por naturaleza todo lo que fuera delicadeza, cortesía, buenas formas. A mí no me era antipático aunque parecía que yo no pensaba más que en hacerle cosas desagradables. Lo de la prueba de la existencia de Dios no le había gustado nada, pero a los pocos días le hice otra que, seguramente, le molestó algo más.

Nos visitaron dos «compañeras» de la Juventud Socialista Unificada. Fueron cama por cama hablando con los enfermos y repartiendo «estampitas» de Pablo Iglesias. Cuando llegaron a mi cama, les dije que tenía un gran dolor de cabeza, que estaba medio mareado. Cerré los ojos y «no me enteré» del ofrecimiento de la estampita. El del Campesino, en cambio, las recibió con gran alegría porque en aquella visita vió la ocasión de poner remedio a una costumbre del hospital que le traía a mal traer.

—Aquí las enfermeras — denunció a las visitantes —

cuando las necesitamos para algo, nos hacen llamarlas señoritas.

—Ya no hay señoritas —dijo una de las jóvenes—. Eso era antes. Ya no hay más que camaradas.

—Eso digo yo —exclamó con alborozo el del Campesino—. Y las debemos llamar camaradas, ¿verdad?

—¡Claro, claro! —contestó la joven socialista—. Hay que llamarlas lo que son.

—Ya lo sabéis —dijo el del Campesino, dirigiéndose a nosotros en voz alta—. Desde ahora hay que llamarlas camaradas.

Apenas se marcharon las visitantes, entró una enfermera en la sala.

—¡Camarada! —se apresuró a llamarla el del Campesino—. Un vaso de agua.

La enfermera se extrañó un poco ante aquel «camarada» desacostumbrado, pero no dijo nada y salió por el vaso que se le pedía. Yo estuve esperando a que se alejara de nosotros y cuando ya estaba cerca de la puerta, la llamé con todas mis fuerzas:

—¡Señorita! Un vaso de agua.

El del Campesino me miró furibundo.

—¿Qué es eso de «señorita»? ¿No se había quedado en que había que llamarlas camaradas? —refunfuñó con los de las camas vecinas.

Pero yo remaché el clavo para que no se aflojara. Aprovechando que la enfermera se entretenía algo en no sé qué, repetí con más fuerza, si cabe, como si estuviera impaciente:

—¡Señorita!

Y no fué esto lo peor. Sino que el «dos», que se había dado cuenta de todo, siguió mi ejemplo, y luego los demás también por rutina y ya no volvió a haber en la sala más «camaradas».

Con todo esto me distraía y la vida no se hubiera pasado mal sin el maldito trapecio que me obligaba a aquella inmovilidad, boca arriba, que era ya desesperante.

El día que pueda dormir echado a la derecha o a la izquierda, pensaba yo muchas veces, seré un hombre feliz. Y lo creía sinceramente, porque a mí me parecía entonces que un hombre que puede dormir así tiene todo lo que se puede desear. ¿Qué le falta? Pequeñeces, detalles insignificantes y accesorios. Cuando pude dormir echado a la derecha o a la izquierda, según mi soberana voluntad, puse

la felicidad en poder andar, en poder moverme de un lado para otro, aunque fuera con muletas. Y también lo creía sinceramente. Después vi que la felicidad estaba en tirar las muletas y después el bastón. Y cuando pude andar y correr sin muletas ni bastón me encontré con que la felicidad no aparecía por ninguna parte. Es decir, sí que aparecía, pero delante, un poquito delante siempre. Hasta que me convencí de que ese es el sitio de la felicidad. Y dejé ya de buscarla.

Pero entonces no sabía yo todo esto. Anhelaba poder moverme, aunque fuera con muletas. Y aunque esta felicidad tenía ya — aún no alcanzada — una leve nubecilla que la envolvía quitándola mucho de su esplendor. La entrega de las muletas llevaba consigo, casi automáticamente — en la misma cama de operaciones D. Cecilio intimidaba la orden — la salida del hospital, es decir, la pérdida de aquella cama y aquella espléndida comida. Y, no sé, pero la comida en casa del señor Mariano no sería muy apetitosa ni abundante porque hacía más de un mes que yo había salido de allí y entonces era ya una deslabazada entelequia...

Pero el tiempo corría y la pierna mejoraba. Y un día dispuso D. Cecilio que me llevaran al quirófano para quitarme la escayola. Eran las nueve de la mañana y ya vi esfumarse la comida del mediodía. En el quirófano me quitaron la escayola y me pusieron otra, ya sin aguja, y me entregaron las muletas que el «dos» había dejado para mí el día anterior. Contra lo que esperaba — lo que temía —, D. Cecilio no me dijo nada de salir. Me volví a mi cama y me senté en ella esperando que una enfermera me llevaría la temida orden de salida. Pasaba el tiempo y la orden no llegaba. ¡Y la hora de la comida se acercaba! «Yo creo que ya sí que como hoy también aquí», me decía con la más risueña esperanza. Y entre la esperanza y el temor — como la vida toda — pasó aquella mañana. Hasta que apareció la enfermera con su gran bandeja repleta de buenos manjares. Y luego el muchacho que nos repartía después de comer la cajetilla de tabaco diaria.

Después de esto, a esperar otra vez la orden de salir. Y según se iba acercando la hora de la cena, la misma inquietud y la misma esperanza que por la mañana. Y al día siguiente, la misma operación, mañana y tarde. ¡Qué ridículas parecerán a muchos estas ilusiones y estas inquietudes! Sí, con toda seguridad, a muchos, a muchos. A todos

los que no saben lo que es tener la comida en el alero de un tejado.

Y la orden de salir que no llegaba... Yo no sabía qué opinar de aquello. ¿Si se habrá olvidado de mí? Al tercer día, por la mañana, me llamó D. Cecilio.

—Usted habrá observado que aquí, en cuanto a un enfermo se le quita la primera escayola se le despide.

—Sí, ya lo he observado. Y yo ya, en vista de que nada me decían, había decidido venir hoy a hablar con usted.

—Bueno, pues si usted tiene donde ir, se marcha. Y si no tiene donde ir, se queda aquí todo el tiempo que sea.

Me quedé sorprendido: «Si no tiene donde ir.» Y por qué puede sospechar D. Cecilio que yo no tengo dónde ir? Le agradecí su atención y le manifesté el trabajo que me costaba ocupar una cama cuando veía que a muchos enfermos tenían que ponerlos por los pasillos con un colchón en el suelo, pues por estar en plena ofensiva del Garabitas, entraban milicianos a montones. (¡Y se quedaron sin el Garabitas!)

—Es verdad — confirmó D. Cecilio —. Estamos sin poder atender a la mitad de los que vienen. De todos modos, si usted no tiene dónde ir, puede continuar todo el tiempo que quiera.

Volví a manifestarle el trabajo que me costaba ocupar una cama que tantos necesitaban e insinué mi ingreso en uno de los dos hospitales de convalecientes que tenía la Cruz Roja.

—En cualquiera de los dos puede ingresar. ¿Cuál prefiere?

Uno estaba en la calle de Hortaleza y otro en la de Martínez Campos. Este fué el que elegí porque estaba en zona no castigada por los obuses.

—Pues a las once tiene que ir allí el comandante Bolaños. Puede ir usted con él.

Y a las once salí del Hospital Central de la Cruz Roja, en un estupendo coche.

## CAPITULO XVII

### UNA COMUNISTA «DE LAS BUENAS». — ¿HAN MATADO A TODOS LOS CURAS?

El Hospital de Convalecientes era el colegio que las HH. de la Caridad francesas tenían en el paseo de Martínez Campos. Cuando la horda roja se apoderó de Madrid, aquellas religiosas se vistieron de enfermeras, arrimaron contra la pared las vitrinas llenas de plantas y pájaros disecados para las clases, pusieron en medio las camas de las alumnas, y ¡ya está un hospital! Para una H. de la Caridad no debe de ser difícil saltar de profesora a enfermera, así que este cometido lo desempeñaban a la perfección. Pero se les conocía a la legua que eran religiosas. Aquella modestia... Aquel espíritu de sacrificio. Todo el mundo lo veía. Menos los milicianos, los pocos milicianos que allí estaban para despistar, pues la mayoría de los enfermos éramos emboscados. Pero algo veían ellos también.

Un día estaban en la sala tres milicianos hablando de política. Andaba por allí una religiosa, digo, una enfermera en sus quehaceres y la quisieron meter también en la conversación.

—Y usted qué es, Josefina? ¿A qué es usted de la C.N.T., verdad que sí?

—No. Usted es comunista, ¿verdad?

—¿Comunista? — contestó Josefina, preguntando cómo los gallegos —. ¿Comunista?

Pero no se daba respuesta concreta ninguna, dejando la pregunta flotando al aire fresco de la mañana.

Y un miliciano joven que estaba en una tienda de flores de dependiente, dió una respuesta que me impresionó.

—Usted es comunista. Pero de las buenas.

Mira cómo este muchacho ve también algo, algo que no acaba de ver claro del todo. Le llamé a mi cama.

—Siéntate un rato conmigo, hombre, que estoy muy aburrido. Ya veo que estáis de conversación con Josefina. Oye, ¿tú eres comunista?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

Se conoce que yo me había hecho algo gallego también, como Josefina, y, sin contestar, continué preguntando:

—¿Y conoces muchas chicas comunistas?

—Figúrate, ¡muchas!

—¿Y por qué dices que Josefina es comunista «pero de las buenas»? ¿Es que las otras no son buenas?

—Hombre... hay de todo, como comprenderás. Pero ésta es mejor, no cabe duda.

—¿Y por qué crees tú que Josefina es mejor que las otras?

—¡Qué preguntas! Porque es así. ¡Cualquiera sabe el por qué! Tú tampoco lo sabes.

—Yo sí que lo sé.

—¿Por qué?

—No te lo digo. Pero lo sé. Y no creas, me dan ganas de decírtelo y luego llamarte animal. Pero bueno... te lo llamo sin decírtelo.

Y así continuamos bromeando un rato y yo me quedé con las ganas de dar una lección práctica de apologética a aquel joven comunista que no tenía nada de lerdo:

Pero no podía ser. En zona roja había que quedarse muchas veces con las ganas de decir algo. Como me quedé uno de aquellos días con las ganas de decir que era sacerdote, aunque ahora ya sin intención apologética...

Estaba yo ansioso de gozar algo de la libertad «no comparable al oro ni al bien mayor de la espaciosa tierra», después de aquella espantosa esclavitud de mes y medio con la pierna sujeta por aquel inolvidable trapecio, y salía de vez en cuando a dar un paseo por Madrid cuando el cielo estaba sereno, quiero decir cuando no caían obuses, aquellos antipáticos obuses tan desagradables. Como andaba con mucha dificultad con mis muletas y mi pierna escayolada, tomaba con frecuencia el metro o algún tranvía. Los viajeros me tomaban por un herido de guerra y me cedían los asientos, aunque yo —desagradecido— los rehusaba y procuraba manifestar que yo no tenía nada que ver con los milicianos heridos. Aquel día venía el tranvía abarro-

tado. Me ofrecieron pasar al interior del coche, pero no acepté y me quedé en la plataforma posterior. A mi lado, pegándose conmigo, quedaron dos jovencitos en animada conversación. Como estábamos tan juntos, yo no perdía una palabra, aunque hablaban en voz baja. De pronto, uno de ellos cortó la conversación.

—Oye —dijo al otro, hablando en voz aún más baja que antes—. ¿A que no sabes lo que me ha parecido ver ahora? ¡Un cura!

Y señaló la plataforma anterior, donde alguien le había dado esa impresión. El otro miró donde le indicaban, pero sin mucho interés.

—Tonto, si ya no hay ninguno. Los han matado a todos.

—Ya lo sé. Si es que me había parecido así a primera vista, pero ya sé que los han matado a todos.

Cómo pensar que, pegadito a los dos, había un cura que los estaba escuchando. Con qué ganas me quedé de haber tirado a uno de la chaqueta y haberle dicho al oído:

—Aquí hay uno todavía, aunque sea con una pierna de menos.

En el hospital llamaba la atención la gran cantidad de visitas que recibía. Lo que no sabían todos es que iban a confesarse conmigo casi todas ellas. Era muy rara la visita que no era de confesión. Pero desde luego, había algunas. Y una diaria.

Era un médico, amigo mío desde los tiempos de Universidad. Nos encontramos un día de aquellos en la plaza de Chamberí. Cuando le dije que estaba en aquel hospital, me preguntó qué tal comíamos en él.

—Regular. Pero ahora comer regular es ya bastante para estar contento.

—Y pan, ¿os dan bastante pan? ¿Os sobra algo?

—Sobrarnos no, pero nos dan lo suficiente para quedar satisfechos y dejar alguna vez algún coscurro, aunque desde luego pocos.

—Oye, ¿me podías guardar esos coscurros que te sobran?

Me le quedé mirando con estupor. Sabía que se pasaba mucha hambre en Madrid, pero...

—Si no es nada... algún pedacito de miga, alguna cosita insignificante que nadie puede aprovechar.

—Yo sí que puedo aprovecharlo. Tú guárdamelo y yo vendré todos los días a recogerlo.

Y todos los días venía a recoger los pocos coscurros que

yo podía reunir de las sobras de los enfermos. Y se marchaba tan contento.

Las muchas visitas me distraían y, por otra parte, me obligaban a estar casi siempre en mi cama, que era entonces mi confesonario, el confesonario tal vez más cómodo de que haya memoria. No salía de mi sala sino para ir al comedor. Fuera de mi sala, apenas hablaba con nadie del hospital. Sólo trataba algo más, por su carácter comunicativo, con un joven que en seguida entablaba conversación con todo el mundo. Era sobrino del general Pozas, ministro de la guerra con los rojos, e hijo del Teniente Coronel del mismo apellido, ayudante del general Mola, con el que pereció en el trágico accidente del avión. Allí estaba el pobre muchacho emboscado, con una cojera que no se curaba nunca. Un día, Pepita Moreno que me visitaba y le había saludado varias veces le felicitó porque se veía que ya andaba mucho mejor.

—¡Si ya puede usted tirar el bastón! —le dijo por animarle.

—¡Por Dios, Pepita! — me apresuré a decirle —. No diga usted eso nunca a ningún enfermo de aquí. Este es el mundo al revés. Aquí el ideal de todos los enfermos es no curarse jamás.

Como que allí se estaba libre de los rojos, no caían obuses, ¡y se comía! En la zona roja, un verdadero paraíso.

---

## CAPITULO XVIII

LA POLICIA AL ACECHO. — ¡ES QUE SON MONJAS! — TU SI QUE NO SABES EL HAMBRE QUE TENGO YO

Pero estaba de Dios que a mí me duraran poco los paraísos. Un día recibí la visita de dos religiosas de Fernández de la Hoz que, después de confesarse, me rogaron que fuera a confesar a la Superiora que se había lesionado un pie y no podía ir al hospital. Accedí a ello, cogí mis muletas y me encaminé muy despacito a aquel dichoso «convento». Se confesó la Superiora y después estuve un rato hablando con ella y con la religiosa que se había quejado a Nuestro Señor cuando me rompí la pierna.

La Superiora se quejaba de los vecinos, que habían propalado la especie de que en aquella casa se decía misa.

—Y ya ve usted, aquí no se ha celebrado misa ninguna vez. Eso es completamente falso.

—Será falso y todo lo que quiera, Madre — le dije, ya alarmado —. Pero es muy peligroso que empiecen a decir falsedades de una casa. Y desde luego, si yo sé esto, no hubiera venido aquí esta tarde.

Se deshicieron en excusas y me dieron toda clase de seguridades, sobre todo la otra religiosa que debía de creer que a Nuestro Señor, después de la regañina que le dirigió cuando lo de la pierna, no le quedarían ganas de volver a permitir que me ocurriera algo malo al salir de su casa. Siempre se anima uno algo cuando le animan, pero yo no las tenía ya todas conmigo. Me despedí de las religiosas lleno de temores.

Que se confirmaron apenas puse el pie en el umbral de la calle. Allí, en la esquina de enfrente, divisé al cazador

que estaba de espera. No traía escopeta ni perro, pero la pieza que esperaba se encontraba malherida y no se podría escapar. Era un policía joven, rubio, con los ojos muy azules, de cara algo aniñada y de palabras empalagosamente dulces. Avanzó en seguida hacia mí. Me pidió, muy cortésmente, la documentación. Saqué mi cédula personal, de León, y seguro de que no me serviría para nada, se la entregué. No esperaba él aquella documentación y se quedó algo sorprendido al ver una cédula personal, auténtica sin duda alguna, con una profesión de abogado, sin duda alguna, auténtica también. Pero llevaba bien aprendida la lección. ¿Qué le importa a un policía una cédula más o menos para que cambie el plan que lleva bien decidido? Venía decidido a detenerme y me detendría. Como fuese y por lo que fuese.

—Esta firma... —dijo al cabo de un rato— no está muy clara. Yo no sé... venga usted conmigo a la comisaría y el Comisario podrá examinarla mejor que yo. ¡Un momentito nada más!

—¡Ya ya lo sé! —dije yo con un poquito de «retintín».

Porque yo también me sabía la lección. Sabía lo del momentito, lo de la firma, lo de otra menudencia cualquiera. Sabía que todo eso era la antesala de la cárcel o del asesinato. Y sabía también que, llegado el caso, no había más que resignarse ante lo inevitable. Sobre todo yo que apenas podía arrastrar la pierna escayolada.

Seguí al policía, relativamente tranquilo. ¡Había llegado lo que tenía que llegar! ¡Demasiado había tardado! Sólo me indignaba un poco la inadvertencia de las monjas, que no me dijeron en el hospital nada de lo que después me dijeron en su casa ¡cuando ya era tarde! Aunque bien veía que las pobres no tenían culpa alguna. Bastante lo sentirían cuando lo supieran... si llegaban a saber algo de mí!

En la comisaría, pasamos a una sala grande donde había otros detenidos y un policía con ellos. A poco llegó el Comisario y fué preguntando la causa de las detenciones.

—¿Qué ha hecho éste? —dijo señalando a un muchacho con cara de... lo que era.

—Ha robado una cartera en el tranvía —dijo el policía.

—¿Y éste? —preguntó el Comisario señalándome a mí.

Habló entonces mi policía de cara aniñada y ojos azules:

—Este salía del número 72, de la calle de Fernández de la Hoz.

—Bueno, ¿y qué? — se extrañó el Comisario.

Se le acercó entonces el policía y le dijo al oído, con voz muy baja, aunque yo, que agucé el oído, pude escucharlo bien:

—¡Es que son monjas!

Demasiado sabía yo que me habían detenido por confesar. Pero ahora tenía la confirmación oficial, aunque secreta. «Es que son monjas», o lo que es lo mismo: es que éste es un sacerdote que salía de confesar a unas monjas. Claro que esto no lo dirían ellos nunca. Dirían cualquier cosa, darían cualquier pretexto para mi detención. Pero ellos y yo sabíamos la verdad. Y Dios también la sabía.

Un carcelero cojo y viejo, me condujo a través de un largo pasillo. Luego empezamos a bajar una escalera estrecha que se hundía en el suelo sin acabarse nunca. En el fondo había una puerta de hierro, muy chica, cerrada con una llave muy grande de la que colgaban por una fuerte cadena otras tres llaves también muy grandes y pesadas. Era ya muy de noche. Con todo esto yo tenía un miedo cervical. Tuve que pensar para alentarme, que aquello no era una mazmorra de la edad media ni una checa comunista, sino una comisaría de policía donde no podían tener lugar los atroces suplicios que aquel escenario estaba pidiendo a voces. Con todo, el miedo no desaparecía por completo y cuando el carcelero desechó la llave con un áspero chirriar que parecía un gemido concentrado, mi imaginación voló a las más trágicas historias de tormentos y me vi convertido en uno de sus personajes.

Los que hicieron desaparecer mi miedo fueron los cinco compañeros que encontré en aquella estancia desmantelada y sucia en que me encerraron. Gente alegre, desvergonzada, acostumbrada a comisarías. Jugaban, reían, cantaban como pudieran hacerlo en una verbena. No les impresionaba, poco ni mucho, la estancia en aquellos lugares que a mí me impresionaba tanto. Sacaron un poco de comida y me ofrecieron cortésmente. Aunque insistieron repetidamente, yo no acepté suponiendo que darían algo, fuera lo que fuera, en la comisaría. Pronto me convencí de que estaba en un error y que había que pasar aquella noche de turbio en turbio, sin cenar y sin dormir.

A la mañana siguiente, aún esperaba que me dieran algo de desayuno. ¡Qué verdad es que la esperanza es lo

último que se pierde! Y contra toda lógica, a lo menos en mi caso. Porque si se les había olvidado la noche anterior que había que cenar ¿cómo se iban a acordar ahora de esa menudencia del desayuno? El hambre empezaba ya a dar voces estridentes. Pero esas voces las escuchaba yo solito. Por eso, lógicamente, no me dieron nada para acallarlas.

Lo que me dieron fué la orden de abandonar aquel domicilio tan poco acogedor. A las nueve de la mañana un coche me esperaba a la puerta de la comisaría. El chofer era la persona de más fea y siniestra catadura que he contemplado en los días de mi vida. Feísimo por naturaleza, aún realzaba su fealdad un chirle enorme que le cruzaba toda la cara de arriba abajo. No sabía a dónde me llevaban, pero aquel hombre, juzgaba yo que no podía llevar a nadie sino al infierno. Por aquella vez parece que se equivocó, aunque no mucho, y me dejó en la Dirección de Seguridad nueva, a lo último de la calle de Serrano. Me metieron en una gran nave con muestras de haber sido un garage, bastante poblada de delincuentes comunes y mujeres de vida airada. Allí se cumplieron las veinticuatro horas en que nada había pasado a mi estómago, sólido ni líquido, frío ni caliente. Pero allí nadie se enteró de que este pobre cura llevaba veinticuatro horas sin comer. O si se enteraron, juzgaron, con razón, que el ayuno es una de las cosas más recomendadas por los Santos Padres y que nada era más apropiado para un sacerdote; por eso dejaron pasar la hora de la comida sin ponerme en la tentación de quebrantarlo.

Así pasaron también las larguísimas horas de aquella tarde hasta que, ya de noche, me volvieron a meter en otro coche lleno de presos y me llevaron a la Dirección de Seguridad vieja, en la calle de las Infantas.

A la media hora de estar allí, uno de los compañeros de excursión, que estaba hablando con un chiquillo, me llamó:

—Oye, este muchacho dice que aquí dan de comer un poco de arroz.

Le escuché con indiferencia, hija de la incredulidad. Porque aunque es verdad que la esperanza es lo único que se pierde, yo ya la había perdido por completo y juzgaba que los rojos creían que el comer (los demás) era uno de los prejuicios burgueses que ellos estaban arrancando de raíz.

—¿Qué sabe este muchacho? — dije, por decir algo.

—¿No lo he de saber — contestó el chiquillo de mal talante — si estoy aquí todo el día para hacer los recados?

Aquello ya era otra cosa.

—¿Y es verdad que dan arroz? —dije con la alegría del que llevaba ya treinta horas largas sin probar bocado.

—Sí, señor. Pero es muy malo y no se puede comer. Si usted quiere, le puedo traer algo de una taberna de aquí al lado, que es barata.

—Nada de eso. Comeremos arroz, ¿no te parece? —dije al compañero —. ¡Con lo que a mí me gusta el arroz!

—No lo podrá usted comer — insistió el muchacho que veía evaporarse la propina —. ¡Usted no sabe lo malo que está!

—¡Tú sí que no sabes — repliqué con toda mi alma — el hambre que tengo yo!

Lo supo bien pronto. En cuanto me vió devorar en un santiamén aquel arroz que no se sabe si estaba condimentado con petróleo o con lubricante del camión que nos había conducido.

«Aquello», al fin y al cabo, era comida. Me reanimó un poco y unido a las 48 horas que llevaba sin pegar un ojo, hizo el milagro de que pudiera dormir en un lecho de cemento duro y, — a pesar de ser noche de junio — frío. Y me molestó bastante cuando me llamaron a media noche para que pasara a un gabinete donde ya me esperaban un fotógrafo y un mecanógrafo.

El fotógrafo me hizo tres fotografías; una de frente y dos de perfil. El autor del crimen de Cuenca, sospecho que no tendría la cara de facineroso que yo debía de tener en aquellas fotografías, sin lavarme siquiera, despeinado, muerto de hambre y de cansancio.

Luego pasé a la Jurisdicción del de la máquina de escribir. No recuerdo ya lo que me preguntó. Supongo que serían las generales de la ley, que era lo único que ellos no podían poner de su cosecha. Pero en su máquina leí ya la causa «oficial» de mi detención: yo pertenecía a A. P. y visitaba las Embajadas.

Lo de A. P. no me extrañó nada. Algún pretexto habían de dar para la detención de un sacerdote y lo primero que a cualquiera se le ocurría era inscribirle en un partido político con fama de clerical. Me sorprendió, por el contrario, que supieran que yo visitaba las Embajadas. ¡Pobres monjas! ¡Ahora resultaba que no habían tenido arte ni parte en mi detención! ¡Que no me habían detenido porque su casa estuviera vigilada, sino que era yo, yo personalmente, el que estaba vigilado por la policía roja!

Señalé la línea en que se decía que yo pertenecía a A. P. y, con cierto temor por mi audacia, me atreví a decir, con voz muy baja, al mecanógrafo:

—Esto es mentira, ¿he?

El mecanógrafo se encogió de hombros y siguió escribiendo. Aquella actitud no supe cómo traducirla. Si por: «Ah, yo no sé nada. Yo escribo lo que me dicen, que es mi obligación», o por «¡Vaya una cosa que me dice usted! Ya sé que es mentira. ¡Si yo aquí no escribo nada más que mentiras!».

De cualquier manera, allí quedaba ya consignada la prueba oficial de que yo merecía los rigores de la prisión, en el mejor de los casos.

Después de esto yo ya no tenía nada que hacer allí. ¡A otra parte! A media mañana ya estaba yo encaramado en otro coche de la Dirección de Seguridad para cubrir otra etapa de aquella «Vuelta a Madrid» en la que, a mi pesar, me habían inscrito. No dejaba de inquietarme el lugar a donde me llevaran. Pero lo que deseaba sobre todo, era que fuera a un sitio definitivo, que terminara ya de una vez aquel continuo ir de Herodes a Pilatos que acababa con mis nervios.

Recorrimos todo el paseo del Prado y el coche paró ya bien entrada la ronda de Atocha. Al bajar del coche, reconocí el edificio; era el colegio de los Salesianos.

## CAPITULO XIX

### EN LA CHECA DE ATOCHA. — UN APERITIVO QUE QUITA LAS GANAS DE COMER Y UN POSTRE QUE DEJA MAL SABOR DE BOCA

Al entrar en el patio me sorprendió la gran cantidad de jóvenes que andaban por allí, la mayoría con camiseta de sport o con el torso desnudo. La primera impresión fué optimista y alegre. Juzgué que aquello sería un centro de preparación militar, una escuela de gimnasia o algo parecido. Lo que no comprendía del todo era la razón de que me metieron a mí allí, sin ser joven y con una pierna escayolada.

Al atravesar el patio me crucé con mi amigo Sanz, médico, con quien había convivido mucho tiempo en la Congregación de los Luíses de la calle de Zorrilla. Le iba a saludar muy contento, pero él, con voz apagada, sin mirarme siquiera, me advirtió con disimulo:

—Sigue, sigue. Que no te vean hablar conmigo.

Aquello me intranquilizó. La impresión optimista desapareció al momento, y me quedé perplejo, sin saber qué pensar de aquellos indicios tan contradictorios.

Por una escalera, honda y estrecha nos bajaron a un sótano bastante espacioso y allí nos dejaron libertad de movimientos. Al cabo de un rato bajó mi amigo. Me contó que estaba complicado en no sé qué complots o contrabando de armas y que estaba muy vigilado, por lo que creía que no me convenía a mí hablar con él delante de los «mandamases» de aquel lugar.

—Bueno, ¿y qué tal os tratan aquí? — le pregunté por decir algo, casi por rutina.

—¡Chico — me contestó Sanz —. Nos dan cada paliza...!

Me quedé paralizado por la sorpresa.

—¿Que os dan cada paliza? — repetí sin dar crédito a mis oídos —. Bueno, ¿pero qué es esto?

—Ah, ¿no lo sabes? Pues esto es una checa. La checa de Atocha. ¿No has oído hablar de ella?

¡Ya lo creo que había oído hablar de ella! De ella y de la de Bellas Artes, y de la de Fomento, y de la de... tantos sitios madrileños profanados — consagrados — por la barbarie comunista. ¡Ya lo creo que había oído hablar de ella! ¡Si no se hablaba de otra cosa en todo Madrid! ¡Si era el espectro que se levantaba ante todos los ojos en los momentos de peligro! Pero yo creía que ya no existían, que era cosa de los primeros tiempos. ¡Pero ya, al cabo de un año! Yo creía que el gobierno rojo, convencido de que eran contraproducentes, las había hecho desaparecer. ¡Y ahora resultaba que existían las checas! ¡Y que yo estaba metido en una de ellas! ¡Santo Dios!

Mi terror no tuvo límites. Un terror pánico que me quitaba el habla.

—Pero, bueno — insistí tartamudeando, con el deseo inconsciente de que Sanz se desdijera, de que yo no hubiera entendido bien del todo —, ¿y dices que... os dan cada paliza?

—Tremendas — confirmó implacable —. A mí me han dado ya tres, que no sé como puedo contarlos. Mira, cuando a eso de las dos o las tres de la noche oímos el teclear de la máquina de escribir, nos ponemos todos a temblar. No falla, A los pocos minutos se abre esa puerta de arriba y sentimos que bajan dos individuos. Los minutos son de una angustia que no sé cómo explicarte. Se corta la respiración. ¿A quién llamarán ahora? Llaman a uno y no te quiero decir. ¡Es una cosa de espanto!

—Bueno, ¿pero qué os hacen? — pregunté con tremenda ansiedad.

—¿Que qué nos hacen? Perrerías, salvajadas. Por ejemplo, te llevan a una sala donde están dos o tres individuos sentados ante una mesa como si fuera un tribunal. Enfrente hay una silla donde te mandan sentar para que prestes declaración. Cuando vas a sentarte, otro individuo que anda por la sala, te quita la silla por detrás y caes al suelo rodando. Entonces el que te ha quitado la silla empieza a darte golpes con ella en la cabeza, en el pecho, en todo el

cuerpo. Se levantan los otros y empiezan también a darte puñetazos y coces donde pueden, donde más daño te hagan... Quedas hecho un guiñapo. Sales de allí chorreando sangre, a lo mejor con la cabeza rota, con una pierna fracturada... ¡Es una cosa espantosa!

¡Y cobarde! — dije lleno de indignación —. Hay que ser muy cobarde para hacer una cosa así!

—De acuerdo. Pero no faltan esos cobardes. Y hay un ruso que se ofrece voluntario para hacer semejantes cobardías que a él, por lo visto, le producen gran placer — ¡qué alma tendrá más negra! — y ahí le tienes casi todos los días actuando de verdugo.

Yo estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo. ¡Dios mío, dónde he venido a parar! Pasó a nuestra vista un joven con un brazo en cabestrillo.

—Mira, ahí tienes uno que sacó un brazo roto de una paliza de esas. Por cierto, le voy a llamar; es sobrino de Serrano. ¡Tú te acordarás de Serrano!

Sí, sí, me acordaba. Mariano Serrano era también uno de los que más frecuentaban el local de los Luíses. Buen muchacho. Buen deportista. Jugaba de medio ala — entonces no había W.M. — en el equipo de la Gimnástica, y creo que era el capitán. Le había vuelto a ver, además, en la Embajada de Méjico. Se acerco el joven y Sanz me presentó como amigo de su tío. Creo recordar que aquel joven era marino. Confirmó lo que Sanz me había relatado y seguimos con la misma conversación, no sé si sàdica o, más bien, masoquista.

—Mira, ahora mismo hay una señorita que está, la pobre, sufriendo lo indecible. La tienen encerrada, completamente desnuda, en un cuchitril debajo de una escalera. No puede estar de pie porque el techo es más bajo que su estatura. Y para que tampoco pueda sentarse en el suelo para descansar de las palizas que la dan, le tienen constantemente encharcado de agua sucia y de orines. Así lleva no sé cuantos días: ¿Qué te parece?

¿Qué me iba a parecer? Mi cara debía de expresar tal espanto y temor, que el joven quiso, sin duda, animarme algo:

—Pero a usted no le retendrán aquí. Un sacerdote y con una pierna escayolada, no puede ser peligroso.

Le agradecí su buena intención. Pero no me tranquilicé lo más mínimo.

Tocaron a comer. ¿Quién comía después de aquel

«aperitivo»? Pero el «postre» que me sirvieron después, no desmerecía nada en su comparación. Se me acercó un joven que me saludó con mucho respeto:

—¿Usted ha estado en el hospital de la Cruz Roja, verdad?

—Sí. Allí estuve curándome esta pierna que tengo escayolada. ¿Ha estado usted allí también?

—Yo era uno de los donantes de sangre y le he visto a usted varias veces. Estaba usted en la cama 9 de la sala de huesos. ¿No recuerda de mí?

—No, no recuerdo. Pero, efectivamente, estuve en la cama que usted dice.

—Pues bien, yo quería decirle que aquí está el Dr. X. Tal vez usted no le conocerá porque no era de su sala, pero es médico del Hospital. Lleva aquí veinte días. Al llegar le dieron una paliza tremenda, pero, vamos, aunque todo magullado, andaba por aquí como andan muchos, ya lo habrá visto. Pero ayer le dieron otra que excede a todo lo imaginable. Ya no puede andar, ni moverse siquiera en el camastro en que le tienen. He podido encontrar un pretexto para verle y he quedado aterrorizado. Mire usted, yo creo que de ésta no sale.

Yo escuchaba con interés tan lamentable historia y compadecía al pobre Dr. X. aunque, tal vez, no tanto como a mí. Pero no comprendía por qué aquel joven había venido exprofeso para contarme aquellas cosas tan tristes, como si no tuviera bastante con lo que ya tenía dentro del cuerpo.

—Vengo a usted — me explicó, como si leyera mis pensamientos — porque hay que hacer algo por él. A ver si, por lo menos, puede salvar la vida.

¡Ahora lo entendía menos! No comprendía la parte que yo — dada mi situación — pudiera tomar en el plan que, caritativamente, hubiera concebido aquel joven.

—De modo — continuó — que si a usted le ponen en libertad, yo le ruego que vaya en seguida al Hospital y cuente todo lo que aquí pasa.

—¡Ah, vamos! Ya, ya lo comprendo. Pero ¿cómo iba yo a suponer que partía usted de la base de que me pusieran en libertad? Amigo mío, la libertad es una hermana cariñosa de la que me he despedido para mucho tiempo. Creo que no la volveré a abrazar hasta que en España «empiece a amanecer».

—No lo crea usted. Lo más fácil es que le pongan en libertad. Es un truco de esta gente que no está del todo

mal. Mire. De los detenidos, sólo unos pocos quedan aquí o los llevan a la cárcel. A la mayoría sólo les imponen una multa. La pagan y les ponen en libertad... hasta que les vuelven a echar la vista encima. Nueva detención y nueva multa, ahora con recargo, por reincidencia. Y así indefinidamente. Es un chorro incesante de dinero. ¿Qué le parece el truco?

—Me parece bastante práctico. Pero conmigo se llevarían un chasco. No pagaría la multa.

—Por nada del mundo haga eso. Pague si tiene el dinero; y si no lo tiene, lo pide, lo busca, sea como sea. Todo menos quedarse aquí una sola noche. Hágame caso.

Había en sus palabras tal acento de terror que me estremecí de nuevo. Habría que pagar la multa. Pero ¿cómo?

Mis fuentes de ingresos en zona roja habían sido dos y las dos estaban agotadas. En los primeros días salvó mi situación una modesta Cartilla de ahorros que tenía en el Banco Hispano Americano de Toledo. No podía ir yo a Toledo, pero en la central de Madrid me entregaban las pequeñas cantidades que necesitaba. Siempre he sido un poco enemigo de los Bancos por... lo que todos; no siendo un San Francisco de Asís, necesitamos dinero... y lo tienen ellos. Pero ahora no tengo más remedio que confesar que la existencia de aquel Banco salvó mi vida mientras Toledo estuvo en nuestra zona.

Después fueron los fieles, a cuyas casas iba a confesar los que subvenían generosamente a mis necesidades. Pero desde que me rompí la pierna casi no entraba un céntimo en mis flácidos bolsillos. ¿Cómo iba a pagar la multa si me la imponían? Paradójicamente, para mí no había más salvación de la cárcel.

Muy ajeno a mis preocupaciones, el joven volvió a la carga con su proyecto. Me dió el nombre de una enfermera para que yo la informara de todo y quedé comprometido a hacerlo así.

—De todos modos, amigo, dé a los demás detenidos el mismo encargo, porque yo tengo la esperanza — antes hubiera dicho el temor — de ir a la cárcel.

—Ya, ya lo he hecho. Ayer mismo se lo encargué a uno y hoy ya se lo he dicho a otros dos, pero a todos no se les puede decir; han de ser personas de toda confianza.

—¿Y yo soy persona de toda confianza?

—¡Por Dios, padre! ¿No lo va a ser un sacerdote?

—¡Un sacerdote! ¿Usted sabe que yo soy sacerdote?

—Sí, padre — contestó con una sonrisa un poco burlesca —. ¡En el hospital lo sabíamos todos! Todos... los de confianza, claro!

—¡Ah, vamos! ¡Ya decía yo que don Cecilio...!

No todo había de ser desagradable en aquel sitio. Allí recibí una buena noticia: ¡había caído Bilbao! Aunque ya se esperaba, la noticia, dada en firme por Salamanca, nos llenó a todos de alegría.

—Lomalo es — dijo uno — que a lo mejor éstos reaccionan aumentando las torturas en las checas.

—No, hombre, se acobardan — no sé si mentí por animarlos —. Pero para mis adentros dije, cada vez más convencido:

—¡Para mí no hay más salvación que la cárcel!

## CAPITULO XX

### ¡ADIÓS, CHECA MALDECIDA! — EN LA CARCEL DE POLIER. — LA «DESCUBIERTA». — CARA Y CRUZ DE UNA COMIDA

Hay palabras cuya sola pronunciación causa escalofríos. ¡La cárcel! Durante toda nuestra vida hemos sido educados en el santo temor de la cárcel. Temor especulativo, porque jamás pasó por nuestra imaginación la posibilidad de ser alguna vez sus habitantes.

Pero, sí, es verdad: todo es relativo en este mundo. ¿Quién había de decirme que había de llegar un día en que contemplaría la cárcel como mi única salvación? Nadie. ¡Imposible! Y sin embargo, para que ese día llegara sólo se necesitaba una cosa: que se inventaran las checas.

Metido de golpe y porrazo en aquella maldita checa de Atocha, ¡con qué alegría escuché mi nombre en la lista de los que habían de ser conducidos a la cárcel! Cuando subí al coche que nos estaba esperando a la puerta, lo hice con una presteza que parecía incompatible con mi pierna escayolada, como si temiera quedarme atrás, no tener sitio en aquel vehículo bienamado que me había de alejar de aquel espantoso infierno. Pero ya estaba allí, al lado del chófer, sentado en el primer lugar, con mis dos muletas casi enhiestas en ademán de triunfo. ¡Adiós! ¡Adiós, checa maldecida! Y vosotros, mis amigos, que aún gemiréis — quiera Dios que por poco tiempo — en este engendro de Satanás, ¡adiós! ¡Adiós, Sanz! ¡Adiós, sobrino de Serrano! ¡Adiós, donante de sangre! ¡Adiós, martirizada señorita! ¡Adiós, descoyuntado Dr. X.! Si algo empaña mi alegría en estos momentos, es no poder avisar a la Cruz Roja. Dios provea por otro medio.

Con estos sentimientos en mi corazón, me paseé otra vez por todo Madrid hasta dar con mis huesos y mi escayola en la cárcel de Porlier.

Mi entrada en la galería a que me destinaron — la cuarta — produjo en sus numerosos habitantes la curiosidad que siempre producía la presencia de un nuevo compañero, aumentada ahora por mi escayola y mis muletas que me hacían más digno de compasión. Cuando se enteraron de que yo era sacerdote, estallaron en improperios contra los rojos:

— ¡Y han tenido valor para detener a un sacerdote con una pierna así!

Todos me prodigaron palabras de consuelo y simpatía. Yo me encontraba bien en aquel ambiente tan acogedor. Al poco rato saludé a un antiguo conocido, Javier Martín Artajo, con quien había tenido alguna relación en su calidad de abogado y otro encuentro más agradable que éste en el inolvidable cursillo de A. C. de 1934 en Santander, en que él, entonces diputado de la Ceda, dió alguna conferencia sobre cuestiones sociales. Estaba encargado ahora de la enfermería y allí me señaló una cama, buscándome también algo de comer, pues yo ya «me había quedado debajo de la mesa».

Apenas tomé posesión de mi cama, me rogaron que dirigiera el Rosario que en la sala se rezaba todos los días en alta voz, contestando los demás enfermos desde sus camas. ¡Cuánto tiempo hacía que no rezaba así el Rosario! Acostumbrado a las blasfemias de la calle, a los disimulos de los actos religiosos en las casas, poniendo sordina en todos ellos, aquella cárcel, donde públicamente se rezaba aunque fuera sólo en las salas, me pareció el cielo.

Y algo de cielo tenía aquel ambiente tan distinto del de fuera. Allí no había un rojo ni para un remedio. Todos cristianos, todos respetuosos con el sacerdote.

Al día siguiente, por la mañana, pregunté al vecino de cama si podría hablar con algún sacerdote para confesarme. Estaban entonces en la sala dos presos haciendo la limpieza y, señalando a uno, me dijo:

— Mire usted, aquel señor es sacerdote.

Le llamé y resultó ser de la misma diócesis de Toledo. Cuando dijo que se llamaba Jesús Carcelén recordé que algunos condiscípulos me habían hablado de él y eran amigos suyos.

Me confesé, empezamos a hablar de Toledo y de tantos

amigos comunes y así nació entre nosotros una amistad fraternal que nos hizo más llevaderos los rigores de la cárcel.

Porque la cárcel era cárcel y no el paraíso que, a primera vista, me pareció. Las cosas son como son — ya que me he puesto a decir verdades de Perogrullo — y no pueden cambiar su esencia cualesquiera circunstancias que en determinado momento concurren. La privación de libertad, tormento espantoso que no puede comprender el que no lo ha sufrido, fué haciendo sentir, según pasaban los días, su peso agobiante y empecé a añorar mi vida anterior, con todos sus peligros y sobresaltos, pero con libertad.

No sé si hubiera cambiado una vida por otra. Las dos eran muy malas y esto era, después de todo, lo que me hacía conformarme con la que tenía. No valía la pena salir de Scyla para caer en Caribdis. Porque — menos afortunado que Ulises — yo no vislumbraba palo alguno al que atarme para no caer en uno de los dos escollos.

Ya es tópico decir que en la cárcel toda incomodidad tiene su asiento. Como yo no soy enemigo del tópico — ¡qué lástima no poder seguir este tópico, tan de moda! — dejémoslo aquí consignado una vez más.

Con tanta mayor razón en mi caso, cuanto que las cárceles rojas eran unas supercárceles en que todas las incomodidades de las cárceles ordinarias estaban elevadas a la enésima potencia. Y menos mal — siempre hay que dar gracias a Dios, es verdad — que cuando yo ingresé en ellas, había desaparecido la principal incomodidad que hasta entonces las hiciera tan espantosas: la inseguridad de la propia vida. Ya no había sacas. Ahora, por el contrario, lo que muchos temían era ser puestos en libertad porque no era raro el caso de que, a los pocos minutos de poner el pie en la calle, se encontraba uno con elementos «incontrolados», previamente advertidos, que le quitaban, limpiamente, la vida.

Esa incomodidad había desaparecido, pero aún quedaban bastantes incomodidades para considerar aquella casa más como antesala del infierno que como el paraíso que primeramente me imaginé. Para mí, tres incomodidades tenían la primacía: la privación de libertad, el hambre, y los «trimotores», como allí se llamaba a los bichitos que no se pueden nombrar. Yo no sabía lo que era tener hambre y jamás se había encontrado un «trimotor» al alcance de mi vista, pero estaba bien acostumbrado a no tener libertad a través de tantos seminarios y casas religiosas por

los que había discurrido mi vida. ¿Quién no pensaría, por tanto, que jamás me acostumbraría al hambre y a los «trimotores», pero que la privación de la libertad me sería, al menos, tolerable?

Y, sin embargo... La primera parte del hipotético pensamiento fué verdad: jamás me acostumbré al hambre ni a los «trimotores». Pero la segunda parte no pudo ser más equivocada: la privación de libertad fué para mí el tormento más terrible de la cárcel, y a su lado, todos los demás quedaron relegados a un segundo término. Y es que el hombre, aunque sea con hambre y con «trimotores» sigue siendo hombre, privado de libertad yo no me atrevo a calificarle, Doctores tiene la Iglesia; sólo sé que no puede haber acto humano sin libertad y el preso la tiene para muy poquitos actos suyos. Califiquémosle como hombre que no puede hacer sino muy pocos actos humanos... No, no; es mejor el hambre y los «trimotores».

De la privación de libertad habla ya bien claro el mismo nombre de la mansión: ¡la cárcel! No hay nada que añadir, ¿verdad?

Del tormento de los «trimotores» daría una idea el contemplar el espectáculo de la «descubierta», primera operación del día, de todos los días. Era un espectáculo curioso — y deprimente — el que ofrecían entonces aquellas galerías cuajadas de petates tendidos por el suelo, que materialmente se juntaban unos con otros. Al toque para levantarse, todos los presos nos sentábamos en nuestros duros petates y, sin pudor —, ¡oh, lujo exquisito de la civilización! —, nos dedicábamos a la busca, captura y aplastamiento inmediato de los molestos huéspedes de nuestra ropa interior. Era una guerra encarnizada en que los ejércitos combatientes no daban un paso atrás, renacidas sus fuerzas cada día, como las entrañas de Prometeo. Yo no sé cómo los «trimotores» no acusaban el gran número de bajas que cada día se les infligía ni cómo los presos no nos cansábamos de tanta matanza cruel y, por lo visto, ineficaz. El hecho era la renovación diaria de las hostilidades.

Para dar una idea del tormento del hambre bastará con copiar aquí la minuta que todos los días se nos ofrecía. Por la mañana, apenas hecha la «descubierta», sopas de ajo, pero con muy poquitas sopas y yo creo que hasta con muy poquitos ajos, porque ni a ajos ni a nada sabía aquel insípido condumio. A mediodía y por la noche un solitario cazo de algarrobas cocidas con agua, sal, y pimentón.

Algunas veces, las algarrobas estaban algo espesas, por lo menos en el fondo del caldero, a donde sólo llegaba el cazo cuando alargaba el plato algún amigo del que repartía, pero ordinariamente, aparecían — como en el pasaje virgiliano — «rari nantes in gurgite vasto».

Esta era la comida real, a la que habrá que añadir, para ser justos, unos poquísimos gramos de pan. La comida oficial debía de ser otra muy distinta a juzgar por la escena curiosa que un día presencié. Me encontraba yo, no sé con qué motivo, merodeando a la puerta de la cocina de la enfermería y vi a la puerta un caldero con la leche que se servía a los enfermos dispuesta para ser repartida. Pasó por allí una comisión de la Cruz Roja que, por lo visto, estaba haciendo una visita de inspección. Al ver en el suelo aquel caldero lleno de leche, preguntaron lo que era. El Jefe de Servicios, que les acompañaba respondió con la mayor seriedad del mundo:

—Esta es la leche que ha sobrado del desayuno de los presos. Los delegados de la Cruz Roja expresaron su satisfacción por el abundante — ¡como que sobraba! — y nutritivo desayuno que nos daban. ¡Pobres presos! Jamás vi una gota de leche por aquellas galerías.

Aquí debo hacer constar que yo sufría muy mitigadas estas incomodidades por la caridad de muchas personas. Sobre todo las hijas del señor Mariano me visitaban todas las semanas y con la ropa limpia, que era lo que más agradecía — y los «trimotores» lo que menos —, llegaba también algo de lo poco que de comer había en aquel hambriento Madrid.

## CAPITULO XXI

### VIDA RELIGIOSA DE LA CARCEL. — UN CASO DE SATANISMO. — LA NOVENA DE LA CONFIANZA AL CORAZON DE JESUS

Pero ahora, «paulo maiora canamus»). No todo era desagradable en las cárceles rojas. Algo había grato, admirable, confortador: los presos. Su espíritu patriótico y, sobre todo, su espíritu religioso. El espectáculo que ofrecían aquellas galerías después de cenar era tan encantador que, por contemplarlo, podían darse por bien sufridas todas las incomodidades de la prisión.

Innumerables corrillos se formaban a lo largo de todas las galerías y dentro de todas las salas. Y en aquellos corrillos no se murmuraba del gobierno rojo, no se comentaban las incidencias de la cárcel, no se daban noticias de la guerra. Eso se había hecho antes. Ahora no. Ahora, en todos los corrillos no se hacía más que una cosa: se rezaba el Rosario a la Virgen. En todos se procuraba que hubiera un sacerdote que dirigiera aquel rezo, siempre tan familiar y universal al mismo tiempo, nunca tan emocionante y devoto como en aquellos momentos. Las familias, dispersas y perseguidas, los soldados en los frentes de combate sentirían su influjo bienhechor. Los ángeles desde el cielo se asomarian para contemplarlo.

¿Y el diablo, qué haría? Rabiarse, patallar con impotente desesperación. Me consta. Tengo de ello información «casi» directa.

Ramón, aquel buen muchacho que estaba siempre «metiéndose» con los curas, sin saber estar separado de nosotros, me lo descubrió «para hacerme rabiar». Pero no rabié, no. Lo que sentí fué una compasión inmensa y un espanto que me erizó los cabellos.

Al fondo de una galería había un individuo perteneciente al glorioso y piadoso Ejército español. No formaba parte de ningún grupo para rezar el Rosario. Siempre le veía solo durante el rezo. Yo suponía que le gustaría rezar aislado de los demás para no distraerse, o que — tal vez el único preso — no lo rezaría, ni solo ni acompañado. Lo que no podía suponer era lo que me contó Ramón.

Un día estaban los dos juntos, charlando en la galería y, al llegar la hora del Rosario, Ramón se despidió de él para unirse a su corrillo.

— ¡Ya te vas a rezar el Rosario! — le dijo aquel señor, todo malhumorado —. ¡Como todos! A esta hora todos me dejan solo. ¡A mí me da una rabia! Pero... ¿sabés tú lo que yo hago cuando me dejáis solo? Me pongo a decir blasfemias por lo bajo todo el tiempo que vosotros estais rezando.

Me quedé sobrecogido de espanto. ¿Sería posible tanta malicia? Cuando le miraba después, durante el rezo del Rosario, lo hacía con cierto terror, como si una voz me dijera desde dentro: Ahí está el diablo. Y por allí andaba, creo yo. Me parece imposible que a ningún hombre se le ocurra una cosa así sin inspiración personal del diablo. Inspiración humana, malicia humana hubiera sido no rezar el Rosario, decir blasfemias por algo y para que alguien le oiga. Pero así, de esa manera tan íntima, tan personal... ¡a solas él con su Dios! ¿Qué malicia era aquella? Diabólica. No podía ser humana: El permanecía indiferente, solitario, con la cabeza baja. Otras veces, la levantaba hacia el techo y entonces yo creía percibir el movimiento convulso de sus labios vomitando aquella espantosa letanía de blasfemias.

¿Sería posible tanta impiedad? ¿No me habrá engañado Ramón «para hacerme rabiar» como tantas otras veces? Quería acogerme a esta hipótesis halagüeña pero cada vez me convencía más de que era cierto y sentía aumentar mi compasión hacia aquel desventurado. Quise ayudarle, pero no sabía cómo. No se me ocurría nada aplicable en aquellas circunstancias y, como siempre que esto me sucedía, empecé a hacer por su intención una Novena de Confianza al Corazón de Jesús.

¿Me escucharía el Sagrado Corazón? No sé. No pude comprobarlo. Pero en caso negativo, sería la única vez que no habría conseguido lo que así le pedí. Hice muchas Novenas de Confianza durante la guerra. Algunas las he con-

signado en este relato, pero fueron muchas más. Siempre que veía a alguna persona querida en mayor peligro que el ya habitual en aquellas peligrosas circunstancias, mi último recurso ya se sabía: la Novena de Confianza al Corazón de Jesús. Después de la guerra pude comprobar que *todos* los casos se habían resuelto favorablemente. Lo hago constar aquí para honra y en agradecimiento al Corazón de Jesús. Hace mucho tiempo que debiera haberlo hecho si hubiera sido tan diligente en dar gracias como lo fuí en pedir favores y tan noblemente agradecido como El fué generoso en escucharme. Pero... yo soy así y El también es así para bien de todos los necesitados. Sea mi reparación repetir y procurar que todos repitan incesantemente la jaculatoria de la Esperanza: ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

El caso de aquel desventurado era único entre los presos y especialmente entre los militares, generalmente muy piadosos.

Voy a referir ahora otro caso, único también, pero en dirección opuesta. También me lo señaló el entrometido Ramón.

—Mire usted — me dijo un día —. Yo no vuelvo a rezar el Rosario con el capitán X. ¿Usted sabe la de Padrenuestros que «nos mete» después del Rosario?

—No serán tantos — le contesté —, sino que a ti, que estás deseando acabar, te parecerán muchos por pocos que sean.

Pero no. Tenía sobrada razón. Una noche que, después de rezar en mi corrillo, pasé, no sé para qué, a la sala donde el capitán X dirigía el Rosario, pude comprobar que el buen Ramón no había exagerado nada.

Después de varios Padrenuestros, generalmente acostumbrados, mi buen capitán la emprendió con todas las armas y servicios auxiliares del Ejército, no dejando a ninguna de ellas sin su correspondiente Padrenuestro, dirigido a su Santo Patrón. Yo me quedaba asombrado al ver la cantidad de Armas y Servicios que había en el Ejército nacional, completamente ignorados por mí, cuyos Patronos, naturalmente también desconocía. Comenzó después a rezar un Padrenuestro por cada una de las necesidades del momento que eran, ¡ay!, infinitas. Aquello no se acababa nunca. Lo que más llamaba mi atención era lo bien que claveteaba y remachaba las intenciones para que a Dios no se le escapara cabo alguno por atar.

—Un Padrenuestro — dijo — para que Franco entre pronto en Madrid. «Padrenuestro que estás en los cielos, santificado...» (¡bueno, y que lo veamos todos los presentes... y también nuestras familias) «sea el tu nombre...»

Había mucho de ridículo en todo aquello, pero también había allí, sin duda alguna, una fe impresionante y una cristiana caridad generosamente universal.

No quedaba reducida al rezo del Rosario la vida religiosa de la cárcel. El centro vital era, desde luego, la Santa Misa. No todos los sacerdotes podían celebrarla diariamente, pero sí los días de fiesta. Yo celebraba en el cuarto de los cocineros de la enfermería que eran Tomás Mateos de ayudante y de cocinero Jesús, el célebre Jesús, que, al revés del otro del dicho popular, antes que cocinero había sido fraile en varios conventos de la Orden Franciscana, y que lo mismo arreglaba un reloj que ponía medias suelas a los zapatos o nos hacía una tortilla a la española, sin huevos ni patatas. En aquel cuarto teníamos libertad para organizar los actos de culto que quisiéramos.

Un domingo, mientras explicaba el Evangelio de la Misa, de cara a los presos que llenaban el cuarto, vi entreabrirse la puerta, allá al fondo y asomarse un oficial de la cárcel. Me atemoriqué al vernos cogidos «in fraganti», pero el oficial cerró en seguida la puerta y nadie se dió cuenta del percance. Cuando, intranquilo, se lo dije después a Jesús, éste me tranquilizó por completo.

—No tenga usted cuidado, que no dirá nada. Y si dice algo, él perderá más que nosotros, porque no le volveré a dar café con leche, ni patatas fritas, que es lo que venía buscando.

En efecto, no pasó nada y las Misas continuaron celebrándose sin más incidentes. Aquel oficial no volvió a entreabrir la puerta a la hora de Misa. Pero otro día, no sólo la entreabrió, sino que la abrió del todo. Era por la tarde, y él no esperaba encontrarse a aquella hora todo el cuarto lleno de gente y a don Jesús Carcelén y a mí, sentados detrás de una mesa. Cuando el oficial entreabrió la puerta, supuse que, al conocernos, la cerraría en seguida, como en la Misa. Pero ahora, por el contrario, la abrió de par en par y penetró resueltamente en la habitación.

—¡Que se marchen estos muchachos! — dijo —. ¿Qué están ustedes haciendo?

—Mire, todos estos muchachos pertenecían a algún Centro de Acción Católica y hemos pensado que aquí po-

díamos continuar con las mismas prácticas religiosas y círculos de estudio. Es lo que estábamos haciendo.

—¿Pero son reuniones solamente religiosas o son políticas también?

—Somos dos sacerdotes. Nosotros no nos ocupamos sino de nuestro Ministerio. Aquí no hay nada de política.

Era verdad. Lo malo es que luego parece que hubo algo semejante, no sé por donde, que terminó con aquellos círculos religiosos que los rojos nos permitían. ¡Otra vez el mundo al revés, como en el hospital de convalecientes!

## CAPITULO XXII

### UN «CENIZO» VERGONZANTE. — EL FUROR DE UN OPTIMISTA. — MUCHAS VERDADES CHICAS Y UNA MENTIRA MUY GRANDE

La vida, por lo demás, se deslizaba en la cárcel monótona y tranquila. Se reducía a interminables charlas «de omni re scibile» y a eternos bulos de radio petate, constantemente desmentidos y constantemente renacidos — como el Fénix — de sus cenizas —. Había que ver la facilidad con que allí «se tomaban» las ciudades y los cientos de kilómetros que «se hacía avanzar» cada día a las tropas nacionales sin darles tiempo ni para desayunar tranquilamente. Y ya se sabía; el que no se tragaba como píldoras insignificantes aquellas enormes «bolas» que, como las de nieve, iban aumentando con su mismo rodar, era catalogado sin apelación, en la lista negra de pesimistas o, como allí se decía, «cenizos».

Yo me catalogué, por mi cuenta y razón, en una clase intermedia. Cuando se me hacía la pregunta obligada: «¿Usted qué es, optimista o pesimista?» respondía invariablemente: yo soy realista. Pero creo que esto no tenía valor nada más que para mí, y que el optimista que me escuchaba, me catalogaba en su interior como «cenizo vergonzante». Allí no había términos medios. Y creo que, hasta cierto punto, con razón, pues no eran más contrarias a los sueños de los optimistas las tenebrosidades de los pesimistas que las realidades de la verdad.

Ni que excitaran más su indignación. Jamás olvidaré el furor que se apoderó un día de un sacerdote superoptimista. Estaba el buen señor en la enfermería, acostado en su cama cuando le refirieron la conversación que acababan de

tener en la galería dos militares realistas. Se hablaba entonces de un empujón que estaban dando los rojos por tierras aragonesas que hacía reír mucho a los optimistas por lo descabellado y ridículo. Aquellos militares decían que lo de Aragón tenía más importancia de lo que algunos creían, haciendo otros comentarios que excitaban la indignación del optimista, que ya no podía aguantar más. Finalmente, le dijeron que aquellos militares opinaban que la guerra podía durar aún cerca de dos años. ¡Santo Dios! ¡Nunca lo hubiera oído! Apartó las ropas de la cama como un vendaval, se irguió rápidamente como movido por un resorte, los ojos inyectados en sangre, e hizo ademán de ir en busca de aquellos malandrines, vociferando:

—¡A esos habría que fusilarlos ahora mismo! Así es como se mina la moral de la retaguardia!

Era alto, cetrino, huesudo. A mí me recordó alguna ilustración del «Lazarillo de Tormes», representando al dómine levantándose de la cama con el camisón flotante y blandiendo un garrote para aplastar la culebra que le comía los víveres y cuyo silbo creía percibir en el sonido de la llave encerrada en la entreabierta boca del malhadado «Lazarillo». Afortunadamente, este dómine no tenía garrote alguno a su alcance y como estaba con fiebre, pudo ser convencido de que dejara vivir a aquellos dos despreciables «cenizos». La guerra siguió su curso. Al poco tiempo vino la caída de Teruel y por fin llegó la paz «cerca de dos años» después de aquel incidente.

A más de las conversaciones y los bulos, una de las mayores distracciones de la cárcel la constituía — como en los pueblos, el tren que pasa —, el rastrillo o puerta de entrada de los nuevos inquilinos. Raro era el día que no pasaba por allí alguna cara conocida o, por cualquier causa, interesante, que nos servía de distracción y nos suministraba nuevo material de conversación y de bulos.

Un día, atravesó el rastrillo un señor que, apenas entró, se dirigió hacia mí y, sin otra salutación, me estrechó la mano, diciendo:

—Ya ve usted. ¡Con lo que yo le he censurado y luego hago yo lo mismo!

—¿Quién será este señor — me pregunté — y por qué me habrá censurado tanto? No recordaba de él. Manifestó entonces que era médico del Hospital de convalecientes.

—Cuando me enteré de su detención, la verdad, le puse verde. ¿Pero quién le habrá mandado salir de aquí — de-

cía — donde estaba tan seguro? Y ya ve usted, al poco tiempo hago yo la misma barbaridad.

—El instinto de la libertad, amigo mío, nos hace estas jugarretas. No nos basta estar seguros. Necesitamos estar libres. Bien seguro está el pajarillo en su jaula y escapa de ella «al peligro de ligas y de balas». Y eso de volver a su antigua prisión porque llora una mujer, sólo pasó una vez en los versos de Lope de Vega; en la vil prosa de la realidad, ¡jamás!

Otro día apareció por allí un señor alto, simpático, charlatán. Era don Amadeo Carrillo, el Monseñor Carrillo que yo había visto anunciado en la Prensa como orador sagrado en muchas festividades, pero al que no conocía personalmente. A pesar de venir a la cárcel se encontraba alegre porque su detención iba a ser cosa de pocos días, pues había quedado no sé quién, encargado de andarle los pasos.

—Ya lo sabemos — le dije yo, metido a aguafiestas no sé por qué —. Todo el que viene a esta casa, viene como usted para estar muy pocos días, horas tal vez. Luego se pasan las horas y los días, y las semanas y los meses; y aquí permanece el interesado. Créame, don Amadeo, este es el «Castillo de irás y no volverás».

—Poco me importa de todos modos — continuó imperturbable «Monseñor Carrillo» —. ¡Para el tiempo que nos queda! Porque ya sabrán que la guerrá está acabando.

—Eso dicen también todos los que vienen aquí — continué implacablemente — pero...

—Pero yo no lo digo — me atajó don Amadeo —, lo demuestro. Este año — 1937 — no terminará en guerra. No se sonría, no. Usted se convencerá ahora mismo de lo que digo. Hay tres razones que lo prueban sin la menor duda, si la inteligencia nos sirve para algo. Primera... Y me largó un elocuente discurso que le escuché con agrado, quedando bien convencido... de que «Monseñor Carrillo» era el Generalísimo de los optimistas.

Uno de aquellos días se pasó aviso por toda la cárcel para que los que hubieran estado en la «checa» de Atocha —pero ésta llamada con el nombre despistador que ellos la daban —, con posterioridad al 19 de junio, bajaran a la Secretaría para prestar declaración. ¡Qué casualidad, el 19 de junio! Era precisamente el día de mi inolvidable estancia en aquel terrorífico lugar. ¿Por qué habrán señalado ese día como fecha tope para los obligados a decla-

rar? No encontré ninguna razón para ello. Por otra parte, como el 19 de junio no estaba expresamente incluido ni excluido en el aviso, me consideré con derecho pero, sin obligación a declarar, y bajé a ver qué pasaba, dispuesto a obrar como aconsejaran las circunstancias.

Lo que pasaba era muy sencillo. Entraba el preso en la Secretaría, donde ya estaba un juez, notario, actuario o no sé cómo llamarlo, rojo. Entre los dos se entablaba el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama usted?

—Fulano de Tal y Tal.

—¿Ha estado usted en la «checa» — con su nombre despistador — de Atocha?

—Sí, señor.

—¿Le han pegado allí?

—No, señor.

—¿Tiene inconveniente en firmarlo?

—Ninguno.

—Pues haga el favor de hacerlo.

Así pasó el primer preso y el segundo. Con el tercero la cosa no fué ya tan sencilla. Varió un poco el diálogo y empezamos a vislumbrar lo que se pretendía con todo aquello.

—¿Cómo se llama usted?

—Fulano de Tal y Tal.

—¿Ha estado usted en la checa de Atocha?

—Sí, señor.

—¿Le han pegado allí?

—No, señor, pero a un hermano mío...

El «juez» le atajó enérgicamente:

—Conteste a lo que se le pregunte y nada más. Su hermano ya contestará cuando le pregunten a él.

Su hermano — ¡el pobre! — no podría contestar. Había sucumbido oscuramente, como tantos, a los horrores de aquellos días. Con los ojos empañados de lágrimas, firmó el preso su declaración. Firmó su verdad, su pequeña verdad, con la que — unida a otras muchas pequeñas verdades — se iba a fabricar una mentira muy grande. Porque era verdad que a aquel preso no le habían pegado en la checa de Atocha. Ni a mí. Ni a otros muchos. Pero era mentira que allí no se pegaba, no se torturaba, no se ponían en práctica todas esas terroríficas invenciones de los comunistas para martirizar. Que era lo que los rojos iban a afirmar muy seriamente — y lo iban a probar con todas aquellas declaraciones — no sabemos ante quién. ¿La Cruz

Roja? ¿El Cuerpo Diplomático? No sé, pero bien claro se veía que el aviso que yo no pude llevar al hospital de la Cruz Roja porque me metieron en la cárcel, pudo llevarlo otro que dejaron en libertad. Y desde luego, surtió efecto, más o menos. Sí; por lo menos dejaron de martirizar en la checa de Atocha desde aquel mismo día.

Yo no quise cooperar con mi verdad a la mentira de los rojos y decidí, puesto que podía hacerlo, no presentarme a declarar.

Muy de otra manera lo entendió otro preso de mi sala, el conde de Vadollano. Aunque más viejo que yo, era de alma más joven. Era más ingenuo, más optimista. Conservaba todas esas ilusiones y creencias que se tienen en la juventud y que a mí ya la vida me había ido, despiadadamente, arrancando. Creía que aquello era una información sincera, creía que sus declaraciones se harían constar en ella con fidelidad y creía, en fin, que sus denuncias producirían efectos beneficiosos para la justicia y para los futuros encarcelados. Con estas ilusiones se presentó a declarar ante aquel funcionario rojo que ya se iba aburriendo con la monotonía de tantas declaraciones, todas iguales, como no podían menos de ser. Y empezó el interrogatorio:

—¿Cómo se llama usted?

—Fulano de Tal y Tal, conde de Vadollano.

—Ex conde — rectificó el escrupuloso bermejo — Además, sólo interesa el nombre y apellidos. ¿Ha estado usted en la checa de Atocha?

—Sí, señor.

—¿Le han pegado allí?

—Sí, señor.

—A usted, a usted personalmente — recalcó el funcionario, que creyó que sería otro caso parecido al anterior — ¿A usted le han pegado?

—Sí, señor. A mí me han pegado — contestó con decisión el conde. Y antes de que el estupor hubiera desaparecido de la cara del juez, continuó —: Y me han arrastrado por el suelo. Y me han golpeado con los fusiles en todo el cuerpo, dejándome sin sentido. Y me han...

El juez paró aquella máquina de decir atrocidades. No salía de su asombro. Pero, ¿cómo es posible si se ha llamado solamente a los que no han sido maltratados? Sería falsa la declaración? Preguntó, volvió a preguntar una y mil veces para encontrar una clara falsedad, una contradicción; pero la firmeza y seguridad del conde no dejaba resquicio

para la duda: lo que decía era verdad. Hasta que, después de mucho tiempo, terminó por donde debía haber empezado: por preguntar al conde la fecha de su paso por la checa. Resultó que había sido antes del 19 de junio. Se enfadó mucho el juez, se rompió la hoja de la declaración y allí no había pasado nada. El buen conde no consiguió otra cosa que dar un sofocón a aquel probo funcionario de los rojos. Algo era, pero muy poco para lo que, ingenuamente, pretendía conseguir.

---

## CAPITULO XXIII

### ¡QUE DIOS LES PERDONE LA INJUSTICIA QUE ACABAN DE HACER CONMIGO!

A todo esto yo estaba allí por algo, y por algo grave, pues en la cárcel no se entra sino como presunto autor de un delito. ¿Cuál era mi delito? A ciencia cierta no lo sabía. En la Dirección de Seguridad leí — de contrabando — que se me acusaba de pertenecer a Acción Popular y de visitar las Embajadas. Probablemente, serían esos mis delitos o, a lo menos, uno de ellos. Pero a mí nadie me había dicho nada de nada. ¡Ya veríamos en el juicio!

Todo dependía de él y, sin embargo, ¡qué poquito me preocupaba!

Muchas veces había oído anunciar por las galerías la presencia de los Abogados para el que quisiera hablar con ellos, pero nunca hice el menor caso de semejante anuncio y jamás pasó por mi imaginación entrevistarme con ninguno para que me defendiera. Hasta que un día me llamó personalmente un abogado y no tuve más remedio que bajar a la sala de comunicación y hablar algo de aquel juicio que tan poco me preocupaba.

Cuando aquel abogado se ofreció para defenderme, le pregunté con aire de gran ingenuidad:

¿Y de qué va usted a defenderme?

—¿Cómo que de qué voy a defenderlo? — se extrañó el abogado ante aquella pregunta tan extravagante —. Le defenderé de su delito. Ya sabe usted que está acusado de pertenecer a Acción Popular y de visitar las Embajadas. De eso le defenderé.

—Amigo mío, de ese delito no necesito defensa. Bien saben los rojos que no pertencí a ese partido — como que

han tenido que hacerme ellos mismos el carnet — y que si visitaba las Embajadas no era con ningún fin político. Mi delito es otro y usted tal vez no lo sabe. Yo se lo voy a decir. Mi delito es ser sacerdote y confesar dónde tienen necesidad de confesor, lo mismo si es en una casa que en una Embajada. Si usted puede y quiere defenderme de ese delito, que es el que me tiene en la cárcel, acepto desde ahora sus servicios.

—Demasiado sabe usted — contestó el abogado en tono desabrido — que yo no puedo defenderle de lo que no se le acusa, sino del delito que figura en la acusación. Esto es de sentido común.

—Ya lo sé. Y el Gobierno también lo sabe. Por eso me acusa de un delito del que no le importa que me defiendan todos los abogados del mundo. Pero, amigo mío, eso es tirar cañonazos al aire, es disparar contra un enemigo inexistente. Si usted no me defiende de mi delito, usted no es abogado mío. Esto es también de sentido común. Y esto es lo que pasa ahora; que ni el abogado es abogado, ni el juicio es juicio, ni el Tribunal es Tribunal. Todo esto no es sino ficción, apariencias vanas para hacer creer que nos encontramos en un estado de derecho cuando no es sino un estado de arbitrariedad. Por mi parte, me remordería la conciencia si contribuyera a sostener esta ficción con cualquier acto mío, como nombrar abogado. No, no. ¿Para qué? Que hagan lo que quieran. ¡Si es lo que van a hacer! ¿Para qué nos vamos a engañar?

Con estos sentimientos y propósitos permanecí todo el tiempo que aún transcurrió hasta la celebración del juicio, sin preocuparme nada de él. Yo veía que otros se preocupaban mucho pero no lo comprendía. Estaba seguro de que la sentencia estaba dada de antemano. Por otra parte, tampoco daba importancia alguna a la sentencia, pues tenía por cierto que, fuese la que fuese, yo no saldría de la cárcel mientras durara la guerra. Mi libertad no dependía de la sentencia del Tribunal rojo sino de las tropas nacionales.

Cuando llegó el día de la celebración del juicio, con los de otros cuantos presos, me presenté en la sala con la mayor indiferencia. No me impresionó lo más mínimo todo el aparato que me rodeaba. Y eso que allí no faltaba ningún detalle de los juicios de verdad: arriba, en el estrado, una larga mesa tras la que estaban sentados con solemnidad cinco magistrados, somnolientos y todo; a su derecha, revestido de su toga, mi abogado «defensor». Frente a éste,

el Fiscal; abajo, la gran sala rebosante de público. Todo, todo como en los juicios de verdad. Solamente escamaba un poco un gran letrado colocado frente al público, ensalzando la Justicia del Pueblo. Para mí, aquello era ya una confesión de que no se haría justicia. Porque la Justicia es como los reyes: no necesitan apellido, no pueden usar apellido; cuando lo usan es que han dejado de reinar.

Me senté en el banquillo de los acusados. ¡Quién me lo había de decir! Cuando me preguntaron si pertenecía a Acción Popular, respondí:

—No soy de Acción Popular ni de ningún partido político. Lo que soy es sacerdote. Por eso me detuvieron cuando salía de confesar a unas religiosas y por eso estoy aquí.

Esta declaración mía causó una gran impresión en el numeroso público que asistía al acto. Se oyó un silencio profundo. Los del Tribunal quedaron sorprendidos; se les notaba. No esperaban esta declaración que, más que defensa propia, era una acusación al Gobierno rojo, a la policía roja, a ellos mismos, todos cómplices o encubridores del Gobierno en aquella farsa jurídica. Aunque algo tardíamente, el presidente reaccionó:

—Pero usted tiene un carnet de Acción Popular, con su retrato, que figura en el sumario.

—Sí. Le tengo. Precisamente me lo hicieron en la Dirección de Seguridad cuando me detuvieron. Lo que no creo que tenga ese carnet es mi firma. Es lo único que no pudieron hacer aquella noche.

Pero nadie hizo caso de ese detalle tan insignificante. Allí estaba un carnet de Acción Popular, más o menos perfecto, y nada más. Esto probaba que yo pertenecía a aquel partido y justificaba mi futura condena. El Fiscal insistió una y otra vez sobre esto. Mi abogado «defensor», no recuerdo ya lo que diría el pobre. Ni uno ni otro dijeron media palabra de mi carácter de sacerdote, de mis confesiones, de nada de lo que había dicho. Pero nadie se engañaba, estoy seguro de ello. Todos creían que yo había dicho la verdad.

Pero la verdad oficial era la otra y la otra tuvo que prevalecer. Fuí condenado a permanecer bajo el techo inhospitalario de la cárcel durante un año y un día. El año era lo de menos; ya se sabía que duraba 365 días de 24 horas cada día. Lo demás era aquel otro día de añadidura que yo comparaba a los días genesíacos, para mí de duración tan imprecisa que puede oscilar entre una milésima

de segundo y centenares de años de luz. Franco daría la medida exacta de aquel enigmático día.

El juicio había terminado. Firmé la sentencia, cogí mis muletas y me dispuse a bajar del estrado. Pero antes me volví de cara a los del Tribunal y con gesto y actitud solemne y casi arrogante, les dije con voz lo suficientemente alta para ser oída por todos:

—¡Que Dios les perdone la injusticia que acaban de hacer conmigo!

El estupor se apoderó de todos los presentes. Nadie dijo una palabra. Nadie hizo el menor movimiento. Y en medio de un silencio impresionante, bajé del estrado y crucé la sala hasta el sitio donde estaban los demás presos, sin abandonar mi solemne y reposada actitud.

Pero eso era al exterior. Por dentro, mi ánimo no estaba tan reposado y seguro como parecía. Por extraño que parezca, yo fui el primer sorprendido por aquel exabrupto. Se me ocurrió de pronto y lo solté sin examen, sin duda, sin vacilación. Inmediatamente me arrepentí. ¿A qué venía aquello? ¿Tenía yo derecho a lanzar a un Tribunal — aun a aquel Tribunal — una ofensa de manera tan pública?

Cuando cruzaba la sala no sabía si había estado bien o mal... o regular. No sabía si había estado sublime o, sencillamente, ridículo.

Al llegar al sitio de los presos, uno me dijo, nada más llegar:

—Bueno, ¿y para qué ha dicho usted eso?

—Eso digo yo — le contesté — que para qué he dicho yo eso. No lo sé. Se me ocurrió entonces y lo solté así.

—Diga usted que ha hecho muy bien — dijeron los demás —. ¡Si no hacen más que injusticias! ¡Pues que haya alguien que se lo diga en su cara!

Y con esto salimos para la cárcel. ¿Había estado bien? ¿Había estado mal? Entre los espectadores hubo — como en las faenas incoloras — división de opiniones.

## CAPITULO XXIV

### SALIDA PARA ALICANTE. — A DORMIR, PERO ¿COMO? — LA ODISEA DE DOS BILLETES DE 25 PESETAS. — UN MILITAR AL «TUBO»

Al volver a la cárcel me di cuenta de que alguna importancia tenía aquella condena por mí tan subestimada. Seguían los rumores de una próxima expedición, pero ya con tantos visos de verosimilitud que hubiera sido necio despreciarlos. Ahora veía claro que, ya con mi condena definitiva, sin tener que esperar la celebración del juicio, era candidato seguro para la primera que saliera.

No me importaba pasar en la cárcel todo el tiempo que durara la guerra, pero allí en Madrid, donde ya me había ido colocando relativamente bien, donde me lavaban la ropa, donde me llevaban alguna ayuda alimenticia. Ahora, andar de cárcel en cárcel, desconocido, sin auxilio alguno de nadie, todavía con mis muletas a cuestas, no me hacía ninguna gracia. Y luego que Madrid siempre es Madrid, la ciudad más simpática del mundo, aunque sea en la cárcel y bajo el dominio de los rojos.

Por otra parte, el invierno venía a pasos agigantados. El frío era crudísimo. A mí siempre me ha acobardado excepcionalmente el frío. Pero aquello no era ya frío; era la congelación automática del aliento y de los miembros más invulnerables a su guadaña. Salir en aquellas circunstancias, fuera donde fuera, no podía ser para mí más desagradable.

Para mayor desgracia, hasta el ánimo recibió su correspondiente jarro de agua helada. El encargado de echarla, si no de sopetón — porque ya el agua de aquella ducha sonaba como torrente no lejano — sí con el malicioso rego-

dele acostumbrado, fué Menéndez, aquel Oficial de la cárcel, joven comunista, que tanto gozaba dándonos noticias desagradables y burlándose de nuestras desgracias. Saludó a uno de los que venían de vigilancia con nosotros y, todo malhumorado, se lamentó:

—Chico, está visto que tengo la negra. Con el frío tan perro que está haciendo y ahora me acaba de decir el Director que me trasladan a Teruel. Ya ves, allí además ahora, todo improvisado, recién tomado a los facciosos...

Esto era lo que él quería decir, pero no al otro Oficial, sino a los presos que él sabía que discutían la caída de Teruel que los rojos anunciaban. Porque era verdad; así como los éxitos de las tropas nacionales se creían, en la cárcel a pies juntillas, por extraordinarios que fuesen, y generalmente mucho antes de ser conseguidos, los pocos éxitos que los pobres rojos anunciaban habían de pasar por un tamiz tan espeso que ninguno lograba traspasarle hasta que ya estaba olvidado de puro viejo. Ahora había muchos que encontraban en la caída de Teruel, no sé qué imposibilidades técnicas, tácticas, estratégicas y creo que hasta metafísicas, y en las noticias que daban los rojos sobre ello no sé qué contradicciones, omisiones y ambigüedades, que «claramente demostraban» que era un bulo más. Los menos optimistas deseábamos, a lo menos, dudar... Y ahora, el buen Menéndez quiso desvanecer en nosotros la última duda, la última ilusión, si alguna nos quedaba. Dios se lo pague.

Yo no creí nada de su nombramiento ni de su aparente desesperación, pero quedé convencido, no sé por qué, de lo indudable de la victoria roja. Y acusé el golpe. Sentí un desaliento y una tristeza que nunca había dejado que se apoderara de mí.

En este estado de depresión, cualquier pequeño contratiempo había de tomar proporciones abrumadoras. Pero no fué un pequeño contratiempo lo que me vino. Fué lo que me temía como sobre ascuas desde que fuí entreviendo su probabilidad: la expedición.

Jamás olvidaré la fecha nefasta del 28 de diciembre de 1937. Se me comunicó que esa era la fecha señalada para la expedición y que yo estaba incluído en ella. ¡Qué disgusto me llevé! Y yo que de ordinario — por temperamento y por convicción — dejaba hacer, confiaba al tiempo la solución de los problemas angustiosos de aquellos catastróficos tiempos, ahora reaccioné con energía y quise torcer el rum-

bo que marcaban los acontecimientos. Removí Roma con Santiago, no dejé piedra por mover para evitar mi salida de Madrid. El resultado fué el mismo que si hubiera seguido mi «dejar hacer» acostumbrado: no conseguí nada.

Demasiado había hecho; pero no se improvisan las aptitudes para mover esas piedras, esa Roma y ese Santiago. Hay que saber, hay que poder, hay que valer. Y Dios me ha negado la más pequeña aptitud para esas cosas tan necesarias en todos los tiempos y lugares. Por eso el día 28 de diciembre, bien entrada la noche, fría y desapacible como pocas, abandonaba mi querido Madrid, rumbo a Alicante, a pesar de mis dos muletas, cuando en Madrid quedaban otros de piernas bien ágiles y robustas. Es la vida, ahora, antes y después. La vida de la tierra, que no es el centro de las almas.

A última hora tuve suerte, por lo menos para la comodidad del viaje. Mis dos muletas, que no sirvieron — inexploradas — para impedir mi salida de Madrid, me señalaron un lugar en el coche de los directores de la expedición. Los demás fueron acomodados en camiones descubiertos en los que estuvieron algunos al relente de la noche desde antes de las diez, en que empezaron a salir de la cárcel los primeros de la expedición, hasta la una o las dos de la madrugada en que salimos los privilegiados, dando la orden de marcha a los ocho camiones que componían la expedición. Vueltas y revueltas por las cercanías de Madrid, en gran parte dominadas o amenazadas por los nacionales y, ya bien de día, llegamos a la estación de Temple que donde nos esperaba el tren que nos condujo hasta Alicante. Hasta entonces sólo habíamos visto nieve por todas parte.

No sé cómo los presos de los camiones pudieron aguantar aquellas ocho o diez mortales horas, de pie, al aire libre, sin más defensa contra el frío y contra el aire de la marcha que una manta blanca con la que se arropijaban todo lo que podían y se apelotonaban unos con otros, semejando un camión cargado de corderos. ¿Y qué otra cosa eran, para Dios... y para los rojos? ¡Pobrecillos! Daba espanto verlos bajar de los camiones, casi sin poder moverse, con sus miembros entumecidos, muertos de frío, de sueño y de cansancio.

El tren ya era otra cosa; a lo menos allí se estaba bajo cubierto, se podía uno mover y pasear por aquellos pasillos tan sucios. Pero el paisaje no varió nada: nieve por todas

partes. En aquellas interminables llanuras de la Mancha, la sensación de encontrarnos en la Siberia no podía ser más completa. La nieve no se acababa nunca. ¿Será posible que llegue la nieve hasta Alicante? Por fin desapareció unos 20 kilómetros antes de llegar. Cuando bajamos del tren, nos habíamos quitado tres o cuatro meses de encima.

Era media noche, pero qué distinta de la media noche anterior, cuando salimos de Madrid dando diente con diente. No hacía nada de frío. Era una temperatura, para nosotros, primaveral.

Fué lo único bueno que encontramos en Alicante. No habían preparado nada para nosotros. Nos metieron en una espaciosa habitación, echaron la llave por fuera y... ¡a dormir! Pero ¿cómo? ¡Ah, eso era lo difícil! Allí no había más que las paredes lisas y el suelo pelado. De camas, bancos, sillas, petates, lo que fuera, ni rastro. Ni el más rudimentario y tosco mueble de cualquier clase. Nada. Las paredes lisas y el suelo pelado. Bueno sí, todo hay que decirlo; en el centro de la habitación había un bidón grande y redondo de alquitrán, vacío, para que los 200 presos encerrados allí le fuéramos llenando durante la noche, según tuviéramos necesidad. A su lado, un bote de conservas, también vacío, para que nos facilitara la maloliente faena. ¿Qué más podíamos pedir?

Menos mal que todos los presos habían llevado una manta para arroparse en los camiones descubiertos en que salieron de Madrid y que yo, que estuve dudando si llevarla, puesto que había de ir en coche, a última hora pensé que una manta en aquellos tiempos nunca estaba de más, por lo que pudiera ocurrir. Aquellas mantas nos sirvieron de manta, de cama, de sábanas y colchón y, con los demás enseres por almohada, pudimos dormir aquella noche con la eficaz ayuda del cansancio y del sueño que llevábamos de reserva.

Al día siguiente nos pasaron a la cárcel, propiamente dicha, aunque impropiedades llamada Reformatorio de Adultos. Pero antes hubimos de pasar por una especie de aduana, donde sufrimos un rigurosísimo registro. No es que nos quitaran nada, no, sino que habíamos de dejar en depósito las cosas que no convenía que estuvieran en nuestro poder, tomando nota de todo para devolverlo «religiosamente» a nuestra salida. Una de las cosas que no dejaban pasar, no sé por qué, eran los libros. Yo llevaba un Epítome de Moral del P. Ferreres, escrito en latín. Cuando me lo

devolvieron a mi salida, tenía escrita con lápiz la siguiente curiosa advertencia: «Camaradas, no perdáis tiempo en «ojear» este libro que «uele» a cera. Seguramente este olor fué lo único que sacó del libro el camarada escritor que lo «ojearía» con la ilusión de que fuera una novela pornográfica.

Pero lo que de ninguna manera dejaban pasar era el dinero. Y era de ver la destreza de los «registradores» para encontrar el más pequeño billete en el más insignificante doblez de la ropa o en el más inverosímil escondite que cada uno había podido encontrar. Nada; allí no pasaba nada. Pero el dinero quedaba también en depósito, como los demás enseres, para devolverlo, sin faltar un céntimo, a la salida. Tantas pesetas entregadas al entrar, tantas pesetas devueltas al salir. Las cuentas no podían estar más claras.

Lo que las enturbiaba un poco era que ya estábamos en 1938, que ya había dinero «rojo» y dinero «de Franco», y que por la radio nacional nos habíamos enterado de las emisiones y números de los billetes que siendo ahora dinero «rojo» habían de ser también dinero «de Franco». Y lo peor de todo era que los funcionarios rojos también conocían esas emisiones y esos números y andaban a la caza de ellos como lebreles amaestrados, aunque no sé para qué, ya que su triunfo era indiscutiblemente seguro.

Yo tenía dos modestísimos billetes de 25 pesetas, de los buenos, y los iba guardando como oro en paño para los primeros días de libertad. Pero ahora bien claro veía que se me volatilizaban y me los convertían en dinero rojo. Porque pensar que había de burlar aquella rigurosísima aduana era pensar en lo excusado.

Cuando nos metieron en aquella habitación de la que habíamos de salir en fila india, bien registrados y limpiados de polvo y paja, unos cuantos más avisados o, simplemente, «avisados», encontraron un magnífico procedimiento de salvar los disputadísimos billetes; los tiraban con disimulo por una ventana que daba al patio de la cárcel y allí los recogían presos amigos que se los entregaban después. Pero, ¡qué pronto se dieron cuenta los rojos de aquel contrabando que tan caro les costaba! Se cerraron las ventanas, se redoblaron las precauciones y ¿quién es el que pasa ahora el más insignificante billetito? A pesar de todo, los presos no se daban a partido y seguían escondiendo sus billetes donde creían que era más difícil encontrarlos.

Pero todos lo eran: uno a uno iban saliendo a la superficie en las garras de los expertos encargados del registro. No había medio de pasar nada.

Yo me fuí quedando de los últimos, sentado en un banco, aprovechándome de mi cojera para ver si mientras tanto se me ocurría algún arbitrio salvador de mi pareja de billetes. Desgraciadamente, no se me ocurría ninguno. Desalentado, me levanté para salir. Cogí mis muletas y en aquel momento se me ocurrió que éstas podían ser eficaces auxiliares para mi empresa. ¿Y si metiera los billetes en uno de los almohadillados sobre los que apoyaba mis brazos al andar? Dicho y hecho. Descosí un poco la tela y por allí metí los dos billetes, bien dobladitos. Me dirigía tan satisfecho hacia la puerta, cuando el compañero que estaba detrás de mí en la fila me dijo en voz baja:

—Oye, tú llevas el dinero ahí en las muletas, ¿verdad? ¡Pero, hombre, eso se conoce a la legua!

Volví atrás completamente desilusionado, me senté otra vez y cogiendo las muletas, las alivié del contrabando fracasado. Pero durante esta operación se me ocurrió el procedimiento que había de lograr, al fin, el éxito apetecido. Saqué de las muletas las dos conteras de goma y en el hueco de cada una metí uno de los dichosos billetes. Cuando coloqué otra vez las conteras, bien apretadas, volví a caminar apoyado en las muletas y, exagerando un poco la cojera, me presenté ante los encargados del registro que registraron todo menos aquellas conteras de goma sobre las que yo iba tan trabajosamente apoyado.

Y empezó mi estancia en Alicante, breve pero inolvidable. Aquellos molestísimos días no los olvidaré jamás. Y no es que la vida en el Reformatorio fuera mucho peor que en Porlier, sino que yo venía mal acostumbrado de Madrid. ¡Ay, aquellas visitas de las hijas del señor Mariano, con la ropa limpia, con los víveres que habían podido reunir durante la semana! ¡Ay, aquellos botes de leche condensada que, llegados por diferentes conductos de caridad cristiana, jamás me faltaban en Porlier! Todo desapareció en Alicante. Allí no había más que el rancho «pelao».

Había además un tormento del que no se puede hablar por su especial carácter repulsivo, pero del que tampoco quiero dejar de hacer mención por ser uno de los mayores que padecí en la zona roja. Me refiero a los servicios de «higiene». Aquello era espantoso. El lector no puede for-

marse idea de lo que era aquello y yo no puedo tampoco decir más sin revolver el estómago. No se puede decir más de lo que queda dicho; espantoso. ¿No había medio de evitar tanta suciedad, por otra parte, inmoral? Yo creo que sí, pero ¡para eso éramos presos facciosos! Y basta ya de un tormento que — el único — cuesta recordar; ¡qué trabajo costaría sufrirlo!

Si lo material estaba así, ¡cómo estaría lo espiritual! ¡Adiós misas de Porlier con el cuarto abarrotado de fieles! ¡Adiós centenares de corrillos rezando el Rosario! De todo esto no había nada en Alicante. Algunos sacerdotes decían misa también allí, pero pocos y con menos facilidad que en Madrid. Yo, desde luego, no tuve proporción de celebrar ni una sola vez en Alicante. Me tuve que conformar con recibir de otro sacerdote unas cuantas Formas Consagradas y con ellas comulgar yo y dar la comunión a algunos otros, como a aquel joven de Mora de Toledo que dormía a mi derecha. También aquello era emocionante. El que primero se despertaba avisaba al otro. Nos sentábamos en nuestros durísimos petates y, después de unos minutos de preparación, sacaba yo de una cajita dos Formas Consagradas y, después de comulgar con una, depositaba la otra en la lengua del joven, sin que nadie se diese cuenta. El buen muchacho no podía comulgar con más comodidad.

Cuando yo se lo decía, bromeando, algunas veces, él agregaba que jamás lo había hecho con más fervor. ¡Pobrecillo! Ya una enfermedad traidora se iba aprovechando de su juventud y de tantas privaciones para apoderarse de él y asesinarlo muy pronto, cuando apenas paladeaba las mieles del triunfo. Supongo que en el Cielo se acordará de aquellas comuniones tan cómodas que yo le administraba y pedirá al Señor que yo suba a comulgar con él, también juntos en el Cielo como en Alicante.

El Rosario también se rezaba, claro está, porque donde haya cristianos se rezará siempre esta corona de la Virgen, pero ¡qué diferencia entre Porlier y Alicante! Aquí había que buscar los rincones, la oscuridad... Los Oficiales, capitaneados por «el Indio», vigilaban, olfateaban, castigaban con dureza. La mayoría de los presos rezábamos el Rosario paseando con otro por el patio — como hacíamos nuestras confesiones — o paseando completamente solos. Pero aun así no dejaba de haber peligro. Un día, Barberán, hermano del glorioso aviador, paseaba solo por el patio, con las

manos metidas en el bolsillo. Un oficial se le acercó de improviso.

—¿Qué está usted haciendo?

Noblemente, como buen militar, ingénuamente, como el que tiene conciencia de no hacer nada malo, Barberán, contestó la verdad:

—Estoy rezando el Rosario.

Aquello le valió ir al «tubo» —la cárcel de aquella cárcel— no sé cuanto tiempo, previa incautación, para que no volviera a las andadas del «cuerpo del delito», aquella cuerda de cáñamo con diez nudos que contaba las veces que el pobre prisionero volaba hasta el Cielo para saludar a su Madre, su Libertadora. El Oficial no sabía que la cuerda no hacía falta al preso; que los ángeles llevarían la cuenta de las veces que este repetía las palabras del otro ángel, mensajero de la Gran Liberación.

---

## CAPITULO XXV

EN LA CARCEL DE ORIHUELA. — DON JOSE ORTI  
GANA EL PLEITO. — LA ALEGRIA Y LA TRISTEZA  
DE MONSEÑOR CARRILLO. — EL DIABLO ASOMA  
LA OREJA. — UN TANTALO VOLUNTARIO. — LA  
MUY NOBLE Y GENEROSA CIUDAD DE ORIHUELA

Algo así como Eldorado para nuestros conquistadores de América, era la cárcel de Orihuela para los presos de aquellas tierras levantinas. ¡Cuántas leyendas circulaban por el Reformatorio sobre aquella cárcel que, más que de tal, parecía tener de Hotel de gran lujo sostenido por los rojos para solaz y esparcimiento de los odiados presos fascistas!»! No soy nada optimista por naturaleza, pero aquellas leyendas fantasmagóricas se repetían tanto que no pude sustraerme a su influjo y, por mucho «jierro» que quité de cuanto me decían, aún quedó en mí la idea de una bienaventuranza a todas luces inadmisibile en las circunstancias aquellas. El influjo del ambiente es avasallador y el que crea que puede sustraerse del todo a él, no conoce las fuerzas del hombre ni las del ambiente.

Todo júbilo era yo y cuanto me rodeaba aquel día 23 de enero, San Ildefonso, Patrón de Toledo, santo del rey... Los amigos me daban la enhorabuena, yo la recibía con cara de pascua, rebotante de alegría. Y todo esto con razón; me trasladaban a Orihuela. ¡Eldorado! ¡Eldorado! Yo lo dejaba en Elplateado, pero aunque fuera solamente Elniquelado, siempre quedaba la idea de algo limpio y brillante que contrastaba con aquella suciedad famélica que abandonaba. ¡Alleluya!

Al llegar a Orihuela, nuevas enhorabuenas, ahora de

bienvenida, nuevos abrazos de tantos amigos queridos como me estaban esperando. Descollaba entre todos por su prócer estatura — casi tan grande como su bondad e inteligencia — don José Ortí Meléndez-Valdés, con quien había convivido fraternalmente en la cárcel de Porlier. Inmediatamente «me anduvo los pasos» y me consiguió uno de los mejores sitios en el dormitorio primero. Intereses opuestos se movieron no obstante, con presteza y desbarataron su obra, relegándome al peor sitio, ya en la misma puerta del retrete, que era el que, según algunos «notables» del dormitorio, me correspondía. Pero ¡para qué era abogado don José sino para los pleitos difíciles! Se encaminó al despacho del Director y, no sé qué argumentos emplearía en la defensa de mis derechos que, a los pocos minutos, bajó con un Oficial de la prisión que ordenó — en nombre del Director, que me fuera restituído el buen sitio del que — por lo visto, injustamente — había sido despojado.

Yo me mantuve completamente neutral en aquel pleito en que era el más interesado. Temía que aquello me hiciera antipático a los demás, con los que había de convivir en adelante. Luego pensé que nadie es antipático si tiene de su parte a los que mandan.

Un abrazo muy apretado recibí también de Monseñor Carrillo. Y una sincera y afectuosa bienvenida. Aunque esta por otra parte — ¡oh condición inseparable de todas las cosas humanas! — estuviera mezclada con cierta agri—dulce tristeza. Nuestra convivencia iba a ser muy breve ¡la guerra estaba acabando! Según su opinión, duraría un mes aproximadamente. Todo lo más, ya con criterio francamente pesimista, dos. Y se puso a demostrarlo con argumentos incontrovertibles, clara y hábilmente razonados. Yo fui cruel con él. Cuando más entusiasmado estaba en sus razonamientos...

--Don Amadeo — le dije — no se moleste en convenirme de que la guerra está acabando. Ya estoy convencido. Me convenció usted con estos mismos argumentos en la cárcel de Porlier, ¿no se acuerda? ¡De esto hace ya más de un año!

Menos mal que don Amadeo era imperturbable. Soltó una alegre carcajada y exclamó, dándome un golpe en la espalda:

— ¡Con usted no hay quién pueda! Sigue tan cenizo como siempre.

Al día siguiente ya celebré misa en una habitación de

la enfermería, que fué mi capilla todo el tiempo que permanecí en Orihuela. Allí todos los sacerdotes celebrábamos diariamente y como éramos tantos, los domingos no había celda, dormitorio o galería sin su correspondiente misa con explicación del Evangelio. Allí no quedaba un preso sin oír misa los días de precepto. La vida religiosa no podía ser más pública. En ocasiones — así en Semana Santa, que celebramos con unos coros, nutridos y disciplinados, dignos del mejor Seminario — estoy por decir que demasiado, porque yo ya lo encontraba peligroso. Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír y allí nadie quería oír nada, aunque los cánticos religiosos se oyeran desde la misma ciudad.

En aquel ambiente tan piadoso, el diablo asomó una vez la oreja. Y fué en mi dormitorio. En una discusión acalorada, a un preso se le escapó una blasfemia. ¡Dios mío, la que se armó! ¡Qué silbidos, qué voces de «fuera, fuera, a la cuadra»! Aquello daba miedo. El preso, todo acobardado, declaró que se le había escapado en el calor de la discusión, que no tenía esa costumbre, que no lo volvería a hacer. Pero con aquel escandalazo, ni se le oían siquiera, fuera de los que estábamos próximos, las explicaciones que intentaba dar. Seguían los silbidos, Seguían las voces pidiendo su expulsión del dormitorio. El pobre blasfemo acudió a los tres sacerdotes del dormitorio — Monseñor Carrillo, el P. Pérez de Toledo, agustino, y yo — en busca de amparo y protección. Con gran trabajo pudimos conseguir que, por una vez, se le perdonara, ya que estaba arrepentido y había prometido solemnemente no volver jamás a hacerlo. Y todo esto cuando no había más que asomarse a la puerta de la calle ¡para escuchar más blasfemias que palabras! ¡Eldorado! Eldorado, sí, era aquello en la parte espiritual.

En la parte material, ya era otra cosa. Seguramente había estado muy cerca de serlo atendidas las circunstancias, pero... Pero la guerra duraba mucho. Había tiempo para todo. Había tiempo hasta para que se sintiera la escasez en aquel privilegiado rincón de la España roja y para que los buenos deseos del Director de la cárcel se vieran, por eso, frustrados ante la trágica realidad. Llegó también el hambre a aquella cárcel privilegiada. Hasta donde llegó, un detalle curioso lo pondrá de manifiesto.

Cuando yo ingresé en ella nos daban para cenar una paletada de ensaladilla compuesta de patatas cocidas, tomate crudo y cebolla cruda también. Al cabo de una tempo-

rada, nos quitaron las patatas, y al cabo de otra más breve, nos quitaron también el tomate. ¡Catastrófico! La cena quedó reducida a una paletada de cebolla cruda, picada. ¿Quién comía aquello? Yo, desde luego, no. Ni probarlo. Así estuve unos cuantos días, pero como la comida de mediodía era también muy flojilla — del desayuno no hay que hablar; era un vaso de agua caliente y oscura —, el hambre llegó a apretar de manera que me agarré a lo único que tenía para llevarme a la boca: la cebolla cruda.

Y no paró ahí mi claudicación, sino que, como mi ración pasó sin dificultad y, por otra parte, no sació mi hambre atrasada, me comí también la de un compañero que me la cedió. ¡Nunca lo hubiera hecho! A la media hora creí llegado mi fin. ¡Que ardores de estómago, qué sudores, no sé si fríos o calientes, qué angustias, qué malestar! ¡Nunca me he sentido más próximo a la muerte! No parece que la cosa tuvo gravedad real y pasó sin más consecuencias. Pero yo, ya escarmentado, volví a mi primer propósito y me pasaba las noches sin probar bocado. Enflaquecí de una manera alarmante. Aunque, desde luego, no tanto como don José Orti. Me lo encontré un día, melancólico y con cara de disgusto. Me extrañó bastante, dado su carácter, ordinariamente alegre, pero no le faltaba motivo, según me explicó en seguida:

—He estado en la cocina y he aprovechado la ocasión para pesarme. Si lo sé, no lo hago. ¡No peso nada más que 95 kilos!

Me reí del «nada más» aplicado a una cantidad tan exorbitante y bromeamos un rato sobre ello. Pero la verdad era que el pobre había perdido muchos kilos, lo que, unido a tantas tribulaciones y peligros como había pasado, le acreó después una grave enfermedad.

Muchos kilos no podía yo perder porque no los tenía, pero perdí fuerzas a tal extremo que apenas podía moverme. Al principio estudiaba, aprovechando los libros de la biblioteca de la cárcel — antiguo seminario —. Después me limité a leer cosas ligeritas, para las que no se necesitaba esfuerzo grande, pero al fin tuve que dejar de leer en absoluto y hasta suprimir el paseo que después de comer dábamos por aquel admirable balcón asomado a la ciudad y su hermosa vega. No podía hacer nada. Me pasaba los días enteros sentadito en mi petate, hecho un Buda cristiano, ahorrando las pocas energías que aún conservaba.

¡Y todo esto, mientras estaba rodeado de víveres por

todas partes! Casi todos los presos recibían una o varias «capazas» repletas de pan, patatas, boniatos y otras cosas más sustanciosas y les tenía sin cuidado la calidad y la cantidad de la comida que nos daban, que para mí era el único alimento. ¡Aquello era el suplicio de Tántalo!

Pero yo no era digno de compasión. Yo era un Tántalo voluntario. No tenía más que alargar la mano, y los víveres hubieran venido con presteza a saciar mi hambre, porque para eso estaba la inagotable generosidad de Orihuela para los presos. Pero yo no alargaba la mano. ¿Por qué? Todos me repetían machaconamente:

—Escriba usted a Orihuela y le mandarán una capaza, no lo dude. Sobre todo siendo sacerdote.

Ya lo sabía yo. Es inimaginable la cantidad de víveres que entraban en la cárcel. Yo, un día que estaba a la puerta cuando entraban las capazas, quedé asustado de su cantidad. ¿Es posible que las autoridades de Orihuela consientan esto, ya en tiempo de gran escasez? Porque aunque el pueblo sea bueno, aquí tiene que haber Frente Popular! Pero el pueblo de Orihuela estaba con los presos y sus autoridades no sé si no podían o no querían oponerse a ello.

Aquella generosidad no se limitaba a los víveres. Un día me encontraba yo en la enfermería cuando llegó de Orihuela un ordenanza diciendo que no había encontrado no sé qué cosa que le habían encargado. Hizo relación de todas las gestiones que había hecho, de todos los sitios a donde había ido, pero todo sin resultado. El Director escuchaba contrariado y pensativo. Al cabo de un rato preguntó:

—Pero, bueno, ¿has dicho que era para los presos?

El ordenanza respondió que no había dicho nada.

—¡Pero, hombre, si es lo primero que tenías que haber dicho! Anda, anda y dí que es para un preso que lo necesita.

No sé lo que ocurriría aquella segunda vez. Para el caso es lo mismo, porque la anécdota dice bien claro lo que pasaba; que en Orihuela, siendo para los presos, se encontraba todo y que si algo no se encontraba, bien podía asegurarse que en la ciudad no había persona alguna que la tuviera.

Yo no sé si los presos hemos correspondido individual o colectivamente a los desvelos de aquella noble ciudad para con nosotros, o estamos en deuda de gratitud. Por mi

parte, quiero saldar en algo aquella deuda haciendo resaltar aquí su noble actitud y mi público agradecimiento.

Aunque yo no me aproveché de su generosidad; seguía sin escribir a nadie. No hizo así don Amadeo. Un día se me acercó.

—Yo ya me he cansado de pasar hambre — me dijo — He escrito a cinco direcciones diferentes en Orihuela. Supongo que alguna contestará con una capaza.

Don Amadeo se equivocó. Contestaron las cinco.

## CAPITULO XXVI

### UNA BUENA FAMILIA DE ALMORADI. — POBRES Y RICOS. — EL SIGLO FUTURO

Pero yo seguía sin escribir a nadie. ¿Por qué? Antes he hecho esta misma pregunta. Pero como no la respondí entonces, vuelvo a hacerla ahora de nuevo. Pero ahora tampoco puedo responderla. Es asombrosa la incapacidad que tiene el hombre para conocerse a sí mismo. Muchas veces he pensado desde entonces sobre ello y no he llegado a saber por qué no hacía una cosa que encontraba razonable y que alababa en los demás. ¿Fué por soberbia, por orgullo y altivez o, al contrario, por humildad, por delicadeza o caridad, no deseando molestar a nadie? ¿Fué por providencialismo o por fatalismo? ¿O fué simplemente por abulia, por indolencia, por timidez? Cada una de estas causas me ha parecido muchas veces la verdadera, pero luego he cambiado de opinión y me ha parecido otra. Otras veces he creído que todas han influído en mi actitud. Pero, ¿cómo, siendo tan contrarias, pueden haber coincidido en el mismo efecto? Después de todo, nada importa y para la narración basta con dejar consignado el hecho inexplicable de mi tozudez en no pedir un socorro que me hacía falta y que estaban deseando concederme.

Y no sé lo que me hubiera sucedido si Dios no se apiada de mí y tuerce el rumbo de las cosas de la manera suave y eficaz con que suele actuar su Providencia. Un día se presentaron en la cárcel dos muchachas de Almoradí con una capaza repleta de provisiones. No conocían a nadie. Sólo la caridad las impulsaba. Preguntaron si había algún preso necesitado a quien pudieran socorrer y el amigo Del Negro que pasaba por allí no desperdició la ocasión de fa-

vorecerme. Mucho me había sermoneado el joven médico madrileño para que yo escribiera a Orihuela, sin llegarme a convencer jamás. ¡Ahora era la suya! Y se apresuró a contestar.

—Yo conozco a un señor que es de muy lejos de aquí y no tiene nadie que le socorra. Es un sacerdote.

—Mejor — dijeron las muchachas —. A nuestra madre le agradará mucho que socorramos a un sacerdote.

Me llamaron. Me entregaron la capaza y me dijeron que todas las semanas vendrían a visitarme. Después me preguntaron si necesitaba alguna cosa más. Respondí que no, pero ellas volvieron a insistir con mucho interés. Fueron enumerando cosas que yo pudiera necesitar... ¿y esto?... ¿y lo otro? Todas las tenía yo o no las necesitaba.

—¿Y dinero? — dijeron, por fin —. ¿Tiene usted dinero?

—No lo tengo. Pero no lo necesito. El dinero aquí no sirve más que para comprar dos cosas; ropa y comida. Ropa tengo la suficiente, comida me la tren ustedes... ¿para qué quiero dinero?

La razón era bien clara, pero ellas — ¡Dios las bendiga! — se convencieron muy a regañadientes y se despidieron hasta la semana siguiente.

Y a la semana siguiente, la misma visita y la misma capaza. Y al final de la visita, la misma pregunta:

—¿Necesita usted alguna cosa? — Y la misma contestación:

—No, nada. Muchas gracias.

Pero ahora una de las jóvenes se puso muy seria.

—Bueno, pues nosotras no nos volveremos a casa sin que usted nos haya pedido algo. ¿Usted sabe la regañina que nos echó nuestra madre cuando la dijimos que usted no había pedido nada?

—Claro, ¡el pobre señor! — nos dijo —. No se habrá atrevido... Vosotras debíais haber insistido para convencerle.

—¡Sí, insistimos varias veces, madre! Si le preguntamos si necesitaba muchas cosas que le fuimos diciendo... Es que no necesita nada.

—¡Vaya, me vais a obligar a ir yo a Orihuela!

—Y mire, Padre — continuó la joven con aire de preocupación — mi madre está bastante enferma, sin poder apenas moverse. No la sentaría bien este viaje. Y viene,

viene, estoy bien segura, como no la digamos qué nos ha pedido usted alguna cosa. ¡Usted no conoce a mi madre!

No, no la conocía. Pero ¿qué más necesitaba conocer después del relato de sus hijas? ¡Sus hijas, tan buenas! Habrá que pedirle algo. Pero, ¿qué voy a pedir? Y empezamos a buscar alguna cosa que no fuera un engaño completo. No encontrábamos ninguna. Como la otra vez, lo que se nos ocurría, o lo tenía yo, o claramente no lo necesitaba. Al fin, dijo una joven:

—¿No dice usted misa? ¿Y si nos pidiera usted velas y vino de misa?

—¡Pues, es verdad! Eso: ¡velas y vino de misa! Ahora tengo, pero cuando se me acaben tendré que comprar.

Las dos jóvenes se marcharon ya contentas. Al llegar a su casa, la madre estaría esperándolas, intranquila. Pero ellas la tranquilizarían bien pronto. Al fin, el sacerdote necesitado había vencido su delicadeza, su resignada virtud; había pedido lo que necesitaba. Y la buena señora, anciana y enferma, se retiraría a descansar, ya con el corazón tranquilo. Y el penoso viaje a Orihuela ya no era necesario.

Yo me quedé pensando. ¡Las almas grandes hacen pensar! Pensé que Dios tal vez permita tantos crímenes para que estas almas buenas puedan dar sus frutos admirables, para que hagan eclosión, como una rosa, de los tesoros de vida aprisionados en el capullo. Mucho ruido hacían entonces los robos, los asesinatos, los sacrílegos incendios, las salvajadas comunistas. Bien a la vista estaban. Todos los veían. Y nadie veía a una mujer, enferma y anciana, que tenía un corazón abierto a todas las miserias, deseando hacer los mayores sacrificios para remediarlas. Pero la veía Dios. Y estoy seguro que para El pesaba más aquel corazón generoso que — en el platillo opuesto — los crímenes comunistas. Y por eso seguiría viviendo España. Porque — al contrario que en Sodoma —, en España se encontraron muchas almas justas como aquella anciana de Almoradí.

Las capazas de aquellas buenas almas me restituyeron a la vida. Volví a pasear, volví a leer, hasta volví a estudiar. Y cuando a la mañana siguiente de recibir la capaza estaba yo, sentado en mi petate, comiéndome una patata cocida a la que, de vez en cuando, echaba un poquito de sal, me consideraba el más feliz de los mortales. ¿Qué eran al lado de aquella patata los manjares más exquisitos que

había comido en mi vida? Y me di cuenta entonces de que a los ricos, tan envidiados, les están vedados los grandes placeres materiales de la vida. Del placer de la comida no saben nada. Del placer de la cama no tienen la menor idea. Y así de todos los demás. Yo ahora estaba gozando de un placer desconocido, precisamente porque hasta la cárcel no había sido pobre y aunque creía que había pasado hambre en muchas ocasiones, estaba bien equivocado. Hambre era aquella, la del pobre, la de un día y otro, la de un mes y otro, la de un año, la de muchos años. Y esa era la salsa, de que habló Cervantes, que colocaba a aquella insípida patata que yo comía en mi petate, sobre las langostas y las trufas que, sin ella, comen los ricos sin placer alguno. Ellos no pueden hacer más que proporcionar a los pobres ese placer a ellos prohibido. Eso también es placer, ya lo sé. ¡Y más grande! Pero no es material. Felices los ricos que se dan cuenta de que esos son sus placeres, y son los únicos que buscan, reconociendo que, en los materiales, ¡serán siempre vencidos por los pobres!

Volvamos a nuestra narración y en ella retrocedamos un poco para aquietar mi conciencia de historiador veraz ante una inexactitud que se ha deslizado unas líneas más arriba. Se dijo allí que en la cárcel de Orihuela todos los sacerdotes celebrábamos diariamente la Santa Misa; que ningún preso se quedaba sin oírla ningún día de precepto. Pues bien, eso no es verdad. Había un sacerdote que nunca decía Misa; había un preso que no la oía ningún día de precepto. ¿Un nuevo caso de «satanismo», como en la cárcel de Porlier? No, nada de eso. Aquel sacerdote que no decía Misa, aquel preso que no la oía ningún día de precepto eran una sola persona y esa persona era buena, piadosa, ejemplar, pero... de una terrible intransigencia. Don José Ortí le bautizó con un nombre que a todos nos pareció expresivo de su idiosincracia: «El Siglo Futuro». Así le llamábamos, con respeto y admiración para su virtud y consecuencia, pero con un poquito de ironía también para aquella intransigencia que nadie compartía en la cárcel.

«El Siglo Futuro» no podía ver con buenos ojos — ¡cuánto menos celebrarlas! — aquellas Misas carcelarias por la sencilla razón de que para él no eran Misas, sino espantosos sacrilegios, ya que eran una burla y menosprecio de todos los preceptos de la Liturgia Sagrada. Desafiaba a cualquier sacerdote a discutir con él este punto,

con los libros en la mano. El iba siempre armado con un ejemplar de la Liturgia de Antoñana, para no ser cogido desprevenido en cualquier discusión imprevista que pudiera suscitarse. Tenía ya preparado un escrito para la Sagrada Congregación de Religiosos, poniendo en su conocimiento los «horrendos sacrilegios» que se habían cometido en aquella cárcel.

—Yo he visto a un fraile — me dijo con cara de espanto, al mismo tiempo que levantaba el dedo índice como un pararrayos dispuesto a recibir todas las descargas de la ira divina, justamente provocada por lo que iba a referir — sacar de una cajita que llevaba en el bolsillo una Forma Consagrada y dar la comunión a un muchacho que llevaban al campo de trabajo de Albaterra. ¡Y todo esto, estando los dos sentados en el camión! ¿Qué le parece, tengo razón para dar cuenta de esto a la Sagrada Congregación?

Y clavaba en mí sus ojos acerados exigiendo una respuesta por mi parte. Yo no tenía muchas ganas de discusión y me callé, como respuesta poco gallarda. El interpretó a su modo mi silencio.

—Claro, usted no lo cree, seguramente, que se hayan hecho cosas de estas, ¿verdad? —. Y me miró otra vez con más fijeza, como pidiéndome una aquiescencia más expresa que el silencio. Había que decirle algo ya, y desde luego aprobatorio, y confesé que no, que no lo creía, agarrándome a muy discutibles restricciones mentales, segundas intenciones, terceras significaciones y todas las argucias a que podía acudir un leguleyo ergotista, porque «creer lo que nos dicen es dar fe a sus palabras y fe es creer lo que no vemos, y yo esas cosas las había visto y, ¡ay!, las había hecho también». ¿Pero quién confesaba a «El Siglo Futuro» que yo había dado la comunión sentado en un petate y sacando la Sagrada Forma de una cajita que llevaba en el bolsillo?

«El Siglo Futuro» era el único y auténtico «cenizo» que yo encontré en mis andanzas por las cárceles rojas. Ya sé que en la cárcel de Orihuela esa fama no la ostentaba él sino el Padre Pérez de Toledo que el Miércoles de Ceniza vió desfilar por su petate una gran cantidad de presos para felicitarle por su «onomástico». Pero eso era una de tantas injusticias de la vida. El Padre Pérez de Toledo no era más que un «realista» como yo, pero que no sabía.

callar como yo — no sé si cobarde o valientemente —, callaba ante las irracionales fantasías de los «optimistas».

El «cenizo», el auténtico «cenizo» era «El Siglo Futuro». Pesimista por naturaleza, ahora, además, parecía haberse puesto unas gafas que todo lo entenebrecían. Carne de gallina ponía al escuchar sus pavorosos razonamientos y sus lúgubres predicciones para un futuro más o menos inmediato. Cuando lo del Ebro, creyó ver sus tétricas predicciones confirmadas y anunció a bombo y platillo que una nueva era comenzaba para nosotros; la de la tragedia. La anterior, con todos sus horrores, había sido para él la era de la comedia. Gracias a Dios, nuestra victoria era ya segura, pasase lo que pasase y, convencidos de ello, todos nos reíamos un poco de aquella nueva era de terror que «El Siglo Futuro» se había sacado de sus gafas negras.

## CAPITULO XXVII

### ¡QUE TRISTE ES MORIR ASI! — CAMINO DEL FRENTE. — EL ULTIMO PELIGRO

Yo había cumplido ya mi condena de un año y un día. Pero, como siempre había supuesto, seguía en la cárcel. Y no lo llevaba a mal ahora, no. Al contrario. Nunca me había hecho ilusiones de salir de la cárcel. Ahora me las hacía de no salir de ella. Porque la terminación de la guerra estaba cerca y yo quisiera que me encontrara allí, en aquella cárcel que estaba en pueblo amigo, que tenía un Director amigo. Allí no cabía el temor a los últimos coletazos del comunismo que, ponía un poco de sordina a la alegría de nuestras esperanzas.

Pero estaba de Dios que yo no había de gozar de un momento de tranquilidad en Zona Roja. Tuve que salir ¡ay!, de la cárcel; tuve, ¡ay!, que dejar de ser presidiario. Estos dos ayes lastimeros salidos del fondo de mi alma necesitan alguna explicación, porque nadie comprenderá que se lancen así al recordar dos sucesos tan felices. Y, sin embargo, mi malaventura me obliga a repetirlos cuantas veces recuerde aquellos acontecimientos.

Porque salí de la cárcel, pero para ir al frente. Dejé de ser preso, pero para ser miliciano, ya que hasta mi quinta tuvieron que llamar los rojos. Y yo no iba a ser un miliciano como los demás. Iba a ser un miliciano, pero «sacado de las cárceles de facciosos». Yo, y otros como yo, íbamos a formar una compañía, un batallón, lo que fuera, bien conocidos de los rojos, bien controlados, bien vigilados... ¡Y, al frente! ¡A primera línea! Y allí. ¡Todos enemigos! Los de enfrente porque no me conocen y los de la espalda porque me conocen demasiado. ¿Cómo esquivar

¿Las balas de aquel fuego concentrado sobre mí? ¿Cómo soslayar el abrazo de la muerte?

Y todo esto cuando ya suenan los clarines de la victoria, cuando ya hay banderolas y gallardetes preparados para recibarnos en la Tierra de Promisión. ¡Qué triste es morir así, a la vista de la Tierra Prometida desde un «Horeb» maldecido surgido de los profundos del Infierno! ¡Qué triste es morir así!

En los rostros de los que me despedían se podían leer los sentimientos de los que despiden a un hermano que embarca frente a la tempestad. Ellos quedaban allí, anclados felizmente en el puerto sosegado, haciendo sus preparativos de libertad, ensayando las canciones del triunfo. ¿Qué deshecha tempestad me arrebató a mí ahora para sumirme otra vez en la intranquilidad, en el peligro y — miedo me da decirlo —, tal vez en la muerte? Miedo me da decirlo por primera vez, quizá por única vez. Nunca temí la muerte. Ahora sí. Ahora quería vivir, quería ver la victoria cuya aurora tornasolaba ya el horizonte, quería ver el triunfo y gozar de él, paladear sus mieles... Y ahora se presentaba el espectro de la muerte — aunque siempre lo es —, ¡nunca tan intempestiva! Sea lo que Dios quiera!, repetí con toda mi alma. Pero, por única vez que recuerde, pedí a Dios que me conservara la vida.

Día 23 de enero — San Ildefonso, Patrón de Toledo, Santo del rey — de 1939. Salía yo de la cárcel de Orihuela con semblante bien distinto del que tenía cuando entré en ella, justamente hacía un año, procedente de Alicante.

Ahora desandaba el camino. Volvía a Alicante, para reunirme con los que, estando en mi misma situación, habían de acudir de las distintas cárceles y campos de trabajo. Era la primera etapa de nuestra marcha hacia el frente. Pero, ¡qué distinto también el semblante que ahora presentaba el Reformatorio! Fuera de las paredes — ¡y la comida! — todo había cambiado en aquella casa. «El Indio» estaba allí, pero apenas se le veía. Los otros oficiales hacían ya la vista gorda. Ahora se rezaba el Rosario como en Porlier, y, cuando empezó la Cuaresma, en mi dormitorio se hacía el Via Crucis todos los viernes con un sermón-cito al final. ¡Quién lo hubiera dicho un año antes!

La guerra seguía su curso, la victoria venía a todo correr hacia nosotros, y el horizonte volvió a teñirse de color de rosa. Los rojos no se daban prisa a sacarnos de Alicante y pronto calculé que, por pocas etapas que hubiera como

aquella para llegar al frente de batalla, a mitad del camino nos daríamos de manos a boca con la victoria que pararía en seco nuestro caminar. El espectro de la muerte que surgió a mi salida de Orihuela fué esfumándose poco a poco. Sus contornos eran cada día más difusos, casi imperceptibles ya. ¿Quién habla de muerte ahora? Allí no se hablaba sino de victoria. Y la victoria es vida, alegría, optimismo.

Encarnación de este espíritu podían ser considerados o tres simpáticos estudiantes de Bilbao que cada día alborotaban el dormitorio lanzando un grito de guerra que también era optimista porque hablaba de victoria, al fin y al cabo:

— ¡Hay que acabar con las ratas! ¡Hay que acabar con las ratas!

A pesar de que en esta guerra la victoria parecía más difícil de conseguir que contra los rojos, ellos usaban un procedimiento con el que la alcanzarían infaliblemente, y si todos lo aplicáramos como ellos, no quedaría una rata ni en la cárcel más roja del mundo. Consistía, sencillamente, en coger las ratas, desollarlas, lavarlas y freírlas. Cuando aquellos muchachos habían terminado estas sencillas operaciones, hacían su entrada triunfal en el dormitorio lanzando su grito de guerra y levantando sobre sus cabezas los platos en que las ratas, bien doraditas y calentitas, estaban — según ellos —, diciendo, ¡comedme! Pero se conoce que lo decían en vascuence y nadie lo entendía, fuera de ellos, que todos los días se daban un gran banquete, alcanzando una triple victoria: sobre las ratas, sobre el hambre y sobre el pesimismo.

Un encuentro afortunado tuve allí; el de don Patro, como cariñosamente le llamaban todos. Hacía muchos años que no nos veíamos. Tanto que, habiendo sido casi condiscípulos (en los primeros años de Seminario, no nos reconocimos ninguno de los dos. Nos hablamos como dos presos de tantos. Luego, en la conversación, se descubrió que los dos éramos sacerdotes; después, que los dos éramos de Toledo y, por fin, que éramos Patrocino Ruiz Agudo y yo. Nos dimos entonces un fuerte abrazo — era la época de los abrazos — llenos de alegría, y ya fuimos compañeros inseparables hasta el fin de nuestra odisea.

En unos cuantos camiones, todos los milicianos forzosos emprendimos el camino de Alcoy, segunda etapa de nuestra marcha hacia el frente. Ibamos bien custodiados por

numerosos guardias de asalto, pero los pobres tenían unas caras de derrota que daban lástima. Más que de vigilarnos, de lo que se preocupaban era de congraciarse con nosotros que, a pesar de las apariencias, éramos ya los «amos». ¡Nos consolaban, nos animaban ellos que, eran los necesitados de ánimo y de consuelo!

—No tengan cuidado, que esto se acabó. Ustedes ya no tienen nada que temer.

Así lo creíamos nosotros. Por eso nuestras caras eran tan distintas a las suyas. Casi por consolarlos, expuse algún reparo, insinué alguna duda que, sinceramente, no tenía:

—Sí, sí: eso dicen todos, pero nuestra vida no cambia. Yo no sé... El otro día, en el Reformatorio, creí llegada la libertad. A voces se dijo por toda la cárcel que había terminado la guerra. Todos los presos nos reunimos en el «abanico» medio locos de alegría. Hubo vivas a Franco, hubo aplausos estruendosos, gritos alborozados. Allí estaban también los oficiales de la prisión, pero no decían una palabra, cariacontecidos, confirmando con su actitud la buena nueva... Y luego, nada. Seguía la cárcel, seguía la guerra. Y aquí estamos nosotros ahora, camino del frente.

—Al que no llegarán —dijo un guardia con aire descorazonado—. Esto está perdido.

Que era lo mismo que decir: esto está ganado. Pero desde nuestro ángulo de visión:

—Ustedes —dijo remachando el clavo, seguramente con el dolor de no poderse aplicar aquellas palabras— ya no tienen peligro alguno. Todos en nuestro interior, participábamos de aquella creencia. ¡Pero, qué bien dijo el que dijo que hasta el fin nadie es dichoso! ¿Quién diría que aún nos esperaba un momento de más peligro que todos los que hasta entonces habíamos pasado?

Fué en Serelles, campo de trabajo de Alcoy, pero más próximo a Cocentaina y a Muro. Nos metieron en una grandísima nave que había servido de almacén de una fábrica de papel de fumar. Allí dormimos como pudimos, que fué bastante mal, algunos, entre ellos don Patro y yo. Lo mejor es enemigo de lo bueno y más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Como buen paisano de Sancho, don Patro conocía la verdad que se contiene en estos refranes populares y quiso tomar posesión de unas sacas de paja que estaban tendidas en el suelo para que sirvieran de colchones a los presos. Yo, que no soy man-

chego, preferí esperar a que trajeran las que faltaban, ya que las que nos encontramos en el suelo no eran ni la mitad de las que se necesitaban. Creí que las que nos trajeran serían mejores que aquellas, porque peores y más molestas no podían ser. Para un saco de paja siempre tendríamos tiempo. A esperar. Y aún estaríamos esperando sino hubieran tocado a silencio, que fué la señal para que cada uno se arreglara con lo que tuviera, sin esperar saca ni petate de ninguna clase.

Nos arrebujaamos en nuestra manta y nos tendimos en el santo suelo que tenía más de duro que de santo, aunque como instrumento de penitencia merecía todas las bendiciones. Intentamos dormir, pero el sueño se resistía a hospedarse en el ruín alojamiento que le habíamos preparado y sólo después de mucho tiempo y de dar nosotros muchas vueltas a izquierda y a derecha, venía a entornar un poco nuestros párpados, alejándose en seguida en busca de mejor acomodo.

Cuando mayor era el silencio en todo el campo, empecé a oír a lo lejos el ruido de unos motores de coches o camiones. Nada de extraordinario tenía aquello y nada me intranquilizó y supuse que pasarían por alguna carretera próxima, por mí desconocida. Algo me intranquilizó al percibir que aquellos coches sonaban cada vez más próximos a nosotros, pero aún seguía creyendo en una carretera próxima que no condujera precisamente al campo de trabajo. Al cabo de unos minutos no cabía duda; aquellos coches venían a nuestro alojamiento. Los motores se oían ya a pocos metros y los potentes faros de carretera inundaban de luz nuestro dormitorio. No conocía las costumbres de la casa, pero aquella visita a aquellas horas me parecía que no podía ser normal. Se oían ya las voces de muchos hombres y, ¡ay!, de algunas mujeres. No sé por qué, aquellas voces femeninas me llenaron de sobresalto. ¡Aquello no podía ser nada bueno! ¿Pero, qué malo podía ser ya, con la guerra perdida por los rojos, en un establecimiento oficial bien custodiado por guardas con fusiles? Quise desecher todo temor y dejarme de conjeturas, pero no pude; cada vez estaba más intranquilo. Los coches pararon ya, cesó el ruido de los motores y sentí bajar un grupo numeroso de hombres que hablaban en voz alta con sus correspondientes blasfemias. Aquellos no eran presos. Aquellos tenían que ser rojos. ¿A qué podían venir allí más rojos que los que nos guardaban con sus fusiles? Algunos com-

pañeros roncaban tranquilamente y esto me tranquilizaba también a mí, porque veía que ellos no encontraban en todo aquello motivos de inquietud.

Me iba ya acomodando a la idea de que era yo el único que tenía miedo en el dormitorio, cuando don Patro me dió repetidamente con el codo, diciéndome en voz baja:

—¿Oyes? ¿Estás oyendo?

—Sí, oigo, estoy oyendo. ¿Qué quieres? ¡Déjame dormir! — le respondí todo malhumorado, no porque no me dejara dormir, sino porque había hecho renacer en mí los temores que el roncar tranquilo de algunos había hecho casi desaparecer. ¡Ay! No era yo solo el que veía en todo aquello motivos para temer. Don Patro tenía tanto miedo como yo. ¡Y como don Patro, cuántos habría! Seguramente todo el dormitorio, fuera de aquellos pocos que roncaban y que ahora calificaba ya de inconscientes, que no me tranquilizaban nada.

Don Patro y yo no nos volvimos a decir una palabra; no hacíamos más que dar vueltas en nuestra manta, a derecha y a izquierda, escuchando intranquilos las voces y blasfemias de los rojos que merodeaban al exterior.

De pronto aumentaron las voces y sentimos un empujón enorme a las puertas del dormitorio. Don Patro y yo, como movidos por un resorte, dimos un salto en la manta:

—¡Ya! — dijimos los dos al mismo tiempo. Y quedamos sentados en el suelo, anhelantes, con los ojos fijos en la puerta, esperando la repetición del empujón, porque al primero las puertas habían resistido sin dejar el paso libre. Casi todos los presos estaban en la misma actitud, con la misma angustia que nosotros dos.

Pero el empujón no se repitió ya más. Se oyeron desde fuera algunas voces imperativas, oímos palabras como si hubiera alguna discusión y luego nada; se fueron alejando las voces y, al cabo de un rato, volvimos a escuchar los motores de los camiones que se alejaban.

A la mañana siguiente, un muchacho que estaba de escribiente en la Oficina del campo, nos aclaró:

—Ustedes habrán pasado muchos peligros, sin duda alguna, pero más cerca de la muerte que esta noche no han estado jamás, puesto que viven.

Lo que había ocurrido era que el partido comunista de Alcoy había acordado apoyar a los de Madrid en aquella sublevación contra los que querían rendirse a los nacio-

nales. Los de Alcoy empezaron a hacer acopio de toda clase de armas y pensaron en seguida en los fusiles que había en el Campo de Serelles para custodiar a los presos. Como el director del Campo era comunista, no vacilaron en enviar sin perder tiempo hombres y camiones para recoger los fusiles y demás armas que hubiese, previo asesinato de todos los presos que había que vigilar.

Esta era la orden del Partido que, llevaban los ocupantes de aquellos camiones que tanto nos intranquilizaron. Aún antes de hablar con el camarada director, ya intentaron algunos — más impacientes o más sanguinarios — ir poniendo en práctica las órdenes del Partido, empezando la degollina de los presos que debíamos de dormir — ¡pero que no dormíamos! — en el almacén. Entonces dieron aquel terrible empujón que nos levantó en vilo de nuestras mantas. Menos mal que las puertas eran fuertes y resistieron bien. Aquello nos salvó. Allí no se podía entrar sino abriendo las puertas, cuyas llaves guardaba el camarada Director. Había que contar con él. Claro está que, como leal comunista, él las entregaría a los mandatarios del Partido, pero mientras tanto, nosotros seguiríamos viviendo y mientras hay vida hay esperanza.

El Partido es un dios en la mística del comunismo, bien lo sabemos. Pero ese dios es más chico que Dios, puede menos que Dios, que todo lo puede. Dios puede hacer hasta que un comunista desobedezca las órdenes del Partido si esto entra en los planes de su Providencia.

Contra lo que esperaban los camaradas de Alcoy, el Director se negó en redondo a entregar un fusil ni a matar a un solo preso. Hubo discusión violenta, amenazas, insultos, acusaciones. Mientras tanto, don Patro y yo no dejábamos de dar vueltas en nuestras mantas, intranquilos y temerosos, aunque, afortunadamente, no sabíamos la verdadera y terrible gravedad del peligro que sólo sospechábamos.

La discusión duró hasta que el Director habló el único lenguaje que, ya tradicionalmente, entienden los comunistas: el de la fuerza. El era allí el más fuerte: tenía un grupo de vigilantes adictos, cada uno con su fusil, y tenía un pequeño depósito de fusiles de repuesto. Y puesto que, según dijeron los emisarios del Partido, era el momento de las grandes determinaciones, él les notificó la gran determinación que había tomado: «Si no se marchaban de allí,

entregaría las armas, pero no a ellos, sino a los presos que no dejaríamos, camarada, con cabeza.»

Aquel lenguaje era típicamente comunista. En seguida llegaron a un acuerdo y los emisarios volvieron a tomar los coches, sin ganas de dar otro empujoncito a las puertas de nuestro dormitorio.

Así salvamos nuestra vida. ¿Cómo había sucedido aquello tan inesperado? Nadie lo comprendía. Nadie se lo explicaba, dados los antecedentes del Director. Nosotros no hallábamos otra explicación que la Misericordia de Dios. Después de todo, con ésta teníamos bastante. Porque es verdad, Dios — lo han dicho los Libros Santos — nos castiga por nuestros pecados y nos salva por su Misericordia.

---

## CAPITULO XXVIII

### OTRO PASITO MAS. — CUATRO DIAS MILLONARIO. — ¡SE HA TERMINADO LA GUERRA! — UN TRAPO NO HACE LLORAR

Salvo el hambre, que era ya imposible mitigar, la vida en Serelles no tenía para nosotros sino satisfacciones. Un paisaje risueño, un ambiente primaveral, mucho aire, mucho sol, poca vigilancia, ninguna rigidez disciplinar...

Por la mañana salían algunos «al trabajo»; se daban un paseo hasta un bosque cercano y de allí volvían con un palo o dos sobre sus hombros para cubrir las apariencias. Por las tardes hacíamos excursiones a los pueblos vecinos, pero sin vigilancia, dos o tres amigos juntos, y volvíamos, si queríamos, a la hora de la cena. Alguna vez no volvía cualquier aventurero inconsciente. A mí jamás me tentó la idea de no volver a aquel refugio donde ya se estaba seguro de salvar la vida y donde se comía algo, dos cosas que me parecían muy problemáticas para el que se lanzaba a una aventura que no tenía más finalidad que adelantar unos pocos días la hora de la libertad que ya venía a nosotros por sus pasos contados.

De buena gana hubiera permanecido allí hasta la terminación de la guerra. Pero no podía ser: éramos milicianos y había que ir, poco a poco hacia el frente, si es que existía ya por alguna parte. Dimos otro pasito más, en tren hasta Utiel y desde allí hasta Fuenterrobles, andando. En Utiel nos recibió ya un oficial del ejército rojo. Creo que era capitán, aunque ya no recuerdo bien. Lo que recuerdo perfectamente es que, en las cuatro palabras de mando con que nos formó para que marcháramos en columna hasta Fuenterrobles, profirió más de cuarenta blasfemias. Yo

nó sé cómo se podían decir tantas blasfemias en tan pocas palabras «aprovechables» ni para qué, como no fuera para molestar a aquel grupo de milicianos cuyo origen seguramente conocía. Este quedó ya de capitán de nuestra compañía en Fuenterrobles, donde fuimos alojados en un saloncito que hacía de casino de aquel pueblo. A los dos días, al capitán se le notaba que decía menos blasfemias, al día siguiente menos, y así hasta que, a los pocos días no se le escuchaba ninguna. Nadie le había dicho nada, nadie le había corregido ni aconsejado, como es de suponer. ¿A qué obedecía aquello? Indudablemente a que él — que no era malo — notaba que una blasfemia disonaba como un escopetazo en aquel ambiente — tan distinto a los que él estaba acostumbrado — y que sin duda alguna, le complacía.

Lo dijo él expresamente. Un muchacho que estaba de asistente con el capitán de otra compañía, nos contó que una vez que estaba su capitán con unos cuantos oficiales, llegó el nuestro y los demás le recibieron con las bromas acostumbradas entre compañeros.

Uno de ellos exclamó al verle entrar:

— ¡Hombre, aquí està el capitán de los curas y los frailes!

— Y bien contento que estoy con ellos — replicó nuestro capitán —. Todos te obedecen. Todos te respetan. No tienes que decir las cosas más que una vez. Allí no se oye una voz más alta que otra.

Y en su interior, seguramente, pensaría: «Allí no se oye ni una blasfemia». Pero esto no se atrevió a manifestarlo a los camaradas, que lo hubieran tomado a chacota. El hacía bastante ya con no decirlas tampoco.

La vida era allí, poco más o menos, la de Serelles. Se hacía algo de instrucción militar, pero los mismos oficiales manifestaban en los descansos que aquello era perder el tiempo porque la guerra estaba perdida.

Pero, mientras tanto, el hambre era cada vez mayor y la cama, como en Serelles, el santo suelo, un suelo de madera que nos tenía los huesos intocables, como los parias. Un día se presentaron muy contentos unos muchachos que habían recorrido el pueblo y habían encontrado un pajar para ir a dormir por la noche. Uno de ellos, estudiante de Medicina de Madrid, me presentó sus «excusas» por no llevarme con ellos. Se había acordado de mí y lo había intentado, pero no pudo ser: la dueña del pajar no había

accedido a ello por insuficiencia del local. Había, por lo visto, mucha escasez de pajares y no podían habitarlos más que los ricos o los muy diligentes, como aquellos.

Y puesto que se habla de diligentes, ¿cómo no hacer mención de Manolo que se llevaba la palma de la diligencia? Se llevaba la palma... y los billetes; el muchacho se estaba haciendo millonario. Lavaba la ropa de un gran número de presos, lo que le proporcionaba el ingreso de grandes cantidades de pesetas, hacía toda clase de servicios extraordinarios, que también le daban lo suyo y llegaba, en su afán de hacer dinero, hasta a vender el chusco que diariamente nos daban y que, en realidad, era el único alimento por aquellas latitudes. No le importaba pasar hambre, a pesar de lo mucho que trabajaba, con tal de hacerse rico. No había medio de meterle en la cabeza que todo aquel dinero no valía absolutamente nada y que estaba trabajando de balde.

Pobrecillo, cuántas veces me he acordado de él y le he puesto como ejemplo — más visible pero no más real — de la ceguedad de los hombres que tanto nos afanamos por un dinero y unos bienes que en la eternidad no han de tener más valor que aquel dinero rojo que él iba atesorando con tanto esfuerzo. Claro, la ceguedad de Manolo la vió él a los cuatro días y nosotros no vemos la nuestra porque aún duran estos cuatro días nuestros que son un poco más largos, pero cuando llegue el día de la Victoria eterna, ¿nos parecerán estos días de vida un poco más largos que aquéllos o nos parecerán unos y otros un segundo despreciable, indigno del más ligero esfuerzo?

Pero cualquiera nos convence a nosotros de esta verdad tan clara, y cualquiera convencía a Manolo de aquella otra que nosotros le predicábamos! Cuando cerraba su carterita, después de haberla abarrotado de billetes, no se hubiera cambiado por el mismo rey del moro.

Una noche, al ir a cenar, nos dijo el Capitán que recogiéramos todos nuestros enseres porque habíamos de ir a dormir a otro alojamiento más grande donde nos reuniríamos los de todos los pequeños dormitorios esparcidos por el pueblo. Nada más nos dijo, pero durante la cena las imaginaciones comenzaron a volar y los entendimientos a discurrir sobre las causas de aquel intempestivo traslado. Alguien dijo saber de buena tinta — y era verdad lo de la tinta, porque había estado hablando con el Capitán, de quién lo oyó — que aquello era para salir inmediatamente

para que nos destinaran ya a un Regimiento del frente. Pero nosotros estábamos tan acostumbrados a las mentiras de los rojos que no las creíamos ya ni escritas con tinta china, y cada uno daba su explicación diferente. En lo que estábamos todos de acuerdo era en que los rojos nos habían de molestar hasta última hora.

No era muy grande aquella molestia de trasladar nuestros pocos enseres de un sitio a otro del mismo pueblo, pero para don Patro y para mí — los únicos sacerdotes del dormitorio, aún fué más pequeña; un sargento se ofreció muy servicial para trasladar nuestra maleta y, aunque no aceptamos su ofrecimiento, él la cogió con presteza y echó a andar delante de nosotros. No se lo agradecí nada, y si me hubiera dejado llevar de mis impulsos se lo hubiera impedido. Fué obra de caridad y compasión lo que pudo parecer acto de egoísmo. No lo puedo remediar; admiro al pobre orgulloso, sin alabar el orgullo. ¡Cuánto me hubiera gustado que aquel sargento, que no era ya más que un vencido, nos hubiera contemplado — puesto que podía — llevar las maletas a nosotros que éramos nada menos que los vencedores! Pero me quedé con las ganas. Humillación, servilismo, adulación... ¡Nada más, qué lástima! La adulación siquiera, tiene la atenuante de que es infalible en la vida ordinaria para el que vale para ello, pero el servilismo de este sargento, ¿para qué le ha de servir? Pero son pocos los hombres que no están siempre dispuestos a acudir en socorro del vencedor.

Cuando a la mañana siguiente llegó la hora de tocar diana, todos nos despertamos con la costumbre adquirida de levantarnos siempre a la misma hora, pero advertimos con extrañeza y con regocijo, que el que, por lo visto, no se había despertado era el corneta. Media vuelta más, aunque fuera en tan incómodo lecho. Como siempre hay a quien le gusta enterarse de todo, alguien se levantó muy pronto para ver qué le ocurría al corneta. Vió ya con sorpresa que la puerta del pajarón donde nos habían metido estaba abierta y luego pudo cerciorarse de que el corneta no aparecía por ninguna parte. Cuando volvió dando a voces la noticia, el dormitorio estaba ya poblado de diálogos en alta voz, de comentarios sobre aquel caso tan desusado.

—Díselo al Capitán — contestó uno, con las mismas voces con que él había dado la noticia. Pero ya otro se había adelantado a buscarle y vino diciendo a voces:

— ¡Tampoco está el Capitán! Se han ido todos los Oficiales!

— ¡Se ha terminado la guerra! — exclamó uno, cogiendo su maleta —. ¡Yo me voy!

— ¡Y yo! — dijo otro.

— ¡Y yo!

Pero la mayoría estábamos aún indecisos. No sabíamos qué hacer. Temíamos aún que saliera el Capitán y pusiera orden en aquel «maremagnum», como había sucedido en Alicante.

Lo que más temo en este mundo es una desilusión y tal vez por eso soy, de ordinario, tan poco optimista. Es una actitud inconscientemente defensiva, que evita muchas desilusiones pero que lleva a no creer en la ventura que viene a visitarnos, a retardar su fruición y a empujarla después con un asomo de temor que siempre queda en el fondo del corazón. Ahora venía a mí la libertad, venía la victoria y no les daba el abrazo apasionado y fuerte. Un saludo frío y ceremonioso, mirando a un lado y a otro con desconfianza. ¡Tanto tiempo esperándolas y ahora no acababa de reconocerlas! Y eran ellas, ¡gracias a Dios! ¿Cómo no veía sus resplandores, cómo no aspiraba sus aromas? ¡Pobre ciego, pobre preso con sus sentidos embotados por tantas privaciones!

Pero aquello era ya demasiado claro. En el dormitorio apenas quedaban presos y todos iban saliendo, locos de alegría. Cogí mi maleta y salí también a la calle. Allí ya no había posibilidad de dudar. Todo el pueblo estaba en la calle y todo era alegría y relatos más o menos auténticos de la huida de los jefes rojos, buscando, a favor de la noche, el puerto más próximo para escapar de España.

Los milicianos, con sus mochilas al hombro, pululaban por las calles del pueblo, buscando también un medio de llegar a sus casas, aunque bien claro se veía que para la mayoría, no había más que uno: marchar a Utiel y allí tomar un tren o uno de los muchos coches que por su carretera circulaban. Don Patro y yo también marchamos a Utiel; don Patro, andando, con la innumerable caravana de milicianos que formaban un negro cordón a lo largo de la carretera, y yo, cómodamente sentado en una tartanita que en atención a mi pierna, todavía bastante débil, me habían preparado personas generosas, que Dios premie por su caridad.

No era tampoco fácil encontrar salida en Utiel. Des-

pués de dar muchas vueltas, no encontramos mejor solución que meternos — y con trabajo — en un tren que decían que había de salir para Valencia al día siguiente, a las ocho de la mañana, aunque nadie lo sabía con seguridad. Allí pasamos nuestra primera noche de libertad, que no desmereció en nada de las peores de esclavitud. El vagón — un vagón de ganado — se había llenado de tal modo, que apenas podíamos movernos, literalmente apelotonados unos contra otros, a lo que hay que añadir la incomodidad de una obscuridad absoluta que nos envolvía con su negro manto que invitaba — sarcásticamente — a dormir. A poco empezó a llover, y aunque al principio recibimos la lluvia con el placer del que está a cubierto de ella, pronto nos dimos cuenta de nuestro error. Una gotera rompió — traicioneramente — las hostilidades en un rincón del departamento, luego otra en el de enfrente, otra después en el medio y, al cabo de un rato, eran innumerables las que nos hostilizaban desde todo el techo. Al principio, intentamos luchar y defendernos — en cuanto lo consentía nuestro apelotonamiento — de las goteras dispersas, pero después, cuando estas se multiplicaron, nos rendimos a discreción y soportamos pacientemente la lluvia. Pronto el suelo quedó convertido en una laguna, y nosotros en chozcos islas, rodeados de agua por todas partes.

Con todo, nadie intentó salir de aquel incómodo alojamiento, temerosos de no poder volver, y una sola preocupación nos embargaba: la de que el tren no saliera a su hora, aunque fuera aproximada, o nos lo hicieran abandonar por cualquier motivo. Pero, con una puntualidad impropia de aquel «tiempo de nadie», el tren arrancó a las ocho en punto con todos nosotros sanos y salvos de aquella tremenda noche toledana. Cesó de llover, lució un sol esplendoroso y hasta en no sé qué estación pudimos cambiarnos a un departamento de personas, aunque algo maltrecho. La alegría nos inundaba ya el alma entera.

Yo estaba solo en el pasillo contemplando el paisaje nuevo y pensaba y sentía, o no sé si soñaba, esas cosas del alma inasequibles a la palabra humana. Aunque más bien creo que mi entendimiento, mi sensibilidad y mi imaginación estaban en suspenso, incapaces de actuar, a fuerza de tantas emociones. De pronto se conmovió todo mi ser. En lo alto de la torre de no sé qué pueblo, apareció la bandera española. ¡La bandera española! Tanto tiempo sin verla y ahora otra vez estaba allí, tremolando jubilosa,

besada por el viento de la patria. Las lágrimas que la despidieron en aquel día sin fecha, volvían ahora otra vez a mis ojos para saludarla. Recordé los versos que canté en la escuela:

¡Salve bandera de mi Patria, salve!  
Y en alto siempre desafía al viento...

Ahora los cantaba con el corazón. Por eso lloraba. ¿Quién ha dicho que la bandera de la Patria es un trapo, un simple trapo? ¡Mentira, mentira! ¡Un trapo no hace llorar!

Pasó a mi lado don Patro.

—¿Qué te pasa? ¡Parece que estás embobado!

—¡Mira! — le dije por toda contestación. Y le señalé la bandera. Los dos la contemplamos un largo rato en silencio hasta que se perdió de vista.

---

## CAPITULO XXIX

### EN LA TIERRA DE LAS FLORES. — LA AVENTURA DEL TREN PERDIDO Y RECUPERADO. — ¡QUE DIOS ME PERDONE!

¡Y por fin, Valencia! Valencia es la tierra de las flores y de no sé cuántas cosas bellas y embellecedoras. Pero ahora era la tierra de una flor única en belleza y más embriagadora que el perfume de sus naranjales en flor. Valencia era para nosotros la tierra de la libertad. Allí fué donde nos sentimos completa y definitivamente libres. Y como nosotros, miles y miles de presos que iban llegando de todos los lugares de castigo de toda la región levantina. Muchas caras conocidas, muchos abrazos, muchos relatos de odiseas ya venturosamente superadas. ¡Qué alegría se respiraba por toda la ciudad! La bandera española — también libre ya, como nosotros — ondeaba por todas partes, engalanaba todos los balcones y esparcía el júbilo de la victoria. Sí, ¡qué hermosa estaba Valencia en aquel principio de primavera de 1939, año de la Victoria!

Y en Valencia, además, estaba Pepe. Pepe Gómez y yo éramos parientes por dos o tres partes, pero éramos, sobre todo, íntimos amigos desde... siempre; desde que Pepe estuvo en edad de poder tener amigos. Había visitado varias veces su casa de Madrid donde él tenía también camufladas a varias religiosas, había hecho por él la Novena de la Confianza al Corazón de Jesús un día que le ví en algo más de peligro y ahora tenía su dirección de Valencia a donde se había trasladado durante mi permanencia en la cárcel de Orihuela.

La casa de Pepe era mi casa. Por eso, no sólo me metí yo en ella, sino que también metí a don Patro, como com-

pañero y sacerdote, sabiendo además que éste había de dejar buen recuerdo de su estancia en la casa.

Dejó algo más, como dejé yo, como dos presos que últimamente no habíamos podido dormir ni siquiera en un pajar, demasiado lujo para nosotros.

Me lo dijo un día Paloma, la buenísima esposa de Pepe:  
—¡Cómo pusísteis las camas!

Pero esto lo dijo mucho después, cuando en Madrid recordábamos nuestras aventuras. Entonces callaba — inteligente y delicada — y tomaba en silencio sus medidas para que el incendio no se propagara devastador.

Aquella casa era para nosotros un verdadero paraíso. Poco a poco nos íbamos reacostumbrando a la vida civilizada de la que ya casi habíamos perdido la memoria.

Los dos primeros días dijimos misa en la misma casa, sin ornamentos ningunos, como en zona roja. Paloma alejaba a los niños de la habitación y sólo oía la misa el matrimonio y una criada. Pero ya, Palomita, la pequeña de la casa, aún con lengua de trapo, sentía, se conoce, aletear la vocación de periodista que consiste — según malas lenguas? en afán de olerlo todo, preguntarlo todo y meterse en lo que no les importa, aunque ya ellos han sentado el principio — al amparo de altos patronazgos — de que no hay nada, grande o pequeño, triste o alegre, que no interese a un periodista.

Palomita burló la vigilancia materna y pudo contemplar a su antojo todas las ceremonias. De todo aquello no sacó nada en limpio.

Pero por algo iba a ser periodista. Se acercó a su madre y le preguntó intrigada:

—Mamá, ¿qué hacen? ¿Comedias?

A los dos días ya nos pudo ver decir Misa como Dios manda. Ya pudimos celebrar en las iglesias, aunque su estado material era catastrófico. Y no dejaba de ser emocionante la celebración de aquellas misas sobre las ruinas acumuladas por la barbarie.

Viniendo de decir misa el primer día, nos encontramos con Manolo. Estaba hecho un basilisco. Sus ojos echaban fuego y todo su semblante estaba arrebolado por la indignación. Acababa de salir de un Banco y aún tenía en sus trémulas manos el ingente montón de billetes que había presentado para su canjeo; no le habían admitido ni uno solo.

—¡A esto no hay derecho! — exclamaba furibundo.

¡Esto es una injusticia! Es decir, que yo he trabajado de balde? ¿Y mi sudor, no vale nada? ¿De modo que me he quitado yo el pan de la boca y ahora no saco ningún provecho?

Y así continuaba el infeliz, repitiendo casi al pie de la letra las advertencias que tantas veces le hicimos todos. Le consolamos lo mejor que pudimos y seguimos el camino que llevábamos en busca de la solución del problema entonces más importante: la salida de Valencia.

Sí. Muy hermosa es Valencia, pero hay algo mucho más hermoso: el pueblo propio, la casa propia, el cementerio... más que propio: de nuestros padres. Había que salir de Valencia cuanto más pronto y correr en busca de todo eso tan hondamente querido. Pero la salida de Valencia era un problema que no tenía solución posible durante algún tiempo. La aglomeración era extraordinaria y los medios de locomoción notoriamente insuficientes, después de todo el destrozo de la guerra. Pero Dios velaba por nosotros. Al pasar por una plaza, que no recuerdo, vimos el anuncio de un tren a Madrid que F. E. estaba preparando para afiliados, presos y demás víctimas de los rojos. Subimos don Patro y yo y nos inscribimos como sacerdotes excautivos. Marchamos a casa de Pepe llenos de alegría. Nuestra tarea principal consistía, desde entonces, en ir diariamente a aquel mismo local para enterarnos de las noticias que hubiera de aquel tren que nos había de solucionar el, para nosotros insoluble, problema de la salida de Valencia.

El primer día nos encontramos con un lacónico anuncio: «No hay noticias sobre el tren para Madrid.» Y ya empezaron allí las primeras escaramuzas de la guerra que sostuvimos los dos durante nuestra estancia en Valencia. Don Patro empezó a poner algunos reparos a nuestra marcha en aquel tren, instigado por otro amigo que veía en todo aquello no sé qué confabulaciones y consecuencias poco agradables para nosotros.

—No hagas caso de esas tonterías — me limité a contestarle, sin dar importancia al asunto. Y no se volvió a hablar más de ello.

Pero al día siguiente se volvió a hablar y ya con tono más alto. Nos encontramos el mismo anuncio y don Patro volvió a los mismos reparos del día anterior. Yo ya perdí un poco la paciencia.

—Mira, no te pongas pesado con esas tonterías que te

han metido en la cabeza. ¿Quieres que nos borremos ahora mismo?

—No, hombre; si yo no digo eso. Pero es que...

Y así estuvimos varios días. Pero las discusiones cada vez iban elevándose de tono. Hasta que llegó un momento que ya no pude más.

—Ahora mismo nos borramos — dije, perdida toda la paciencia. Subimos al local y nos dimos de baja.

—¡Ya estarás tranquilo! Pero ahora, a ver cómo nos vamos a arreglar para salir de aquí!

Cuando llegamos a casa dije a Paloma que nos preparara algo de merienda para Manolo y nosotros dos porque al día siguiente nos marcharíamos a la estación para tomar el tren que pudiéramos, cuando pudiéramos, si es que podíamos alguna vez. Y todo por culpa de don Patro que me había obligado, con sus impertinencias, a borrarnos de aquel tren de ex cautivos que tardaba mucho en salir, es verdad, pero que era seguro. Don Patro se defendía de mis invectivas y nos enzarzamos otra vez en la interminable maraña de nuestras diarias discusiones sobre el dichoso tren que no acababa de arrancar. Pepe se reía de nosotros, pero Paloma, la pobre, se intranquilizaba algo y procuraba poner paz entre nosotros. La asustaban aquellas olas, encrespadas y de mucha espuma, pero que no eran más que la rizadura de la superficie, sin llegar, poco ni mucho, al fondo inalterable de nuestra amistad.

Para colmo de males, nos encontramos, al dar una vuelta por la ciudad, con que aquel mismo día había desaparecido el lacónico anuncio: «sin noticias del tren para Madrid», y fué sustituido por otro en que se decía que el tren estaba formado y saldría de Valencia al día siguiente, a las seis de la tarde. Nuestra baja en la lista de inscritos no pudo ser más inoportuna.

Al otro día apenas comimos; cogió don Patro su maleta, cogí yo la merienda que la buena Paloma nos había preparado y con Manolo, que fué a buscarnos, emprendimos el camino de la estación. La impresión que allí recibimos no pudo ser más desalentadora, ni el horizonte que se nos presentaba, más tenebroso. Allí no había medio de calcular cuándo podríamos salir de Valencia. La estación era un hormiguero de gente en las mismas circunstancias que nosotros. En una vía estaba formado un tren que nos dijeron que saldría al día siguiente por la tarde, pero estaba — a pesar de que faltaban 24 horas para su salida —

tan materialmente abarrotado que no hubiéramos podido subir ni en un estribo. Otro tren había formado en otra de las vías y también lleno, aunque algo menos, pero no tenía siquiera fecha de salida. Se sabía solamente que sería el primero que saldría después del anterior, pero nadie sabía si saldría un día después o una semana después. ¿Quién se metía allí — suponiendo que hubiéramos podido — con aquella incertidumbre? ¡Vaya panorama que teníamos a nuestra vista!

— ¡Y todo por ti! — exclamaba yo indignado, dirigiéndome a don Patro—. ¡Por esas tonterías que se te metieron en la cabeza!

— ¡Bueno, hombre! — respondía cachazudamente don Patro—. ¡Ya está bien!

Y era verdad; ya estaba bien. Cuando don Patro lanzó quejosamente su «ya está bien», yo le había dirigido ya mi «y todo por ti», unas doscientas veces por lo menos. ¡Ya estaba bien!

Pero no podía contenerme. Cada vez que contemplaba aquellos trenes abarrotados, aún sin fecha de salida uno de ellos, y miraba aquel inmenso hormiguero de futuros contrincantes que nos disputarían con uñas y dientes los pocos trenes que fueran formándose en un futuro imprevisible, me llenaba de indignación y no sabía hacer otra cosa que despotricar contra el pobre don Patro, cuya paciencia puse a dura prueba durante toda la tarde.

Eso, cuando contemplaba los trenes abarrotados. Pero, ¿cómo expresar la rabia que se apoderaba de mí cuando miraba en otra vía un tren formado por unos cuantos coches de primera y completamente vacíos? ¡Ay! ese era nuestro Paraíso Perdido. Pero no creo que Adán dirigiera a nuestra madre Eva tantos reproches por haber perdido por su culpa el Paraíso terrenal, como yo dirigía a don Patro por haber perdido aquel tren de ex cautivos para Madrid.

Y aún faltaba lo peor. Ya me disponía a salir para volver a casa de Pepe y esperar allí tiempos mejores, cuando pararon mis pasos unas trompetas como de un regimiento que viniera hacia la estación. Y era un regimiento; el que formaban los presos que venían a tomar posesión de aquel tren vacío que estaba burlándose de nosotros. Volví sobre mis pasos, presa de la indignación más exaltada, y me reuní con don Patro.

— ¡Ya vienen! ¡Y pensar que ahora debíamos venir

nosotros con ellos, tan tranquilos...! ¡Y no venimos por tu culpa!

En esto callaron las trompetas y fueron entrando los presos en el vestíbulo de la estación. Un grupo de policías se adelantó y fue despejando los andenes de la multitud que los poblaba.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Dejen paso libre!

En seguida empezó a entrar el grupo de presos, con caras alegres y rebosantes de felicidad. Al verlos, ya no pude contenerme. Sentí una rabia tan grande que ni reproches podía hacer a don Patro. Me levanté como movido por un resorte y me alejé de él exclamando medio deseperado:

—Muchacho... ¡me voy por no matarte!

Dirigí mis pasos maquinalmente hacia los presos. La misteriosa atracción que ejerce sobre nosotros el abismo me empujaba allí para sufrir más, para contemplar más de cerca mi desgracia. Muchas caras conocidas. Algunos me vieron y me saludaron. Uno de ellos me saludó con más efusión, aunque tal vez era el que yo menos conocía, y empezó a entablar conversación conmigo.

—Pero habéis preparado un tren muy pequeño — dije yo por decir algo.

—No. Es suficiente. Ven, verás qué bien nos colocamos.

— Yo iba a manifestarle mi triste condición de desertor pero él no me dejó ni hablar —. Ven, ven, no te entretengas.

Me cogió del brazo y me empujó hacia adelante, pero ya metido en el grueso cordón de ex cautivos, que marchaban a buen paso. Yo dejé hacer, como tantas veces, y seguí la marcha de todos pero no de muy buena gana, pues temía la situación desairada en que iba a quedar cuando llegara el momento de pasar lista para subir al tren. Cuando llegamos a éste, el pelotón se paró.

—¡A pasar lista! ¡Un momento de silencio! — dijo no sé quién.

Peró el silencio no se hizo. Cada uno decía lo que le parecía.

—¡No hace falta lista! — dijo mi cariñoso amigo —. Todos nos conocemos.

La mayoría abundó en la misma opinión. Algunos impacientes empezaron a subir a los coches.

—¡Sube, sube por aquí! — dijo mi amigo, tirándome del brazo —. No te descuides, hombre. ¡Sube!

Yo dejé hacer otra vez y subí con mi nuevo amigo, pero

cada vez con más temor. «Ahora irán pasando lista en los mismos coches y el desaire va a ser mucho mayor.» En efecto, ya en el vagón, algunos expresaron la misma opinión de que se pasaría lista.

—¡No hace falta lista! — volvió a repetir aquel simpático amigo que parecía leer en mi tembloroso corazón y se adelantaba a tranquilizarle —. Todos nos conocemos y respondemos unos de otros, ¿no te parece?

—¡Claro, claro! — decía yo con alguna mayor tranquilidad ante el aval que me había deparado la providencia. Entonces le manifesté el pesar que sentía al dejar en tierra a otro compañero de cárcel, también sacerdote.

—¡Claro, si tú eres sacerdote! ¡Si yo te he visto decir misa muchas veces! ¡Y tú también me habrás visto a mí en la cárcel!

—¡Sí, sí! — contesté yo, aunque no estaba muy seguro de ello.

Aquello me tranquilizó ya en absoluto. Si aquel «mandamás» de los presos, que era el que más hablaba y hasta daba órdenes a los demás, respondía de que yo era sacerdote ex cautivo, ¿quién me obligaría a bajar de aquel tren privilegiado? Mi salida de Valencia era ya segura y en magníficas condiciones de comodidad.

Entonces me confié a él y le rogué que fuera a buscar a don Patro porque yo no estaba en la lista de viajeros y no quería exponerme — por querer subir a don Patro — a que luego no pudiéramos subir ni don Patro ni yo que, en realidad, no teníamos derecho a hacerlo. Su influencia era bastante para que no me hicieran bajar del tren, pero ¿lo sería después para que nos dejaran subir si alguien nos exigía — lo que era presumible estando fuera del pelotón — la prueba de nuestro derecho?

Pero, con gran sorpresa por mi parte, aquel amigo cariñoso y complaciente que no sólo satisfacía todos mis deseos sino que los adivinaba para satisfacerlos, se negó en redondo a complacerme en lo que le pedía con tanta necesidad como justicia.

Por toda justificación de su conducta, se acercó a mi oído y, en tono confidencial, me confesó:

—¡Yo tampoco estoy en lista!

Aquella confesión me dejó con la boca abierta. Había confiado en una caña hueca. Pero ya no me importaba. Estaba seguro de que en los pocos minutos que faltaban para la salida no podía haber acontecimientos desagrada-

bles. Más me preocupaba la suerte de don Patro. Me asomé a la ventanilla por si podía verle y ayudarle a subir al tren, pues, al fin y al cabo, sacerdote era y ex cautivo, y mi amigo y yo, si no estábamos en lista, estábamos ya en el tren y por consiguiente, con presunción favorable a nuestro derecho. Miré y remiré hacia el sitio en que le había dejado, ya algo lejos de donde ahora me encontraba, pero no pude divisarle. Hice altavoz con las dos manos y acercándole hasta los labios, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Patrocinioooo! ¡Patrociniooo!

Pero ¿quién oía una voz en medio de aquel infierno de voces y de ruidos que poblaban la estación? Saqué mi pañuelo y empecé a agitarlo desde la ventanilla. Pero si mi voz se perdía entre la barahunda alborotadora, mi pañuelo era apenas un punto insignificante entre la muchedumbre abigarrada que nos rodeaba y de los presos asomados a las ventanillas, la mayoría también con los pañuelos al aire. Cuanto más que don Patro en todo estaría pensando menos en mirar hacia aquel tren tan neciamente perdido y en el que no podía imaginar que yo pudiera encontrarme.

La hora de salida llegaba, si no había llegado ya. Mi desesperación iba en aumento porque don Patro no daba señales de vida por más que yo me desgañitaba y agitaba convulsivamente mi pañuelo. Pitó el tren, resopló la máquina y yo seguía en la ventanilla. No sé ya para qué, volví a hacer altavoz con las dos manos, lo apliqué a mis labios y grité de nuevo con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Patrocinio...! ¡Patrocinio...!

Pero ya mi último y desesperado llamamiento se confundió con el áspero chirriar de todo el tren que, lento y majestuoso, comenzaba a arrastrarse camino de Madrid. Yo seguía asomado a la ventanilla. ¿Para qué? Tal vez algo de remordimiento inconsciente por mi cruel falta de paciencia con aquel buen amigo me tenía aferrado allí, mirando hacia el lugar donde le dejé, más abrumado por mis impertinencias que por la incómoda situación en que quedaba. Pero el mal estaba hecho. Sin remedio. No había nada que hacer. Ahora no había que hacer más que una cosa. La principal. Dar gracias a Dios. ¡Bien justo era! Después de tantos peligros, zarandeado a través de tantas vicisitudes, ahora me encontraba sano y salvo, en aquel tren tan confortable, camino de mi casa, camino de la nor-

malidad. ¡Bien justo era que diera gracias al Dispensador de tantos beneficios! Me aparté de la ventanilla, me senté, recliné mi cabeza sobre el mullido respaldo y entorné los ojos para rezar con más recogimiento el salmo de acción de gracias: «Te Deum laudamus. Te dóminum confitemur...»

Cuando hube terminado de rezar el salmo, abrí los ojos. Así como estaba. Con la cabeza reclinada sobre el respaldo. Pero al clavar mi vista en la rejilla de enfrente, palidecí de sorpresa y de consternación.

—¡Adiós! ¡Me he traído la merienda de los tres!

Y así terminé mi estancia en zona roja. Con una burla cruel — aunque involuntaria — a mis últimos y buenos compañeros de odisea. ¡Que Dios me perdone!

A. M. D. G.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
PROLOGO . . . . .	5
PRELIMINARES . . . . .	7
CAPITULO I . . . . . La expulsión. — ¡Los dioses se van!	10
CAPITULO II . . . . . En la sierra. — Una expulsión más. — Camino de Madrid.	19
CAPITULO III . . . . . No sé si salvo la vida a un buen muchacho. — ¡El Alcázar no se ha rendido!	27
CAPITULO IV . . . . . El Madrid rojo. — En casa de Eladio. — Un susto a media Misa. — Una indirecta de Pepe Garnica. — Un amigo es un tesoro.	33
CAPITULO V . . . . . En casa de Antonio. — Un amigo que desaparece. — Manos tendidas. — Un teléfono providencial.	41
CAPITULO VI y VII . . . . . Vuelvo a casa de Eladio. — Hay que arrancar la mala hierba. — Se han llevado a Papá los Milicianos, y ahora ¿dónde me meto?	48
CAPITULO VIII . . . . . La portería del señor Mariano. — Dos policías en la higuera.	64
CAPITULO IX . . . . . La Madre blanca de dos hijos rojos.	67
CAPITULO X . . . . . Un marino agradecido. — ¡No flores más!	73

	<u>PÁGS.</u>
CAPITULO XI . . . . .	77
¿A dónde voy a confesar?—El apuro en que me pone una portera servicial.—La Embajada de Méjico.	
CAPITULO XII . . . . .	82
Algo pasa y no bueno.—Una muchacha enseña catecismo en una checa.	
CAPITULO XIII . . . . .	88
La Iglesia interparroquial del silencio.—La boda de un guardia de asalto.—También predico yo la libertad.	
CAPITULO XIV . . . . .	93
¡Me rompo una pierna.. y contento!—En «Los Leones Rojos».	
CAPITULO XV . . . . .	97
¿Me va a operar este estudiantillo?—¿Señor, así pagas a tus siervos?	
CAPITULO XVI . . . . .	101
Hay Dios aunque no le guste a un miliciano del Campesino.—El sitio de la felicidad.	
CAPITULO XVII . . . . .	106
Una comunista «de las buenas».—¿Han matado a todos los curas?	
CAPITULO XVIII . . . . .	110
La policía al acecho.—¡Es que son monjas!—Tú si que no sabes el hambre que tengo yo.	
CAPITULO XIX . . . . .	116
En la checa de Atocha.—Un aperitivo que quita las ganas de comer y un postre que deja mal sabor de boca.	
CAPITULO XX . . . . .	122
¡Adiós, checa maldecida!—En la cárcel de Polier.—La «Descubierta».—Cara y cruz de una comida.	
CAPITULO XXI . . . . .	127
Vida religiosa de la cárcel.—Un caso de satanismo.—La Novena de la Confianza al Corazón de Jesús.	
CAPITULO XXII . . . . .	132
Un «cenizo» vergonzante.—El furor de un optimista.—Muchas verdades chicas y una mentira muy grande.	

	<u>PÁGS.</u>
CAPITULO XXIII . . . . .	138
¡Qué Dios les perdone la injusticia que acaban de hacer conmigo!	
CAPITULO XXIV . . . . .	142
Salida para Alicante.—A dormir, pero ¿cómo?—La odisea de dos billetes de 25 pesetas.—Un militar al «tubo».	
CAPITULO XXV . . . . .	150
En la cárcel de Orihuela.—Don José Orti gana el pleito.—La alegría y la tristeza de Monseñor Carrillo.—El diablo asoma la oreja.—Un tántalo voluntario.—La muy noble y generosa ciudad de Orihuela.	
CAPITULO XXVI . . . . .	156
Una buena familia de Almoradi.—Pobres y ricos.—El Siglo Futuro.	
CAPITULO XXVII . . . . .	162
¡Qué triste es morir así!—Camino del frente.—El último peligro.	
CAPITULO XXVIII . . . . .	170
Otro pasito más.—Cuatro días millonario.—¡Se ha terminado la guerra!—Un trapo no hace llorar.	
CAPITULO XXIX . . . . .	177
En la tierra de las flores.—La aventura del tren perdido y recuperado.—¡Qué Dios me perdone!	